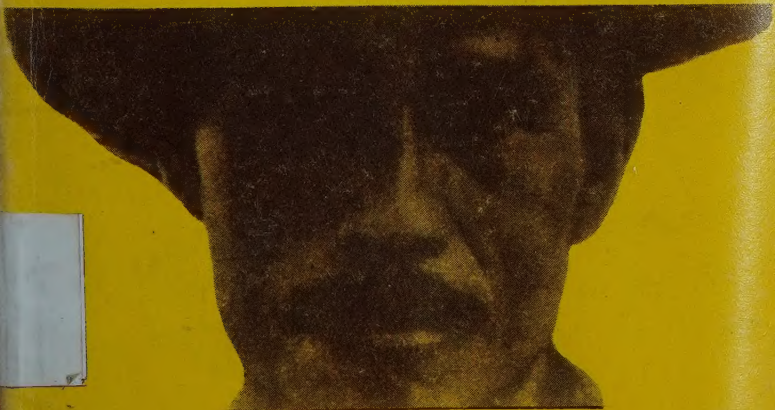


eduardo
astesano

historia social de américa



Peña Lillo editor

17X
110.5
A6
A88
198

**HISTORIA SOCIAL
DE AMERICA**

EDUARDO B. ASTESANO

Historia Social de America



Peña Lillo editor

UNA POLITICA EDITORIAL
PARA UNA CULTURA NACIONAL

EDUARDO B. AZEVEDO

Historia Social de América

ISBN: 950-017-004-3

Copyright by A. PEÑA LILLO EDITOR S.A.
Hipólito Yrigoyen 1394 - Tel. 37-0994
(1086) BUENOS AIRES - ARGENTINA

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723
Prohibida la reproducción total o parcial
sin la debida autorización de los Editores

IMPRESO EN LA REPUBLICA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

PROLOGO

ACTA FUNDACIONAL DE LA NACION SUDAMERICANA

Esencia de la sudamericanidad

*"El maestro debe inspirar un
ESPIRITU NACIONAL, que les
haga preferir el bien público al
privado, y estimar en más la cali-
dad de AMERICANO que la de
extranjero".*

Manuel Belgrano

*"Reglamento para las escuelas
de Tarija, Jujuy, Tucumán y
Santiago".*

Existió siempre en los ESTADOS UNIDOS DE LA AMERICA DEL SUR, un partido sudamericano al que pertenecieron nuestros grandes próceres: Murillo, Miranda, Saavedra, Belgrano, Güemes, San Martín, Pueyrredón, Artigas, Sucre o Bolívar. Todos ellos se referían con claridad a nuestro continente sur: Murillo dijo en 1809, antes de ser ajusticiado, "el fuego por mi encendido jamás se apagará en AMERICA"; Montea-gudo, "Mi patria es AMERICA"; Artigas, "los planes grandes de la AMERICA en su revolución gloriosa"; San Martín, "tiempo ha que no perte-

nezco a mi mismo, sino a la causa del CONTINENTE AMERICANO"; Belgrano, "invito a cuantos puedan tener la gloria de llamarse AMERICANOS y pensar en la felicidad de AMERICA".

Artigas y Bolívar precisaron el concepto de integración continental. "Nosotros no debemos tener en vista lo que respectivamente podamos —afirmaba Artigas—, sino lo que podrán TODOS LOS PUEBLOS REUNIDOS, porque adonde quiera que se presenten los peninsulares, será a TODOS LOS SUDAMERICANOS a quienes tendrán que enfrentar". En 1819 le notificaba a Bolívar que la llegada de sus corsarios revestía particular importancia, al decirle: "Será buena presa cualquier navío destinado por los enemigos a la subyugación y nueva conquista de ESTAS PROVINCIAS u OTRAS del continente AMERICANO". Bolívar "nos apresuramos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el PACTO AMERICANO, que formando de todas nuestras REPUBLICAS un cuerpo político presente la AMERICA al mundo con un aspecto de majestad y de grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas".

Conciencia de la nación sudamericana

"Los planes grandes de la AMERICA en su revolución gloriosa deben sellarse en la PROVINCIA ORIENTAL, que ha ofrecido sus cenizas para asegurar su consolidación".

José Artigas

El partido americano tuvo sus líderes políticos y militares y hasta sus poetas, que tuvieron

plena conciencia de la existencia centenaria de una NACION SUDAMERICANA. Ellos vivieron también la tragedia histórica de la desintegración después de 1820, del ESTADO SUDAMERICANO, en numerosos ESTADOS, como distintos cuerpos políticos de los pueblos de esta misma nación continental.

a) Belgrano: desde Rosario contesta al gobierno en 1812 "haber adoptado la escarapela NACIONAL con la firme resolución en que estamos listos a sostener la INDEPENDENCIA DE AMERICA"; refiriéndose luego a la nueva bandera NACIONAL, subraya que "es señal que nos distingue de las demás NACIONES"; en 1813 "invita a los AMERICANOS a que piensen en la felicidad de AMERICA hasta que se logre el fin a que aspiramos de constituirnos en NACION libre e independiente"; y ya cerca de su muerte escribe "los AMERICANOS DEL SUR tomamos las armas para llenar nuestro destino a que la divina providencia nos llamara, restableciendo la GRAN NACION SEÑORA DE ESTE CONTINENTE".

b) Artigas: "El espíritu que respira nuestra NACION AMERICANA por la liberalidad de sus ideas y la fijeza de su destino".

c) San Martín: El profesor Enrique de Gandía es terminante: "San Martín fue un nacionalista americano. La Independencia fue declarada el 9 de Julio de 1816 y así se realizó el ensueño de San Martín. Debe advertirse —agrega— que no se declaró de ninguna manera la independencia argentina, sino la independencia de toda la AMERICA ESPAÑOLA: LAS PROVINCIAS UNIDAS DE SUDAMERICA. Dos naciones, entonces en el continente. Las Provincias Unidas de la

América del norte y las PROVINCIAS UNIDAS DE LA AMERICA DEL SUD".

d) Bolívar: "Una sola debe ser la PATRIA de los AMERICANOS"; "Yo deseo más que alguno, ver formar en AMERICA la más GRANDE NACION del Mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria". "Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo, UNA SOLA NACION, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un solo gobierno que confederase los diferentes ESTADOS que hayan de formarse"; "El PACTO AMERICANO, que formando de todas nuestras REPUBLICAS un cuerpo político, presente la AMERICA al mundo con un aspecto de majestad y de grandeza sin ejemplo en las NACIONES ANTIGUAS. La AMERICA así UNIDA si el cielo nos concede este deseado voto, podría llamarse la REINA DE LAS NACIONES, la madre de las REPUBLICAS".

Una nación mestiza de Oriente y Occidente

"Manes ilustres de los Incas que yaceis en un reposo imperturbable, si allá, en esas regiones, os pueden afectar las cosas humanas, recibid este cordial homenaje que a vuestras sacras cenizas consagra un ejército que ha jurado vengar tanta depredación, tantas injusticias por espacio de tres y más centurias".

Manuel Belgrano
Al Ejército Auxiliar del Perú,
en Punta Alta el 25 de Mayo
de 1819.

Sudamérica es predominantemente mestiza de Indoamérica, Afroamérica y Latinoamérica. Pero la esencia profunda de esta compenetración es la Sudamérica mestiza de Oriente y Occidente porque Asia colonizó hace diez mil años el continente, destilando las tres naciones indígenas de los Mayas, Incas y Aztecas y porque Africa nos cubrió después de millones de negros que llegaron esclavizados. Por estas vías humanas del trabajo, Oriente aportó sus formas de vida comunales y tribales y la SEGURIDAD SOCIAL que significaban la conducción centralizada de la economía y el Estado, sumado al "lote familiar de subsistencia". Occidente llegó tarde, pero con la actitud dispuesta al mestizaje racial y cultural del blanco latino con indios y negros, superponiendo sus rasgos culturales individualistas: propiedad privada, ausencia de gobierno centralizado, afán de lucro y culto al dinero con su filosofía de la LIBERTAD.

A los tres siglos de la llegada de Colón se había formado ya una sociedad nueva que COMBINABA LA SEGURIDAD SOCIAL CON LA LIBERTAD, más aindiada o africanizada en los campos y más españolizada en los puertos, formada predominantemente de mestizos, que en el siglo XIX se lanzaron a la lucha por la autodeterminación. San Martín y Bolívar, entre otros libertadores, son la alta cumbre política de esta NACIONALIDAD MESTIZA, cuajada durante dos siglos en el crisol SUDAMERICANO.

No hay que olvidar que nuestros próceres estuvieron ganados por lo que se dio en llamar el PATRIOTISMO INDIGENISTA, expresado en sus proclamas, manifiesto y escritos en idiomas

indígenas. Allí está la "Declaración de la Independencia de las Provincias Unidas de SUDAMERICA" en quichua y aimará, la admiración generalizada de los poetas hacia Tupac Amaru, la adopción del Sol incaico, como símbolo americano en la nueva heráldica, San Martín con su "Orden del Sol" en Lima y Bolívar con su poética exaltación al entrar en el Cuzo, o al ascender el cerro sagrado de Potosí.

Casi en el siglo XX, el crecimiento agrario e industrial, calentó el crisol sudamericano y las oleadas de millones de inmigrantes latinos, y la movilidad social nativa, reavivaron el mestizaje. Indios bolivianos, criollos del Paraguay y el norte argentino, chilenos, negros brasileños avanzaron hacia las grandes urbes industriales de Buenos Aires y San Pablo, saltando de la sociedad agraria a la sociedad urbana. Portorriqueños y mexicanos penetraron profundamente, con su nacionalidad sudamericana, en los Estados Unidos de Norte América.

El mestizaje de la sudamericanidad ha alcanzado ya un grado de saturación continental, absorbiendo con facilidad grupos étnicos europeos, que llegaron con su cultura de la libertad individual. En cambio, corresponde ahora, un gran esfuerzo responsable de política social, seria y profunda, de acercamiento al desterrado comunismo social indígena y negro, porque su solidarismo es reacto a una exagerada sociedad liberal a la europea.

El sudamericanismo debe recorrer con persistencia militante, esta labor integradora nacionalista. Renace otra vez el patriotismo indigenista de San Martín y Bolívar. Podríamos afirmar otra vez como Belgrano, "manes ilustres de los Incas

que yacéis en un reposo imperturbable, si allá, en esas regiones, os pueden afectar las cosas humanas, recibid este cordial homenaje que a vuestras sacras cenizas consagran los pueblos que han jurado alcanzar la INDEPENDENCIA y la INTEGRACION de la Nación SUDAMERICANA”.

Una bandera nacional sudamericana

“Soldados: esta es la primer bandera que se ha levantado en AMERICA”.

*José de San Martín
Al ejército de los Andes en
Mendoza.*

La heráldica independiente tuvo su nacimiento el 2 de Febrero de 1806, cuando el General Francisco Miranda enarboló: a) en el mástil de su corbeta “Leandro” su bandera Naval AZUL con el estampado de un rubicundo SOL BLANCO representativo de AMERICA; b) en tierra venezolana la bandera tricolor AMARILLA, AZUL y ROJO. Tales son los colores del sueño heráldico de Miranda que se dio en el continente.

El general argentino don Manuel Belgrano — que conocía este inicio heráldico publicándolo en la “Gaceta de Caracas”—, en su marcha libertadora hacia el Paraguay en 1811 izó su primer bandera en Curuzú Cuatiá AMARILLA, AZUL y ROJA. A los pocos meses los generales paraguayos se constituyen en Junta y enarbolan como primer bandera paraguaya esa misma AMARILLA, AZUL y ROJA. En ambos casos “con Castillo y León” estampado, como subordinación a la Corona como también lo hicieron los revolucionarios venezolanos de 1810 al ponerle “F-VII

Eran los comienzos de la libertad dentro del imperio español. En otro 26 de Febrero, ya de 1812, el General Belgrano se lanza en Rosario a una heráldica independiente y levanta ya una bandera AZUL y BLANCA —como la primera de Miranda— a la que luego se le agrega el SOL AMERICANO. (En oposición a Buenos Aires, Francia en el Paraguay en 1812, y Artigas en la Banda Orienta en 1815 retoman esta bandera AZUL y BLANCA y le agregan el rojo de la Federación).

Antes de cruzar los Andes, San Martín adopta la AZUL y BLANCA y la lleva consigo a Chile y Perú. Entre tanto Bolívar descendió hasta el Alto Perú con la otra bandera AMARILLA, AZUL y ROJA. Las exigencias de vencer a los españoles concentrados en el Alto Perú polarizaron el nuevo poder sudamericano, en los ejércitos de la Gran Colombia y de las Provincias del Sud, que portaban las dos banderas, que alcanzaron su destino histórico continental, porque fueron pendones liberadores de pueblos hermanos.

Un siglo de guerras civiles sudamericanas, que fragmentaron políticamente la NACION en más de veinte ESTADOS, redujeron el simbolismo continental de los dos pendones tradicionales, al aparecer una veintena de banderas de las patrias chicas. Pero los colores ya estaban estampados a fuego en el corazón del subyacente nacionalismo sudamericano.

FUENTES HERALDICAS SUDAMERICANAS

<i>Miranda - Belgrano</i> <i>San Martín</i>	AZUL	BLANCO (SOL)	AZUL
<i>Artigas - Francia</i> <i>O'Higgins</i>	AZUL	BLANCO	ROJO
<i>Miranda - Belgrano</i> <i>Bolívar</i>	AZUL	AMARILLO	ROJO

En el cuadro está la tradición indígena, en los colores AZUL y BLANCO del palacio de Montezuma —que el padre Morelos recogió en su bandera mexicana de 1811— y en el SOL estampado en las banderas de Miranda y Belgrano. La tradición española en cambio, en el rojo y amarillo de su bandera nacional, y en el blanco de las banderas militares con la que luchamos contra los ingleses en la Reconquista de 1807. Desde allí, el AZUL emerge como el color central del nacionalismo sudamericano, porque presidió la doble heráldica de San Martín y Bolívar en el encuentro de Guayaquil, y porque Bolívar en 1826 izó en el cerro sagrado de Potosí, junta a su bandera de la Gran Colombia, la bandera de los Andes de San Martín.

En nuestros días, sobre veinte banderas principales de Sudamérica los colores dominantes son 17 AZULES y 16 BLANCOS. 6 banderas puramente AZUL y BLANCAS: Uruguay, Argentina, Nicaragua, Honduras, Guatamala y El Salvador. Otros 8 pendones con el AZUL y BLANCO, al que le agregaron el Rojo Diferenciador: República Dominicana, Puerto Rico, Paraguay, Panamá, Chile, Cuba, Costa Rica. Debemos agregar las banderas históricas del Padre Mo-

relas en México, las de Artigas en la Banda Oriental, la primera bandera de Guayaquil y la original de Miranda en Venezuela. Además tres Estados de Brasil, Pernambuco, Río de Janeiro y Matto Grosso, llevan también el AZUL y BLANCO, que aparece en el centro de la bandera nacional brasileña, en un universo con estrellas, sobre los colores de la Africa negra, verde y amarillo. El AZUL y BLANCO de 20 banderas son hoy también los colores del nacionalismo sudamericano.

Hacia los Estados Unidos de Sud América

"Entablar por nuestra parte el PACTO AMERICANO, que formando de todas nuestras REPUBLICAS un cuerpo político, presente la AMERICA al mundo, con un nuevo aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La AMERICA UNIDA, si el cielo nos concede este deseado voto, podría llamarse la REINA DE LAS NACIONES, la MADRE de las REPUBLICAS.

Simón Bolívar

El partido sudamericano se lanzó hacia la AUTODETERMINACION POLITICA de la NACION. En las provincias del sur treinta y cuatro delegados de los pueblos, firmaron el Tucumán de 1816 la "Declaración de la INDEPENDENCIA de las Provincias Unidas de SUD AMERICA", reafirmando en el decreto de la creación de la bandera, "elevadas las Provincias Unidas en

SUD AMERICA", reafirmando en el decreto de la creación de la bandera, "elevadas las Provincias Unidas en SUD AMERICA al rango de una NACION, después de declarada la INDEPENDENCIA". Con posterioridad el Director Escalada proclamó: "Pueblos de SUD AMERICA: sabed que la NACION reunida en el Soberano Congreso de estas Provincias Unidas ha decretado nuestra INDEPENDENCIA de toda dominación extranjera, de Fernando VII y sus sucesores".

Al mismo tiempo Artigas en la Banda Oriental lanzó el 27 de Julio de 1813 su "Plan de Constitución Liberal y Federativa para las Provincias Unidas de la AMERICA DEL SUD", en el que adoptaba la ciudadanía sudamericana, continuada luego por varias provincias argentinas. Y Bolívar por su lado el 7 de diciembre de 1820 invitó a todos los gobiernos de las REPUBLICAS SUDAMERICANAS al Congreso de Panamá con el fin de crear una autoridad centralizada".

Fueron distintos los criterios sobre el nuevo poder político. Hubo otra coincidencia entre Miranda y Belgrano. El primero propició en su proyecto de Constitución de 1798 centralizar en un Rey Inca controlado por dos cámaras y Belgrano, de acuerdo con San Martín, logra que en el Tucumán de 1816 se aprobara su plan de un Rey Inca para Sudamérica. Incluso el proyecto de Constitución de 1815 para la Reina Carlota estipulaba "la nueva monarquía de la AMERICA DEL SUD". Enfrentaba este criterio el republicanismo de Bolívar que propiciaba a su vez un presidente permanente o Artigas que tendía a la solución liberal y federativa. Pero en todo esos

casos se buscaba la forma de un nuevo gobierno para la NACION SUDAMERICANA.

Es a la luz de estos antecedentes que los pueblos y los gobiernos, deben, hoy, disciplinarse seriamente avanzando hacia los ESTADOS UNIDOS DE SUDAMERICA, expresión de la sudamericanidad. Habrá pasos intermedios, pero el siglo XXI nos deberá encontrar mancomunados en los ESTADOS UNIDOS DE SUDAMERICA, expresión política unificadora de la NACION SUDAMERICANA.

*El Autor
Tucumán, 9 de Julio de 1982*

HACIA UN NUEVO REVISIONISMO AMERICANO

El presente ensayo va dirigido preferentemente a las generaciones más jóvenes, que al mismo tiempo que se inician en la vida política en un mundo nuevo que avanza hacia el socialismo, sienten la urgente necesidad de conformar una conciencia histórica complementaria, que no se encuentra perfilada con claridad en los centenares de textos y estudios que abundan en librerías y bibliotecas.

Tuvimos dos motivos para encarar una "historia socialista". La mayoría de esos trabajos sobre América son historias políticas, militares o religiosas de las capas dirigentes. Muy pocas incursionan en la economía, tratando de explicar los mismos acontecimientos tradicionalmente repetidos, los mismos héroes, en el marco de las luchas de clases. En segundo lugar, la idea del presente trabajo se nos afirmó cuando llegó a nuestras manos la obra clásica de Max Beer *Historia del socialismo y de las luchas sociales* que en su primera edición alemana, durante la República de Weimar, en 1924, tiró ya trescientos mil ejemplares. El prologuista uruguayo de la quinta edición en castellano hacía notar que "desgraciadamente el panorama que presenta la obra no es estrictamente universal por cuanto gira alrededor del Cercano Oriente, el Mediterráneo y ante todo Europa Occidental. A lo más se mencionan brevemente a los Estados Unidos de Norteamérica y a Rusia. Nos resulta lamentable —agrega—, que no se trate de la historia del socialismo y de las luchas sociales en nuestra América latina" (Beer, VIII).

El autor no pudo escapar al concepto limitado de lo universal que tenían por entonces todos los intelectuales europeos, que comprendía Oriente, Grecia, Roma y el Occidente anglosajón, pero puso con toda claridad de relieve el comunitarismo antiguo que se extendía en todas esas regiones y sus posteriores eclosiones dentro de la nueva civilización privatista que se hacía cada vez más fuerte.

Los pueblos de América y del Tercer Mundo han iniciado ya una marcha incontenible hacia el socialismo como sistema superior de vida civilizada. Al modelar su futuro se enfrentan con la problemática de encontrar su verdadero pasado nacional. La liberación historiográfica que esto significa, importa avanzar entre una intrincada combinación de contradicciones ideológicas todavía no bien resueltas, la más grave de las cuales es el enfrentamiento entre la dominante historiografía europeizada y el revisionismo histórico que con distinta virulencia ha emergido en los pueblos más avanzados. El pasado de toda la humanidad, y el de nuestro particular continente, analizado desde el ángulo de la civilización occidental sostenida sobre la tercera parte de la población del globo que logró una estructurada forma de pensamiento universal; o la historia del hombre vista ahora desde los movimientos nacionalistas de la periferia tricontinental en la que viven las otras dos terceras partes, que se hacen presentes con formas ideológicas primarias pero con la fuerza que dan los poderosos movimientos de liberación nacionalista.

El desarrollo extenso de la sociedad imperialista se corresponde con la dimensión mundial de las luchas contemporáneas. Entonces, en la medida en que su sistema de defensa constituye un dispositivo de tal magnitud, esas luchas comprometen a la humanidad en su conjunto.

Ningún pueblo sobre el primado de estas condiciones puede probabilizar siquiera su liberación, aislado material y espiritualmente de la totalidad de pueblos que la procesan (Fornández Pardo, I).

El pasado de América, de Asia y África se encuentra deformado notablemente por la visión metropolitana de toda la historiografía clásica. El conquistador fijó una escala de valores en la que la expansiva civilización capitalista estaba inmersa en un mar de pueblos salvajes, bárbaros, esclavistas o feudales, a los que había que ayudar a recorrer el único camino civilizado descubierto por la civilización greco-latina y perfeccionado por la civilización occidental. En este esquema metropolitano aceptado por toda la ciencia oficial se sobrevaloró el aporte exterior de Europa al Tercer Mundo y por supuesto, se subestimó a la vez, y esto es lo más grave, el papel de tantas otras civilizaciones tercermundistas. El pensamiento eurocentrista copó incluso la historiografía de centenares de pueblos coloniales quienes se lanzaron a la aventura de reconstruir su propio pasado utilizando el lente prestado por el colonizador.

En el presente siglo, después de una secular derrota de los pueblos coloniales, que comienzan de nuevo a tomar personalidad, florecen paralelamente los revisionismos locales nacionalistas, develando lentamente viejas tradiciones olvidadas y repudiadas, movimientos populares desconocidos, para reconstruir otro cauce histórico. Historias del mundo indígena americano, del continente negro, de la civilización china milenaria. Y entonces se descubre que los fenómenos de grandeza pasada y desintegración moderna fueron vividos por igual por todos los pueblos tercermundistas, conforme a leyes generales que es urgente poner al descubierto para avanzar con seguridad sobre el porvenir.

Empujados por la propia dialéctica del proceso revisionista, entramos en una nueva visión retrospectiva de la humanidad en su conjunto, en que el Tercer Mundo, y dentro del mismo América, aportan sus formas de vida y sus culturas milenarias. Del universalismo de la cúpula metropolitana, saltamos al universalismo de los pueblos de la periferia colonial.

En esta tarea nos hemos visto compelidos a recomponer el tiempo de las ideas dejando de pensar en siglos —como nos impuso el europeísmo para encerrarnos dentro de su civilización— para acostumbrarnos a hacerlo en milenios que es la medida histórica de muchas viejas culturas periféricas. Además debimos saltar más allá de los límites nacionales hacia el plano de los continentes. La historia local de cualquier país de América o del Tercer Mundo se explica dentro de los grandes escenarios o no se explica.

Accedemos conscientes a un tajante revisionismo tercermundista en que milenarismo y continentalismo son medidas en grande del pensamiento, que exigen corregir anticipadamente la mira histórica. En esta dialéctica de las civilizaciones superamos tanto la historiografía eurocentrista como el revisionismo puramente nacionalista y provinciano. Convencidos de que hemos sido durante decenas de siglos superiores al hombre europeo, apuntamos hacia una depurada conciencia histórica que encauce el desbordante torrente de hechos del pasado dentro de una teoría general de la historia de la humanidad.

EL SISTEMA DE VIDA SOCIAL

(Del hombre primitivo a Tupac Amarú)

UN CONTINENTE ORIGINAL

Vivimos en un continente que une los dos polos. Esa es su mayor particularidad física. Además, según parece, no tiene el privilegio de haber dado origen a la especie humana. Fue descubierto y colonizado: en épocas muy lejanas por hordas que parecen haber cruzado por las zonas frías de Alaska; después por pueblos asiáticos que llegaron por el Pacífico; y por último, por los europeos blancos, los vikings y los fenicios por la costa nortatlántica, y los latinos con publicitado viaje de Cristóbal Colón. El mestizaje, la cruza de idiomas y de razas, la movilidad humana son rasgos que todavía subsisten en la idiosincracia de sus hombres.

Es un continente de contrastes, porque la primitiva colonización tercermundista del Pacífico desembocó en el visible subdesarrollo de las zonas indígenas y negras; en tanto que la colonización europea atlántica culmina en el bienestar de las grandes ciudades del norte y el sur donde conviven los blancos. Por un lado estamos atados a las duras disyuntivas de opresión social del "Tercer Mundo" junto a africanos y asiáticos; por el otro los norteamericanos disputan con éxito a Europa la hegemonía mundial.

Esta polarización social organizada en un continente que ofrece todos los climas, desiertos, montañas, bosques y zonas ubérrimas, tiene raíces históricas

que trataremos de desenterrar. Los americanos padecemos la miopía de una limitada conciencia histórica elaborada por europeos a partir del siglo XVI. medio milenio de un *proceso que cubre por lo menos doscientos siglos*, y que subestima el pasado tercermundista indígena y negro.

Tenemos que acostumbrarnos a pensar en grande: el continente como totalidad, superando localismos nacionales y la de límites políticos artificiosos. En el tiempo histórico, si consideramos en treinta años la media generacional, han existido 60.000 generaciones que transmitieron una herencia de ideas y costumbres. De ese legado cultural diseminado en el ámbito de este continente vamos a tratar en este trabajo. ¿Cuál es la vejez de las cosas múltiples que nos rodean? ¿La antigüedad del fuego, de la subordinación de la mujer al hombre, de la propiedad privada, de las religiones, de los caminos o de la reja de arado?

Es necesario alcanzar una forma de pensamiento más equilibrada que regule nuestra conducta política, permitiéndonos distinguir qué es lo que podemos cambiar con nuestras fuerzas actuales y qué es lo que por ahora debe rescatarse de esa herencia milenarista; en función de ello se medirá el grado de nuestra fuerza y el de nuestros sueños utópicos. A los historiadores que miramos hacia el pasado nos toca destacar la magia de lo tradicional, valorando lo mucho que los seres humanos ya hicieron en este globo perdido en las profundidades del universo; a los políticos, en cambio, que avizoran el futuro, les corresponde la doble tarea de enterrar tradiciones desgastadas y apotar los nuevos elementos de este largo proceso que es la vida de los pueblos.

LA INFANCIA MIGRATORIA

Está suficientemente probado que ni el hombre solo ni la familia con su pequeña división del trabajo

EL ARCHIPIELAGO SOCIAL DE AMERICA



El mapa representa la zona realmente ocupada, de población superior a 2 habitantes por milla cuadrada. Sus límites son dos océanos, dos desiertos y una gran selva impenetrable... 20.000 años de organización social han estructurado solo el presente archipiélago social americano. La zona negra es la del mundo indígena. El resto corresponde a la colonización europeos.

jo fueron suficientes para establecer los cimientos del proceso humano sobre el planeta. *Todo partió de la horda primitiva*, de la "manada humana" poco diferenciada de la animal, que practicó por milenios una *simple economía de ocupación de la naturaleza*, de recolección de frutos, la pesca y la caza o las formas más primarias de la agricultura itinerante, perfeccionando algunos primitivos instrumentos de trabajo para golpear, cavar o defenderse. Algunas piedras talladas en osarios de animales extinguidos como el bisonte gigante, el megaterio o el mamut, radiografían este comienzo social de la vida humana.

Parece cierto que América fue descubierta y colonizada desde el norte por esas comunidades primitivas en un lapso que abarca 200 siglos antes de nuestra era. Y su forma de existencia impuso *la necesidad de una vida migratoria*, en la cual la horda agotaba un valle o un claro en la selva y luego seguía avanzando hacia nuevas y desconocidas tierras. Como además repetían el ciclo de vida en el mismo nivel, las comunidades primitivas se vieron obligadas a repeler hacia afuera el crecimiento de sus fuerzas productivas. Cuando un grupo crecía numéricamente hasta superar las reservas de alimentos que brindaba una región, se desdoblaba para reproducirse en otra comunidad similar que partía a buscar su propio destino, con los mismos hábitos migratorios o cazadores, impelidos por este sistema de dispersión social.

"En el Perú primitivo frente a los desiertos, las punas y los páramos Adán y Eva jamás habrían podido sobrevivir. Este tipo de familia mínima y egoísta habría dejado sus huesos blanqueados en las arenas de los desiertos de la costa o en los páramos helados y excelsos de los Andes. Para dominar la hostil naturaleza peruana, para aprovecharla económicamente, debió organizarse la familia en grupos cerrados, compactos y numerosos. Una serie de parejas vinculadas sea por la sangre o el parentesco espiritual,

pero sobre todo vinculadas sagradamente por la voluntad de vivir y la necesidad de existir. Eso fue el ayllu, la gran familia de tipo económico y social. *Con una organización, con un sistema de vida altruista de tipo colectivo, para el bien común*" (Romero, 27). En igual forma, el calpulli mexicano o el hatta aymara (como la comunidad del campesino ruso, del chino o el hindú) resolvieron en la práctica de una vida en común, atada por lazos de consanguinidad, esta primera gran batalla por el dominio de la naturaleza.

Estamos ante una sencilla *"máquina social de consumo"*, que basada en una cooperación simple, en una división primaria de trabajo entre sus miembros (hombres y mujeres, entre los adultos, niños y ancianos) lograba cubrir sus reducidas necesidades de supervivencia contando con los bienes que le ofrecía espontáneamente la naturaleza: el aire, el agua, los productos vegetales y animales. De allí en adelante quedaron estampados a fuego los dos elementos básicos de la vida humana, que cubren tanto a la horda primitiva como la nación moderna. Uno la autosubsistencia de cualquier grupo humano; el otro, el solidarismo en el esfuerzo y en el consumo.

El dominio del fuego cerró esta primera etapa infantil de las sociedades organizadas, revolucionando los hábitos alimenticios al incorporar al sustento el pescado, la carne, los tubérculos, las raíces feculentas. Desde esa época los pueblos se dividieron en los que cocinaban con horno y los que hervían los alimentos en cacharros cerámicos. El fuego controlado abrió las posibilidades para el fundido de los metales para las armas de defensa y permitió también protegerse contra el frío.

La etapa de la comunidad primitiva americana fue más corta que la de otros continentes. Un hecho casual, el desconocimiento del caballo, no permitió desarrollar la "revolución de los jinetes", merced a la cual mongoles, turingios, germanos o tártaros recorrieron Eurasia en todas direcciones, fundando y

destruyendo imperios hasta nuestra era. Los americanos fueron caminadores pertinaces, y no debe haber ya lugar alguno del continente que no haya sido hollado por el pie del hombre.

LA DOMESTICACION DE LAS PLANTAS

La madura experiencia acumulada en esa primera etapa de la vida recolectora del hombre americano, permitió llegar al conocimiento de gran parte de la dialéctica productiva entre los vegetales y la tierra. De la recolección de plantas se pasó al cultivo seleccionando los tipos más aptos o los suelos más fértiles. Se inventaron y perfeccionaron distintos instrumentos de labranza, palo de punta aguda, cuchillos y azadas de piedra. El hombre comenzó a vivir apasionadamente los ciclos de las cosechas, a separar semillas de frutos, a conducir en fin el proceso productivo.

Ya está suficientemente estudiado el *proceso colectivo de creatividad agrícola mundial* que pacientemente fue desarrollándose en el correr de los siglos, para cubrir las necesidades siempre angustiosas de alimentación y vestido. Se trata de un *esfuerzo de práctica social realizado por millones de hombres de todas las latitudes que fueron agegando pequeñas modificaciones que al acumularse aparecen como grandes inventos*. También la memoria social fue recogiendo en la tradición una cantidad de usos y costumbres agrícolas que le permitieron elevarse sobre la lucha casi animal de los primeros recolectores y cazadores.

Este fenómeno de identificación del hombre, el grano y la tierra no fue patrimonio específico de una zona poblada del globo terráqueo. La agricultura regulada pasó a ser el medio dominante de existencia

AMERICA HIJA CULTURAL DE ASIA Y AFRICA



Los puntos negros reproducen extremos analógicos en el campo de la antropología social (focos de escritura, pintaderas, y trepanación) que demuestran la existencia de una continuada relación cultural tercermundista. Las civilizaciones indígenas son derivadas de las civilizaciones madres de Egipto y Sumeria y sus segundas de India y China.

de las tribus de la Mesopotamia, del valle del Nilo, de Palestina y el Irán, del sur de Asia Central, de las zonas adyacentes a la costa meridional del mar Caspio, Norte de Irak, las orillas del río Dniéper en Rusia, surgiendo también en América, en México y más al sur, donde el hombre primitivo estuvo tanteando nuevas formas de alimentación vegetal, hasta que en el 2500 antes de nuestra era, apareció por primera vez una diminuta variedad de maíz cultivado, derivado de un maíz silvestre que 5.000 años antes de nuestra era estaba constituido por una mazorca de dos centímetros de longitud, con granos como pequeños guisantes. Ese maíz domesticado creció en tamaño y cambió su forma con el correr de los milenios, extendiéndose como una planta indígena típica del continente americano (Norton Leonard, 11 a 15).

En América "los cazadores de caza mayor perdieron la batalla de la supervivencia, pero la ganaron los recolectores de granos. *Hacia el año 6000 a. de C., algunos recolectores de granos empezaron en algún lugar a interferir con éxito en el proceso de la plantación, germinación y explotación de las plantas silvestres. Los antropólogos han considerado desde mucho tiempo esta realización tecnológica como un pilar en la evolución de la cultura humana.* El arqueólogo británico V. Gordon Childe considera que es la primera gran revolución en la existencia del hombre. Ciertamente resultó un gran paso hacia la adquisición de un mayor dominio sobre el medio ambiente, porque transforma al hombre en amo en vez de esclavo de este medio, pues un cazador y un recolector de alimentos salvajes son, en última instancia, esclavos de su fuente de aprovisionamiento" (Wolf, 56). La libre agricultura moderna es hija directa de ese sistema primitivo.

Describimos una América agrícola. En Eurasia, el caballo y el vacuno orientaron un proceso paralelo de domesticación de los animales. Allí se enfrentaron abiertamente los pueblos agrícolas y los pueblos ganaderos (hijos de las comunidades recolectoras y

las comunidades cazadoras). América indígena tuvo una debilidad productiva congénita: no conoció el alimento ni el motor animal para el transporte, salvo la utilización esporádica de la llama en la zona andina (hasta que los españoles desataron sorpresivamente la revolución ganadera cuando trajeron los primeros vacunos y caballos).

EL CONTROL DEL AGUA

En este proceso de liberación agrícola del hombre, la domesticación de las plantas se completó con la "domesticación del agua". Mucho tardó el ser humano para comprender porqué la combinación de la tierra, el agua y el calor solar producían el misterioso proceso reproductivo de las plantas. En algunos milenios logró apreciar las diferencias entre zonas lluviosas y zonas secas. Pero la lenta observación de los ciclos anuales de la naturaleza, le hizo aprender también que había zonas secas que contenían fuentes de agua, distintas de las lluvias que podían ser también controladas. Así surgió un día *el cultivo de riego en pequeña escala*. Este otro paso, *de la agricultura de lluvias a la agricultura de regadío*, duró milenios en la escala familiar.

"Por todas partes pequeños diques y canales sirven para almacenar agua y canalizarla hasta las tierras que la necesitan, protegiendo así la primera cosecha de las amenazas de la sequía y ayudando a la segunda cosecha a crecer en un suelo que de otra manera permanecería estéril. Un pequeño pozo o un canal pueden significar la diferencia entre la abundancia y la insuficiencia extremas: las fuentes de agua han sido objeto de grandes batallas, han sido celosa y ferozmente defendidas. El agua se ha convertido en primordial necesidad de hombres y plantas"

(Wolff, 23). Esta caracterización de las zonas mayas y aztecas de Mesoamérica, puede ser extendida también a todo el sistema social andino. Un nuevo mundo de irrigación artificial fue tejido en el "techo de América".

Las altas mesetas de agua controlada estuvieron rodeadas de las zonas bajas como el desierto norteamericano o la selva amazónica, donde las comunidades no lograron salir de su primitivismo cazador y recolector porque el reducido caudal de agua de lluvia apenas aseguraba una escasa ración a sus integrantes. *El agua escindió así a la sociedad indígena americana a esta altura del desarrollo.* Los hombres de las mesetas abandonaron a sus iguales y se lanzaron a la conquista lenta del bienestar por la vía del control del maíz y del agua. Los de desiertos y selvas continuaban ciegos ante los misterios de la naturaleza que otros habían ya descubierto.

LA APROPIACION COMUNALISTA DE LA TIERRA

En la época de los recolectores y cazadores la tierra y el agua no tenían dueño. Con el tiempo los pueblos ganaderos de Eurasia guerrearon por los rebaños y los de América por las zonas de pesca, pero no por la tierra. *Con la agricultura se produce el primer gran proceso de territorialización de la población.* Junto a los vínculos arcaicos de solidaridad apoyados en el parentesco, la raza y el idioma se agregó desde entonces el que surge del uso común de la misma porción de tierra que vinculaba aún más a los hombres a su comunidad. Todo comenzó a girar entonces sobre la propiedad común, afirmándose en un plano superior el trabajo y el reparto comunalista de los frutos limitados de una fracción de la tierra. *Sólo los miembros de la comunidad podían hacer usu*

fructo de ella. Esas relaciones de propiedad común se extendía sobre toda zona donde se podía aplicar la fuerza social de trabajo colectivo. Más allá era tierra de nadie o surgía la oposición de la propiedad de una comunidad o tribu vecina.

Todo este juego de agricultura, tierra y hombres produjo inevitablemente *cambios en las relaciones sociales modificando el sistema de parentesco.* Si en la promiscuidad pimitiva la maternidad era indiscutible para establecer la filiación y el parentesco, cuando la comunidad nómade se transformó en grupo sedentario y los hijos se transformaron en un instrumento de trabajo, el padre afirmó su autoridad, la mujer pasó a ser propiedad del hombre y éste se convirtió en el eje de la nueva familia. *El patriarcado substituye como una cultura superior al matrimonio* y los parientes por la línea masculina conforman en adelante la comunidad (Baudin, 50).

Durante los milenios en que esta estructura civil cohesionó a los hombres *no hubo en general ni esclavitud ni procesos de destrribalización para formar un órgano estatal centralizador.* La igualdad en la producción y en el reparto se reflejaba en una *democracia primaria*, en la igualdad en las decisiones de conjunto, aunque estas sociedades primitivas "vivieron bajo un estricto orden coercitivo, caracterizado por instituciones jurídicas tales como la venganza de sangre y la expulsión de la comunidad, la propiedad colectiva de la tierra y una propiedad más o menos individual de las cosas muebles. Es verdad que no había organización estatal por cuanto el orden coercitivo, que significa orden jurídico, de esas sociedades no instituía órganos especiales para la creación y aplicación del derecho; no había órganos legislativos y judiciales y, en particular, no había órganos especiales para la ejecución de las sanciones establecidas por el orden jurídico. Regía el principio de la defensa propia, pero ese principio era un principio jurídico. Había una clara distinción entre el asesino y el vengador que aplicaba el derecho al asesino

y a los miembros de su familia, de acuerdo con el principio perfectamente jurídico de la responsabilidad colectiva" (Kelsen, 66).

EL SISTEMA ARTESANAL DE ALDEAS

Del trabajo agrario colectivo fueron desprendiéndose una serie de labores complementarias: el hilado, el tejido, la alfarería o la carpintería, la metalurgia primitiva y aún la orfebrería que respondían a un plan del conjunto. Asistimos al nacimiento del *artesano comunista, que significa otro cambio en las relaciones de producción y la aparición de una forma de división de trabajo entre el campesino y el artesano*. Esta fue una práctica de milenios que recorrieron todos los pueblos de la tierra con más o menos rapidez, pero que posibilitó acumular una gran experiencia en el manipuleo de la materia prima agrícola, que fue transmitiéndose de padres a hijos, con todas las variantes regionales que resultan de la combinación de ambientes físicos distintos y formas raciales o ideológicas a veces opuestas.

El hombre inventó una serie de instrumentos de trabajo que alargaban su mano, multiplicaban su fuerza, utilizando la piedra, la madera, los huesos y los metales machacados o fundidos. Los museos arqueológicos están saturados de modelos de todo tipo en los que se ve el palo con punta tabajada para plantar, su transformación en hacha, la pala o la azada. El fuego permitió un día descubrir el cocido de la tierra y la fundición de los metales, apareciendo el horno de forjar, el torno del alfarero y equipos cada vez más perfeccionados de la cerámica y la metalurgia. Culminando el proceso de esta progresiva evolución técnica, surgió la gran artesanía de los pueblos antiguos, el hilado y el tejido de algodón y

de lana, cuyos magníficos ejemplares, que han resistido en las tumbas la inevitable erosión del tiempo, pueden parangonarse con las modernas telas de la mecanización más avanzada.

Esta división del trabajo agrícola-artesano que significó un avance valorable de las fuerzas productivas, perfeccionó la máquina colectiva de producción social, elevando en forma complementaria la máquina de consumo al incorporarle nuevos bienes. Estamos lejos ya de la comunidad recolectora y cazadora o de la comunidad puramente agrícola. Sin embargo esta unidad de la revolución agrícola con la revolución artesanal no superó los marcos generales de la comunidad porque en todos los casos mantuvo la igualdad primitiva en el aporte de trabajo y en el consumo. *En realidad el artesanado vino a consolidar por dentro el autodesarrollo comunitario.*

Cuando las tareas no rurales rebasaron el marco de la comunidad para formar parte de la organización tribal, los alfareros, plateros, panaderos, carpinteros, se fueron unificando entre sí para dar nacimiento a la idea que se transformó, en todos los procesos culturales, en una necesidad social. Surgieron, cortando de trecho en trecho las extensas sementeras. Miles de pequeñas concentraciones urbanas de distintas tribus y comunidades ponían de relieve un estadio social superior en una larvada civilización urbana que sobrevive en los innumerables cementerios indígenas.

Ya la comunidad agrícola se abastecía a sí misma y además sostenía a la aldea que le devolvía en bienes trabajados y servicios sociales un equivalente que permitió mejorar el nivel de conjunto (Wolff, 72). Pero la aldea tomó su propia dinámica de crecimiento. A poco andar, se transformó en el mercado de las ferias periódicas a las que acudían muchas veces comunidades lejanas y en el centro religioso de cultos distintos. La misma aldea alcanzó en algunos casos la especialización en adornos o tejidos, y la obra de sus artesanos que la ocupaban totalmente

adquiría renombre regional. La división interna del trabajo puramente artesanal se especializaba a su vez.

Aunque en la aldea se evidenciaron pocos indicios de organización política, es indudable que ya en este período comenzó el proceso mundial de subordinación de las zonas rurales a los centros urbanos que caracteriza la sociedad actual. Sin embargo, la tradición colectivista agraria que imponía el uso común de la tierra y el riego persistió en los poblados americanos.

LA ESTRUCTURA BASE DE LA SOCIEDAD MODERNA

Se impone realizar, ahora, un balance histórico. Admitamos que la anteriormente descripta fue la primera etapa de la humanidad, pero de la cual no participaron en ningún caso los pueblos bárbaros y salvajes, como lo estableció en el campo científico la antropología anglosajona. Sólo superando esa limitación del pensamiento europeísta estaremos en condiciones de medir en su justo papel la herencia actual del comunitarismo indígena americano (parte del sistema comunal que durante milenios se extendió en forma similar por todos los otros continentes).

El principio rector de la conducta social, el solidarismo practicado en esa sociedad primitiva (desde la comuna a la tribu y de ésta al pueblo) alcanzó una *sólida cohesión interna de autodesarrollo* que logró en muchos casos subsistir con sus caracteres originales hasta nuestros días. En el altiplano indígena, en las mesetas de México, en las selvas amazónicas, los etnólogos pueden darse hoy el lujo de estudiar en vivo el cuadro inanimado de los objetos antiguos, las momias o los cacharros que contemplamos absortos en los museos. Este fenómeno de for-

midable supervivencia (que se repite en la Rusia asiática, en China e India, en Africa negra o el mundo árabe) nos obliga a pensar en qué medida ese colectivismo inicial sigue siendo la argamasa de muchas de las formas del socialismo moderno que brotaron en zonas del "Tercer Mundo". El ayllu peruano o el calpulli mexicano están detrás de las reformas campesinas actuales.

En el lapso de 20 milenios se conformó en realidad *la estructura ósea de la sociedad*. Los hombres aprendimos a convivir en tribus, después en pueblos y luego en naciones y actualmente estamos practicando una convivencia internacional. *Todos los tipos de sociedad que siguieron a la comunidad primitiva están construidas sobre ese cimiento*. El sistema de la vida moderna sólo combina en un grado más calificado la subsistencia alimenticia, el vestido y la vivienda. Y ese cuadro ocupa el grueso de la actividad productiva de las masas que deben producir diariamente para cubrir las necesidades del conjunto. Es la misma máquina de producción-consumo que sigue latiendo a un ritmo más acelerado. La sociedad de hoy existe pues, porque antes otras generaciones elaboraron pacientemente costumbres y hábitos, prácticas manuales y esquemas de ideas que dieron esa vitalidad a la agrupación humana.

En esa estructura inicial comunitaria fueron asentando lentamente, de generación en generación, *innúmerables formas sociales incorporadas al haber subconsciente del hombre moderno*: el control del fuego y del agua, la domesticación de los animales, la utilización dirigida de las plantas, el uso de la piedra y la madera o los metales como instrumentos; el conocimiento religioso de la marcha de las estaciones y el papel de los astros como regularizadores del tiempo. Los hombres establecieron entre sí formas de división del trabajo y de subordinación social que todavía se respetan: la supeditación de la mujer al hombre y del joven al viejo; la división del trabajo agrícola artesano, la previsión del futuro en los ali-

mentos, el vestido o la vivienda; el sistema de aldeas, la planificación del trabajo y el consumo en común; en fin, la familia, el lenguaje, las razas, los pueblos y hasta las guerras.

En definitiva, durante esos 200 siglos se ajustó y se mantuvo en marcha continua la máquina social de producción-consumo de autodesarrollo, en la que dominó un igualitarismo generalizado en el aporte de trabajo y en el reparto, acompañado de una arraigada solidaridad para ancianos, niños y enfermos. El bienestar o el hambre para todos por igual. La desigualdad y el privilegio son adornos que aparecen después con la civilización moderna.

Si contemplamos esta porción de la historia de América como socialistas no podemos menos que rendir homenaje a tantos antepasados que nos legaron ese prodigioso bagaje de elementos culturales que se nuclean hoy en la sociedad de consumo.

LA REVOLUCION HIDRAULICA CREA LA SUPERESTRUCTURA

La agricultura comunalista de lluvias descubrió un día que podía "domesticar" otras fuentes de agua: los ríos y arroyos. Lentamente *fue creciendo la agricultura de regadío, de canales que dirigían el líquido elemento a las tierras secas ampliando las posibilidades productivas.* El riego en pequeña escala de la comunidad encerraba un salto hacia un futuro de grandeza. Algunos pueblos, no todos, organizaron el riego en gran escala que permitía multiplicar sus cosechas de granos de cebada en Sumeria, de trigo en Egipto, de arroz en China y de maíz en todo el mundo indígena americano. En algunos casos se alcanzaron por el riego artificial hasta tres cosechas por año. En otros, se llegó a un rendimiento que superaba en

cien veces la cantidad del grano plantado. *La agricultura fue sometida a una profunda revolución técnica, similar a la revolución industrial del siglo XVIII en Europa.*

Ese nuevo tipo de vida agrícola surgió de una titánica lucha por dominar en otro nivel a la naturaleza. Lucha por lograr el control del agua en los deltas de contención. El caos acuático de las informes ciénagas selváticas y los desiertos de tierra reseca se convirtieron por obra del dinamismo sobrehumano de muchas generaciones, en un maravilloso ordenamiento de campos cultivados, mesetas y zanjaz (Wittfogel, 21, 31, 408; Toynbee, 487).

La revolución técnico-agrícola surgió en Afroasia y pasó misteriosamente a América hace unos tres mil años (apenas penetró en Europa atada a su agricultura de lluvias). Los deltas del Tigris y el Eufrates, del Nilo, del Indo, del Ganges superior, del Amarillo y del Yantsé, acumularon una experiencia en riego artificial que un día cubrió el "techo de América" formado por sus mesetas andinas, o el lago de México, con una red de canales. La revolución hidráulica había alcanzado nuestro continente, siendo de poco valor averiguar si fue importada de Asia o si apareció como un resultado natural del propio proceso social agrícola americano.

La sociedad hidráulica inca o azteca, forma superior de la sociedad aldeana, logró la agricultura de gran excedente y la estabilidad social. La pérdida de la cosecha no significaba ya inevitablemente la muerte por hambre o la miseria crónica, porque en todas las civilizaciones antiguas surgieron los depósitos de víveres que dieron continuidad física al conjunto, permitiéndole al mismo tiempo una reproducción física mayor. Sobre un mismo territorio podían vivir ahora más comunidades (Gordon Childe, I, 147).

La máquina social era capaz ahora de crear más bienes de los que necesitaba para un consumo de subsistencia. Junto al trabajo necesario para apun-

calar la estructura apareció el plus trabajo que al ejercitarse cuajó en una masa de bienes sobrantes, al plus producto social.

Estamos ante una sociedad nueva porque en esos milenios "en determinados lugares de la tierra se dieron las condiciones para que el trabajo sobrante de unos pudiera convertirse en la base de la vida de otros" (Godelier, 943.) Y el sistema comunitario se escindió horizontalmente al reconocer una nueva forma de división del trabajo social, en la que la mayoría siguió atada a las labores manuales de la tierra y al manipuleo artesano y una minoría tomó en sus manos el control del plus producto social, aunque al mismo tiempo asumió la responsabilidad de atender una serie de servicios sociales no productivos: gobernar, guerrear, mantener el culto religioso, concretar las expresiones artísticas, planear ciudades, contabilizar la riqueza acumulada y planear la producción y el consumo social. Esa minoría diferenciada había organizado sin saberlo una superestructura social (política e ideológica).

Es suficientemente aceptado que recién en los últimos 6.000 años (menos del 1 % de la historia del hombre) se desprende este tipo nuevo de sociedad superior, esta segunda forma de civilización. Lo real es que la reinvención milenaria de riquezas ahondó cada vez más las contradicciones entre la estructura y la superestructura social que en adelante significó acumulación y desarrollo.

NACEN LAS GRANDES CIUDADES

Los excedentes sociales de la revolución agrícola producida por el riego artificial se orientaron hacia el "sistema de villas": los poblados aztecas o quechuas que hasta entonces aparecían como un núcleo

complementario de la estructura agraria. *Pero la unificación de las villas en grandes ciudades cambió el rumbo de todo el mundo antiguo hasta nuestros días.* Civilización importó desde entonces la subordinación económica y social campesina a la nueva superestructura refugiada en las grandes urbes que superaban a veces los cien mil habitantes. "La ciudad se basaba en la combinación de una agricultura en gran escala y artesanías altamente desarrolladas, que incluían la metalurgia, para la cual había que importar materias primas" (Thomson, 94).

La ciudad americana, Monte Albán, La Venta, Tres Zapotes, Teotihuacán, Tula, Ostoyahualco, Tenochtitlán, Tikal, Copán, Macchu Picchu, Caxamarca, etc., competía con las otras del "Tercer Mundo" que la precedieron en el tiempo: Ur, Babilón, Nippur, Nínive, Menfis, Lu, Anyang, Tun-Huang; La Meca, Medina, Damasco, Bujara, Gaza, Túnez o Nagasaki. En igual forma *fueron asiento del Estado, de las burocracias dirigentes, de la administración, de los ejércitos de conquista imperial, de las grandes religiones y del patrimonio que dio fisonomía a cada cultura.* El trabajo físico continuó en las campañas pero se acumuló en forma acelerada por la acción del artesanado urbano; el trabajo intelectual, base de muchos "servicios sociales", fue un fenómeno puramente urbano.

Refiriéndose a Sumeria, la primera de las grandes civilizaciones urbanas del mundo, un autor hace afirmaciones que pueden aplicarse a la escala civilizada: "En el curso de los siglos, Sumeria alcanzó niveles sin precedentes, de prosperidad material y de poder político, y ahí surgieron las primeras ciudades. Fue en estas ciudades sumerias del cuarto milenio y a principios del tercero a. de C., donde el hombre realizó algunas de sus obras más impresionantes, en el arte y la arquitectura, de organización social, de pensamiento religioso y disciplina y, al inventar la escritura, en la esfera de la educación y la comunicación".

"Desde el brillo de sus cortes reales y hasta la

vida bien regulada del resto de su sociedad, las ciudades que evolucionaron y se desarrollaron en la tierra, entre los ríos, aportaron en verdad una destacada contribución al progreso humano. *Sin un orden y la seguridad que se proporcionaba dentro de sus murallas no podría haber habido el florecimiento de los complejos elementos que integran una civilización: la escritura, un sistema jurídico, un elevado nivel de organización política y especialización de las artes y oficios. El enlace de estos elementos logrados por primera vez en la antigua Mesopotamia, produjo la estructura de existencia urbana que sobrevive hasta el día*" (Northkramer, 32, 86). Ese orden y esa seguridad se fueron canalizando a través de nuevas formas ideológicas: el lenguaje escrito, el derecho, la ciencia médica, la astronomía. O de nuevas formas políticas: la comunidad estatal, la comunidad religiosa, la comunidad racial o nacional. La superestructura alimentada por el plus producto al crecer desmesuradamente, alcanzó su independencia de la estructura económica básica y comenzó a desarrollar sus propias contradicciones. Los productores directos apuntalaron la sociedad nueva, sin participar mucho en sus ventajas culturales y en sus refinados consumos.

EL DESARROLLO POR LA VIA DEL ESTADO

En nuestras tres civilizaciones indígenas y en los imperios antiguos del "Tercer Mundo", en tanto el producto necesario siguió apuntalando la estructura social de las comunidades agro-artesanas, el plus producto daba consistencia a todas las capas de conducción, que sin participar en la producción directa de bienes, tomaron a su cargo una variada cantidad de "servicios sociales". Se configuraron así los sis-

VIDA DEL HOMBRE SOBRE LA TIERRA

AÑOS
1000.000

800.000
SILEX
ABBÉVILLE

500.000
SILEX
ACHE
LENSE

20.000
SILEX
MUSTE-
RIENSE
40.000

20.000

VIDA DEL HOMBRE EN AMÉRICA

3.000

500

3.000

500

COLON.
BLANCA

PERÍODOS INDIGENAS

temas de protección militar, de orientación política y de servicios religioso-culturales, que se entrelazaban para consolidar el "alto mando" como superestructura de toda la sociedad. *El excedente impulsó la vía estatista identificada con el desarrollo social.* Claro que estas formas mayores y menores del crecimiento de los servicios por la vía del Estado, tuvieron sus propias contradicciones que surgieron en el enfrentamiento entre emperadores, grupos religiosos, burocracias civiles y sectores militares (Balazs, 31; Parias, 145). La historia a la europea ha recogido con minucia estos enfrentamientos naturales que precedieron a la invasión blanca del continente americano.

El caso más claro de estatismo es el del imperio socialista incaico; una forma clara de reinversión del plus producto agrícola; alta centralización en manos del Inca; sociedad totalmente planificada con un mando, China, India, Imperio Islámico, etc.), recogemos el caso egipcio. "El estatismo (o —los matices importan poco— el dirigismo, el socialismo de Estado), reina en este país de una manera constante a través de la historia. Egipto es la más antigua de las sociedades organizadas sobre este principio. Todo parte del faraón o de su administración, y los súbditos viven en la disciplina, rodeados de funcionarios, de recaudadores y de vigilantes, bajo la amenaza constante del bastón".

"Además de los trabajos públicos y de los reglamentos, la intervención del poder en la vida económica resulta principalmente de su propiedad de los medios de producción. En ciertas épocas, el rey es, además de propietario de todos los oficios, de todas las funciones civiles, militares y religiosas, que distribuye entre sus súbditos. Todo este sistema lleva consigo la confección de inventarios, catastros, declaraciones y continuos censos, un ejército de escribas y contadores. Pero el Estado no interviene solamente en la producción. Dirige también la repartición y el consumo. Se lleva una parte, ordinaria-

mente elevada, de la cosecha y la amontona en depósitos, graneros y almacenes situados hasta en las más pequeñas aldeas o en "ciudades de aprovisionamiento". Estos recursos no sólo sirven para cubrir los gastos del Estado, sino también constituyen provisiones para los años de escasez. El Estado-providencia ahorra para sus súbditos" (Levy, 118). En los incas y en menor grado en la civilización maya o la azteca se repite *el solidarismo social evidentemente superior al solidarismo comunalista*. En esta gran trasmutación la comuna sacrificó su igualitarismo pero recibió en cambio un tipo más amplio de amparo social en su inevitable lucha con la naturaleza o con los hombres. Refiriéndose a este tipo original de socialismo tercermundista, Engels llegó a afirmar: "Aquí la cosecha depende tanto de un buen gobierno, como en Europa del buen tiempo" (Godelier, 53).

LA NACIONALIZACION DE LA TIERRA

La revolución hidráulica combinada con el estatismo fue acompañada en todos los casos por *un violento proceso de revolución social agraria que dio nacimiento a un tipo superior de propiedad social de la tierra* (Bartra, 3; Varga, 77). Para coordinar la vieja estructura agraria dispersa y libre con la concentrada producción de riego planificada, completada con el más alto consumo urbano, la vieja propiedad comunalista no era suficiente, por lo que en los grandes imperios antiguos se *generalizó la propiedad estatal bajo la apariencia de propiedad del templo o del "gran hombre"*. "La propiedad de la tierra siguió siendo comunal en su mayor parte. La propiedad privada de la tierra fue excluida o cuando menos restringida, por las necesidades de la irrigación en gran

escala, que era una función estatal; pero la tierra no era propiedad común en el sentido de que aquellos que la labraban gozaran de los frutos de su trabajo. *La tierra pertenecía al Estado, representado para los trabajadores por el rey. Económicamente, la dignidad real era expresión de hecho de que la irrigación depende de un control centralizado*" (Thomson, 85).

En el nacimiento de todos los imperios debió ser empleada una apreciable cantidad de violencia social para estatizar gran parte de la tierra productiva que antes pertenecía a las comunidades y que fue incorporada por medio de una "revolución agraria" compulsiva en la que se estableció desde el primer momento un alto porcentaje, distinto según las regiones, para el emperador y el culto. *Las comunidades perdieron con este acto de violencia originaria, su total independencia económica, su autodesarrollo, pasando a ser los núcleos proletarios del nuevo sistema social de producción.* En este salto orgánico de la sociedad surgió un complejo productivo que sobrepasó ampliamente el viejo sistema de producción, apoyado sólo en el trabajo humano directo sobre la tierra. La superestructura modificó la estructura al incorporarle un avanzado sistema de riego. Aquí también reconoció Engels refiriéndose a los caracteres del "Tercer Mundo" antiguo: "La ausencia de propiedad de la tierra es ciertamente la clave para la comprensión de todo Oriente. Aquí reside su historia política y religiosa" (Marx, II, 53).

La nueva propiedad social estatal adquirió gran importancia porque, además de abarcar la apropiación de los cultivos, la imposición del trabajo gratuito en determinadas tierras del culto o de los "grandes hombres", el pago de tributo en especie de la producción comunalista alcanzó una importante gama de nuevos medios de producción agarios y urbanos (canales, caminos, terrazas cultivadas, viviendas urbanas) y también a los medios de consumo superior (templos, monumentos, palacios). La antigua propie-

dad comunal de base agraria fue cediendo ante el avance de la superior propiedad estatal.

El nuevo sistema de propiedad tenía un claro objetivo: la apropiación del plus producto social. La vieja formación social de subsistencia siguió siendo representada por la comunidad, en tanto que la nueva sociedad de desarrollo superestructural utilizó la nueva propiedad estatal. En la oposición quedó claro un juego social basado en el privilegio y la desigualdad: el productor directo siguió ejercitando su viejo trabajo para la subsistencia, pero debió ceder el producto del trabajo sobrante aplicado en las labores de la tierra pública: la del Inca, la de Moctezuma, la tierra del Faraón, la tierra de los Mandarines, etc. Por la vía de la propiedad estatal se aseguró el plus producto para el funcionamiento regular de la superestructura civilizada.

En este sistema coincide la renta de la tierra con el impuesto, porque el soberano no conoce otra forma de impuesto. El Estado es el supremo terrateniente y la soberanía se expresa en la propiedad en escala nacional de la tierra, (Bartra, 27). El Estado es el único y primordial recaudador del plus producto que rinden los productores inmediatos: la renta de la tierra recaudada en forma de impuesto. Todas las capas explotadoras perciben sus rentas no laborales a través del Estado" (Varga, 86). En el "Tercer Mundo" antiguo no se conoció la palabra terrateniente, porque la tierra fue siempre de la comunidad o del Estado (en tanto que en Europa fue de los señores feudales) (Varga, 76, 85).

LA INDUSTRIA PESADA DE LA CONSTRUCCION

Estos trabajos hidráulicos pesados "que suministraban a los productores las grandes masas de agua,

habían permitido *acumular una gran experiencia social en el manejo de los materiales de construcción como la tierra, la piedra y la madera, y transformaron en poco tiempo a los constructores de canales y diques en constructores de trincheras, torres y empalizadas para la guerra, que de allí pasaron a otras obras no hidráulicas, como la construcción de palacios y tumbas monumentales.* Los grandes templos mayas —que hacen recordar a los templos caldeos—, sus grandes ciudades; los palacios de Tenochtitlán de los aztecas —una verdadera Venecia, poblada por más de trescientos mil habitantes—; el Cuzco o Machu Picchu en el altiplano incaico". "Los palacios colosales de los gobernantes del antiguo Perú fueron levantados por la mano de obra colectiva de muchos trabajadores. En el México precolombino, el segundo país en importancia de la federación azteca, Nezahualcoyotzin, rey de Texcoco, se dice empleó más de 200.000 trabajadores cada día para la construcción de su palacio y parques magníficos. En las culturas agroadministrativas de la América precolombina eran especialmente conspicuas las construcciones para fines religiosos. La tradición indígena, así como los relatos españoles antiguos, destacan el tremendo trabajo requerido para construir y conservar las casas sagradas o las pirámides. Los mexicanos coordinaron sus energías comunales para erigir el primer templo para la ciudad, después capital del imperio azteca, recientemente establecida en la isla, y sus descendientes, cada vez más poderosos, movilizaron la mano de obra de muchas regiones subyugadas, para la construcción de templos cada vez más gigantescos. Como los monstruosos equipos de trabajo de México, los de Texcoco pudieron haber requisado toda la población sujeta a la prestación laboral. En otra región de la zona de los lagos, Cuauhtitlán, la construcción de obras hidráulicas a gran escala fue seguida de la construcción de un gran templo. Se necesitaron once años para completar la segunda tarea" (Wittfogel, 60, 62).

A su vez la zona árida estaba cruzada por grandes vías de comunicación, que unían la llanura y el altiplano con ramales de conexión. Hernando de Pizarro escribió que nunca había visto algo parecido "en todo el mundo cristiano". El único paralelo posible hubieran sido los caminos romanos.

La industria pesada de la construcción que tuvo su origen en el riego social, se extendió en estas civilizaciones, alcanzando el siguiente cuadro: instalaciones productivas (canales, acueductos, puentes colgantes, depósitos, terrazas, presas y diques de riego); instalaciones protectoras (canales de drenaje y diques para el control de inundaciones), acueductos para agua potable, canales navegables; obras de defensa y comunicación, murallas y otras estructuras defensivas, caminos; edificios para necesidades públicas, tambos y pucarás y construcción de ciudades, palacios, tumbas y templos (Wittfogel, 65).

La enorme masa de trabajo sobrante que había logrado cristalizar el mundo indígena era dirigida, planificadamente, hacia la producción de bienes comunes. Los mayas, por ejemplo, trabajaban tres meses en las grandes labores agrícolas, mientras el resto del año volcaban su esfuerzo colectivo en esas labores societarias comunes. *Las construcciones monumentales fueron los resultados lógicos del plus trabajo*. Este hecho económico explica el nacimiento de decenas de ciudades construídas en piedra —sin contar con animales de transporte y sin haber utilizado la rueda— en un trabajo combinado de miles de hombres. Por otra parte, esta fue la tónica de todo el "Tercer Mundo" antiguo imperial. La muralla china, la única obra de la mano del hombre que pudo verse desde la luna, exigió el trabajo de un millón de personal (Wittfogel, 61). Los canales chinos de riego antiguo tienen una extensión equivalente a tres veces la circunferencia del globo terráqueo.

GRANDES HOMBRES Y ARISTOCRACIAS DEPENDIENTES

Los europeos que se han apoderado del sentido de las palabras presentan el panorama superestructural de esta sociedad antigua americana y tercermundista hablando de clases dirigentes, burocracia dirigente, déspota o emperador. Hemos preferido utilizar la denominación sumeria de "*gran hombre*" para la autoridad máxima y de "*nobleza dependiente*" para la casta que dirigía el proceso sin ser propietaria privada ni de la tierra ni de los hombres (Balazs, 53).

La personalización de la soberanía surgió como el único método de expansión interna y defensa exterior que practicaron los imperios. "En general, la monarquía o el despotismo oriental es la forma de Estado, característica de todas las sociedades que han progresado más allá del comunismo primitivo, sobre la base de la agricultura controlada por el Estado. El individuo posee y ocupa la tierra, no como un miembro de la tribu, sino como súbdito del rey. Por consiguiente, todas las ideas que se habían centrado previamente en la tribu se acumulan alrededor de la monarquía y, si el rey es adorado como un dios, su divinidad es una idealización de la perdida unidad tribal, efectuada en la mente de los hombres después que sus relaciones sociales han escapado a su control. Todo el aparato de la mistificación con que los sacerdotes lo rodeaban, tenía por objeto presentarlo bajo esa luz. Cada fiesta en el calendario estaba concebida para llevar a una reafirmación del armonioso engranaje de la naturaleza y la sociedad en la persona del soberano" (Thomson, 85, 111).

"Con una civilización agrícola altamente desarrollada, un rey-dios aparece en la cumbre de la pirámide y parece manejar todo el poder social. El esclavo parece en sí mismo muy pequeño comparado con el poderío del trabajo social manejado por el rey-dios

En asociación, el esclavo maneja un poder tremendo. el poder de las pirámides. Pero el esclavo no piensa que este poder es suyo; cree que pertenece al rey-dios que lo dirige. Este poder se expresa, en el polo opuesto del esclavo, en la magnificencia divina de los reyes-dioses de Egipto, la China, el Japón y las ciudades sumerias, babilonias y acacias" (Thomson, 92).

"El gobierno aparece en todas las regiones como un conjunto bastante homogéneo de profesionales civiles, militares o religiosos, que cubrían importantes necesidades de dirección económica, política o militar de núcleos numerosos. El paso del jefe indio de la comunidad al funcionario del Estado apareció así como una necesidad del desarrollo de la propia sociedad" (Wittfogel, 275). *"En cuanto a la burocracia, es una insensatez lisa y llana atribuirle todos los males sociales. Por el contrario, a lo largo de las épocas, ha sido un magnífico instrumento de organización social humana. Lo que es más, seguirá acompañándonos, si la humanidad sobrevive, durante muchos siglos"* (Needham, 216).

Mucho puede leerse en los trabajos de historia especializada sobre los ingenieros incas, los religiosos mayas o los guerreros mexicanos como sobre los escribas egipcios o los mandarines chinos, sobre sus rasgos psicológicos, su alto nivel intelectual y artístico, su dominio sobre las grandes masas agrarias o de los pueblos sometidos. Pero ello no esconde que en lo profundo del sistema juega la contradicción entre el trabajo manual comunalista y el trabajo intelectual de las aristocracias dependientes del "gran hombre", ni tampoco las muchas oportunidades en que apareció la soberanía compartida entre el déspota paternalista y la aristocracia que lo servía, en un proceso antiautoritario de alto nivel social en que se disputaba el control de la riqueza, la tierra y los hombres.

BIENESTAR Y SEGURIDAD SOCIAL

¿Cuál es la situación de las masas trabajadoras del mundo indígena antiguo? *La periferia de los grandes imperios mayas, aztecas o el incario*, constituida por las comunidades del oeste norteamericano, las selvas amazónicas o las pampas del litoral argentino *continuaron en el primitivismo que caracteriza la autosubsistencia estructural*. Distinto fue el desarrollo de la "cuestión social" en las tres grandes civilizaciones. ¿Eran explotadas las comunidades trabajadoras del campo y de las ciudades de esta multiforme sociedad, por las comunidades superiores de funcionarios, soldados y sacerdotes? El propio Wittfogel, alineado entre quienes tratan de probar que el despotismo tercermundista fue más notorio que el europeo, no pudo menos que reconocer que *"el Estado hidráulico es un Estado directivo y algunas de sus operaciones benefician realmente al pueblo. En el imperio inca el pueblo comía frugalmente y tenía pocas oportunidades de beber copiosamente. Sus gobernantes comían extraordinariamente bien y bebían con exceso"* (Wittfogel, 154).

Mariátegui, que vivió intensamente el problema social indígena, afirma acerca de la clase trabajadora del imperio Inca: "Todos los testimonios históricos coinciden en la aserción de que el pueblo incaico —laborioso, disciplinado, panteísta y sencillo— *vivía con bienestar material. La subsistencia abundaba*; la población crecía, la organización colectivista, regida por los incas, había enervado en los indios el impulso individual; pero había desarrollado extraordinariamente en ellos, en provecho de este régimen económico, el hábito de una humilde y religiosa obediencia en su deber social. Los incas sacaban toda la utilidad social posible de esta virtud de su pueblo, valorizaban el vasto territorio del imperio, construyendo caminos, canales, etc., y lo extendían sometiendo a su autoridad a tribus vecinas. El trabajo

colectivo, el esfuerzo común, se empleaban fructuosamente con fines sociales" (Mariátegui, 72).

Entre los incas esa protección social iba más allá del buen nivel de vida. La producción de la tierra del inca, sus reservas, eran "almacenadas en grandes depósitos, utilizados para socorrer al pueblo en los años malos, para alimentar ejércitos en campaña, para aliviar la situación apremiante de las viudas, huérfanos y ancianos. En el Tahuantinsuyu nadie padecía hambre; ni estaba ocioso, ni mentía ni robaba" (Valencia Vega, 18). No había desocupación ni prostitución.

"No cabe dudas de que el gobierno podía ser insoportablemente opresivo, pero no lo fue. Una vez que satisfacían todas las necesidades comprendiendo las de la corte y la nobleza, las cosechas que sobraban eran a veces tan abundantes que desbordaban los graneros del Estado. Entonces, el gobierno repartía dividendos alimenticios para que el pueblo comiera opíparamente" (Norton Leonard, 107). Lo que impresionó más al oidor español Alonzo de Zorita al contemplar el trabajo colectivo indígena, fue el "sentido de contribución, la alegría y el gran júbilo que lo acompañaban".

EL MODO DE PRODUCCION SOCIAL

La planificación del trabajo y el consumo de la comunidad fue reemplazado por una *forma superior de planificación en escala nacional que cubrió además de los bienes de consumo directo de los productores la de todo el excedente social dedicado a la reproducción social*. Como además los medios de producción (tierra, canales, caminos, ciudades) eran de la "unidad agrupadora" central, no resulta sorprendente que Louis Baudin descubriera "el Imperio Socia-

lista de los Incas", justamente el sistema social más avanzado de todo el "Tercer Mundo" antiguo.

El marxismo europeo tradicional se encuentra trabado en su desarrollo historiográfico, porque trata de encerrar la historia del "Tercer Mundo" en viejas fórmulas de la antropología anglosajona para explicar el Oriente del "modo de producción asiático" o "el despotismo oriental", cuando no de esclavitud o feudalismo. Pero en muchos de ellos la fuerza de los hechos históricos rompe los límites de esos dogmas para *demostrar la verdadera esencia socialista del antiguo mundo indígena, del antiguo "Tercer Mundo"*. "Si el Egipto faraónico, la Mesopotamia, las realizaciones micénicas, los imperios precolombinos, pertenecen al 'modo de producción asiático', tendríamos prueba de que éste corresponde a las más brillantes civilizaciones de la edad de los metales, a los tiempos en que el hombre se desvuelve definitivamente de la economía de ocupación del suelo y pasa a la dominación de la naturaleza, inventando nuevas formas de agricultura, de arquitectura, de cálculo, la escultura, el comercio, la moneda, el derecho, religiones nuevas, etc. Por consiguiente, bajo numerosas formas, el "modo de producción asiático" significa, en su origen, no el estancamiento, sino, según nosotros, *el más grande progreso de las fuerzas productivas, realizado sobre la base de las antiguas formas comunales de producción*" (Godelier, XL).

El economista soviético Eugenio Varga ha llegado aún más a la esencia del socialismo antiguo. "En el caso de las civilizaciones hidráulicas, el potencial tecnológico creado tiene tales características que sólo es utilizable a escala nacional, bajo la dirección centralizadora del Estado y, por tanto, se excluye la posibilidad de su uso en función de intereses familiares y privados."

"Se trata de un fenómeno económico 'histórico' que tiene en su base un factor estructural, no natural. *La sociedad sólo puede alcanzar un alto grado de civilización bajo el control estricto, despótico, orga-*

nizador y centralizador del Estado, pues, en cuanto desaparece dicho control, se pierde la posibilidad de la superexplotación masiva de la fuerza de trabajo diseminada y perfectamente integrada en las comunidades aldeanas que constituyen la base relativamente inmutable del sistema. En el caso, hasta cierto punto frecuente en el mundo asiático, de la caída aparatosa del Estado, las tradicionales comunidades se vuelven a replegar a su vida aislada y autosuficiente sin haber adquirido las innovaciones técnicas que pudieron permitir su desarrollo."

"El Estado de tipo asiático tiene su origen en su 'poder de función', que surge de las necesidades mismas de la vida tribal y comunitaria un poco desarrollada: necesidad de autodefensa, de control social, de regular la producción, de almacenar y distribuir los productos en épocas de sequía, etc. El Estado de tipo asiático 'utiliza' el régimen de la comunidad primitiva, no lo destruye, y a través de un proceso de aglutinación crea un nuevo sistema que tiene por fase y fundamento al anterior. Esta contradicción condujo al colapso a innumerables civilizaciones asiáticas, africanas y americanas; y sobre las ruinas de los viejos imperios, sobre la inmutable comunidad aldeana, volvieron a nacer repetidamente nuevos sistemas cuya estructura mantenía la contradicción secular" (Varga, 16).

En realidad estamos ante un socialismo aristocrático, en que la propiedad comunitaria se completa por arriba con la propiedad estatal controlada por las castas burocráticas y los "grandes hombres". Estamos ante el "modo de producción socialista antiguo", cuyo ejemplo más notorio fue el imperio incaico. Umberto Melotti demuestra la identidad de ese "colectivismo burocrático" antiguo —como él lo denomina— con el moderno "colectivismo burocrático" ruso y chino" (Melotti, 137).

LA CONQUISTA BLANCA DEL CONTINENTE

Hasta 1492 América toda vivía separada de Europa, que había seguido un camino distinto en su desarrollo. *Europa no conoció la revolución hidráulica que convulsionó al "Tercer Mundo"*, paralizada en una incipiente agricultura de lluvia y de rotación de tierras, que apenas alcanzaba para sostener un jefe o algún sacerdote independiente (Gordon Childe, 11, 84). pero en el segundo milenio a. de n.e. los egeos lograron poner en marcha en el Mediterráneo Oriental un nuevo tipo de desarrollo por la vía del comercio complementario de los grandes imperios de Oriente. Centenares de ciudades puertos comenzaron a bordear el Mediterráneo, estimuladas por comerciantes cretenses, fenicios y griegos que tomaron el control de una incipiente producción metalúrgica europea que marchaba hacia los imperios agrarios sin metales de Egipto y la Mesopotamia. El proceso mercantil apuntaló luego, en los siglos siguientes, al Imperio romano y después a la Europa Occidental imperialista de españoles, portugueses, holandeses, franceses e ingleses, hasta lograr el dominio mundial de todos los mares. *Apoyado en la moneda y la privatización de los bienes muebles, extendida luego a la privatización de la tierra y de los hombres como esclavos, había surgido un camino nuevo hacia el desarrollo.* Si los continentes habían sido los padres del socialismo, los mares dieron nacimiento ahora al desarrollo privatista (esclavitud, feudalismo, capitalismo) en que el control clasista de los medios productivos y del excedente social redujeron al Estado a un simple aparato político-militar que dependía del "quinto real", del "diezmo eclesiástico" o de los préstamos usurarios de los banqueros.

Apoyados en la superioridad metalúrgica, los europeos logran complementar la penetración mercantil con la superioridad militar y se lanzan a *una guerra de dos milenios hasta rematar la ocupación de todo*

el "Tercer Mundo". Alejandro, César y Napoleón conquistan el Oriente descubierto por Marco Polo; Pizarro y Cortés inician la conquista de América; luego llegarán portugueses e ingleses.

Un inmenso mundo colonial para los europeos se fue armando lentamente. *El paso más importante de ese dominio fue la desintegración del sistema socialista.* Bastó para ello que en todas partes (en el Perú, en México, en Egipto o en la India o China) *se aniquilaran las élites imperiales que conformaban la estructura estatal que aseguraba el autodesarrollo socialista.* Las matanzas colectivas de nobles en México y el Perú sólo son un ejemplo. El mundo indígena quedó sin conducción, en la anarquía, y las masas comunistas vieron esfumarse todas las formas de protección social. América junto al "Tercer Mundo" *perdió su independencia económica y su independencia política en una doble decapitación militar.*

LOS EUROPEOS DESCUBREN EL SOCIALISMO AMERICANO

Hace aproximadamente medio milenio los blancos de la Europa Occidental hicieron pie en América. Con su concepto privatista de la vida, en que los bienes muebles e inmuebles tenían un precio en dinero, se desconcertaron al entrar en Cuba en contacto con las comunidades indígenas de la periferia imperial. *Las cartas de Cristóbal Colón reflejan esta sorpresa* porque los hombres parecían vivir en un paraíso donde todo era común. La plata, el oro y las piedras preciosas tan ambicionadas por el blanco las recibían como regalo y en abundancia. Se confundían frente al uso común de las casas y los alimentos. Impacta el relato del marinero que dio una tela a un

indio y éste cortándola en pedazos iguales, la repartió entre los de su tribu. Los españoles acababan de descubrir el comunismo primitivo que ellos habían abandonado ya muchos siglos antes.

Pero la sorpresa fue mayor cuando Pizarro y Cortés entraron en contacto con los imperios indígenas. *"Es cosa admirable ver el concierto y el orden que tienen todas las cosas"* afirmó el segundo al convivir con los mexicanos. Hernando de Pizarro escribió, refiriéndose a los caminos del incario que "nunca se ha visto algo parecido en todo el mundo cristiano". La Europa del renacimiento fue conmovida por los tesoros artísticos que llegaban de la conquista de América y un verdadero cambio se produjo en el campo de las ideas. *La tendencia humanista europea que trataba de superar su propia "cuestión social" tomó como modelo el socialismo incaico. Los tres utopistas renacentistas —Tomás Moro en su Utopía, Campanella en La ciudad del Sol y Bacon en La nueva Atlántida— ubican sus ensayos imaginarios en zonas de América y del "Tercer Mundo".*

El inglés Tomás Moro se refiere en su *Utopía*, publicada en 1515 a los viajes de Américo Vespucio, uno de cuyos marineros da origen al relato. "Vio en aquellas tierras recientemente descubiertas muchas constituciones de las que puede tomarse ejemplo, para corregir los abusos que se producen en nuestras ciudades, naciones, pueblos y reinos" (Moro, 72). "No he observado en ningún pueblo nada que, en mi opinión, pueda compararse a lo que he visto, durante mis viajes por Persia, cuya población no es escasa y posee excelentes instituciones de gobierno" (Moro, 91). "Suponed que les explicase lo que está en vigor entre los "utópicos"; lo cual, sea como fuere, es mejor que lo nuestro. No obstante les extrañaría mucho, ya que aquí domina el régimen de la propiedad privada, donde todo se mide por dinero, no se podrá conseguir que en el Estado reine la justicia. Así, en mi interior reputo prudentísimas y santísimas las instituciones de los utópicos" (Moro, 117). "Si hubierais

estado conmigo en Utopía, si hubierais contemplado sus costumbres e instituciones, como lo hice yo, viviendo allí más de cinco años, reconoceríais, sin duda, que no se encuentra en parte alguna *pueblo tan bien administrado como aquél. Creo que pasará mucho tiempo antes de que imitemos sus instituciones, que son, no obstante, muy superiores a las nuestras.* Y esta es la causa de que su Estado —aunque no seamos inferiores a ellos en inteligencia ni en riqueza— esté mejor organizado que los nuestros y se desarrolle en medio de la mayor felicidad" (Moro, 120). Campanella no se quedó atrás y en *La ciudad del Sol* se inspira en la organización incaica "Hijos del Sol", llegando igualmente a afirmar que "los españoles dicen haber descubierto un nuevo mundo para que todos los hombres se asocien bajo la misma ley". Bacon hace referencia a los pueblos de la "Gran Atlántida" cuyo habitantes conocían el reino del Perú, llamado entonces Goya y el de los mexicanos o reino de Tirambel. Los reformadores sociales europeos, los socialistas utópicos, se miraban en el espejo del socialismo americano.

LA DESINTEGRACION DEL MUNDO INDIGENA

La organización de un nuevo orden privatista a la europea en el continente americano *requirió necesariamente la destrucción previa del sistema socialista antiguo.* Como en la metrópoli mercantil el oro y la plata representaban la riqueza y el poder individual, los blancos precedieron todas sus campañas conquistadoras por el *saqueo masivo. América fue rastrillada metódicamente* y los tesoros de Cajamarca o de Moctezuma son también dos ejemplos nuestros de la marcha del oro y la plata terciarista hacia Europa. En igual forma procedieron los griegos y

romanos y el propio Napoleón en Egipto y el Cercano Oriente, los ingleses en China y la India. En el fondo se produjo un enorme *transvasamiento de trabajo social acumulado que representan los tesoros por su valor de adquisición en el nuevo orden europeo*. Los economistas clásicos llaman "acumulación primitiva" a lo que fue en realidad la descapitalización originaria de América y el "Tercer Mundo" antiguo. Con este aporte florecieron las grandes ciudades mercantiles europeas, sus enormes fortunas individuales volcadas a la industrialización fabril y al mismo tiempo el impacto minorativo de la estructura de los tres continentes-colonias de América, Asia y África.

Todas las sociedades hidráulicas recibieron un segundo golpe en su sistema hidráulico. Cuando comenzaron a ser gobernadas por europeos que prestaban *riesgo que no comprendían*. El ejemplo más crudo es el de la España musulmana, una auténtica sociedad de estatismo agrario. La España feudal no podía presumir de un desarrollo comparable. El extranjero se percataba con admiración de los campos universalmente bien cultivados y de su sistema hidráulico coordinado de una manera científica. La Reconquista restableció el control sobre la base de una sociedad basada en el pastoreo y la destrucción de la agricultura de gran riego se refleja en la despoblación masiva: Córdoba bajó de un millón de habitantes a 60.000; Granada de medio millón a 80.000 (Wittfogel, 249-252). Con esta experiencia histórica los españoles tomaron la conducción del estatismo agrario del Perú y México. Las grandes estancias de laneros —la de Cortés por ejemplo— y de vacunos, el abandono de los canales y hasta la ruptura de algunos buscando oro o plata desorganizaron la base técnica del antiguo socialismo agrario. La contrareforma agraria privatista la repitieron los ingleses en Asia, donde surgieron las ruinas de Palmira, Petra, Yemen o el Indostán (Engels, II, 53).

Al mismo tiempo, como el nuevo orden mundial capitalista decidió poblar de negros el trópico ameri-

cano se lanzó a la "trata de negros" que *en medio milenio arrancó de Africa un millón de hombres*. La esencia sádica y antisocial del capitalismo llegó también al sistema comunitario negro que en algunos casos había alcanzado ya el nivel imperial. *Africa se transformó en un típico continente proletario*. Los secuestros, las migaciones de las poblaciones enloquecidas, huyendo de las razzias, trajeron también la despoblación y el abandono del trabajo agrario, la desaparición de los viejos imperios, la mezcolanza de los pueblos, la instalación del miedo en el alma negra y odio ascentral al blanco (Claver Damiba). La punción demográfica que significó "la trata" importó un *despojo iniusto de mano de obra y de capacidad intelectual que se transvasó a América*. *Una masa de trabajo real y de trabajo potencial desarraigada de la máquina productiva africana como resultado complementario del descubrimiento de América*. El privatismo destruyó también el comunitarismo africano.

Por último toda la calificada *tradición artesanal indígena sufrió un golpe de muerte*. Una parte fue absorbida por la nueva sociedad. Otra se desintegró, y sus hombres debieron abandonar su habilidad manual y artística para descender a peones de haciendas o de minas. Para colmo los tejidos de Chuquisaca o del Tucumán, indios y criollos no pudieron aguantar la *competencia de los tejidos de la mecanización fabril inglesa*. El artesano antiguo entró también en desintegración en todas sus ramas. Pudo significar un atraso medido con la máquina europea. Perú su destrucción masiva fue un paso atrás, porque constituía el núcleo orgánico que hubiera absorbido la máquina textil importada (como sucedió en Japón).

EL ANIQUILAMIENTO DE LA ORGANIZACION SOCIAL

Tomado en su conjunto, el mundo indígena ame-

ricano al medio siglo de la conquista, había sufrido una derrota de importancia, *retrocediendo en varios milenios en sus métodos de vida, como resultado del desequilibrio de la producción y el abastecimiento producto de la guerra social y los movimientos masivos de indígenas como mano de obra ordenados por los españoles*. De la conducción colectiva de su aristocracia, dentro de los límites humanos que impone la propiedad común, pasaron a la explotación del hombre por el hombre de tipo capitalista.

"Es importante en el conjunto de causas de la despoblación —dice un autor— el disolvente efecto psíquico producido en los indígenas, por el contacto con los colonizadores. Los indios vieron aniquilada su vida espiritual, desintegrada su vida material y social, destruidas o desprestigiadas sus clases dirigentes. Sintieron su impotencia, su inferioridad de energías ante formas de vida nuevas y extrañas, que se imponían en forma arrolladora.

"Los indígenas en el 'nuevo orden' vieron destruido todo lo más generoso de su organización nativa. Si antes, las instituciones y los hábitos sociales tenían como objetivo el aseguramiento de la subsistencia digna hasta para el último habitante del imperio, ahora, con el 'nuevo orden', los indios se vieron condenados a las mayores miserias y al más rudo trabajo, para beneficiar a sus nuevos señores" (Valencia Vega, 24).

Las estructuras sociales, las religiosas o económicas indígenas, resultaban por extrañas, íntegramente inservibles para ser acomodadas en el seno de la cultura europea; ofrecían además, un mosaico cultural tan variado y heterogéneo que todo intento de respetarlas hubiere resultado incompatible con el progreso de la acción colonizadora. "Los españoles, pues, haciendo casi tabla rasa de lo que hallaron, implantaron con absoluta naturalidad sus formas de vida, sin comprender, desde luego, lo trágicamente destructivas que resultaba para el mundo indígena" (Gibson, 341; Wolf, 178).

"La desintegradora influencia social de los españo-

les fue ejercida primero y principalmente a través de la economía de servicios; apenas una comunidad indígena cae bajo el poder de un encomendero, se inicia el proceso de su disolución; muchos de sus miembros son llevados a trabajar a la ciudad o a las minas; pasan a manos de los españoles las tierras propiedad del Estado indígena que los indios cultivan para pagar sus tributos; la implantación del tributo español viene así a empeorar la situación del campesino, que tampoco ve seguras las tierras de que disponía para mantenerse, antes las incontrolladas apetencias de sus nuevos amos; animales y semillas europeas deben criarse y producirse cuando lo exigen los encomenderos, y a beneficio de éstos; el desarrollo de la propiedad rural de los españoles a costa de las tierras antes explotadas por los indios, fue causa básica de un enorme aumento del número de yanaconas y meyeques, y así, al ritmo que disminuyen las tierras comunales indias, aumenta el número de nativos que pierden su independencia y pasan a depender de los encomenderos en estado de servidumbre". (Gibson, 63).

Carlos Mariátegui analiza críticamente este paso del socialismo indígena al nuevo orden hispano, demostrando como la disolución política ayudó a la vez a la descomposición social, sosteniendo que "los conquistadores españoles destruyeron, sin poder naturalmente reemplazarla, esta formidable máquina de producción. La sociedad indígena, la economía incaica, se descompusieron y anonadaron completamente al golpe de la conquista. *Rotos los vínculos de su unidad, la nación se disolvió en comunidades dispersas. El trabajo indígena cesó de funcionar de un modo solidario y orgánico.* Los conquistadores no se ocuparon casi sino de distribuirse y disputarse el pingüe botín de guerra. Despojaron los templos y palacios de los tesoros que guardaban; se repartieron las tierras y los hombres, sin preocuparse siquiera por su porvenir como fuerza y medios de producción." (Mariátegui, 9). Sobre las otras zonas de América

los blancos avanzaron en igual forma privatizando y buscando reconstruir ese nuevo orden al estilo europeo.

EL TRAGICO REGRESO A LA COMUNIDAD

Las civilizaciones indígenas se encontraron de golpe con un sistema cultural distinto, que superior o no, estaba patrocinado por la nación más fuerte y poderosa del mundo en esa época. "El resultado de este encuentro fue desastroso. En unos años de pesadilla, *México y el Perú se hundieron en la ruina. Murieron millones de seres a causa de la guerra y el hambre, la esclavitud, las enfermedades europeas y la falta de voluntad para vivir bajo el yugo extranjero dejando ciudades desiertas, templos que se derruían, campos sin cultivar.* Habrían de pasar centenares de años antes de que cualquiera de estos dos países volviera a tener la población o la prosperidad de que habían gozado a principios del siglo XVI" (Norton Leonard, 11).

"Las culturas indígenas no pudieron competir con la cultura mundial, más civilizada, que cruzó el Atlántico con los españoles, y los habitantes de las mesetas del Perú y de México perdieron casi todos los aspectos fundamentales de su antigua civilización. Sin embargo, *es maravillosa su cohesión racial y religiosa, que les impidió ser exterminados, o españolizarse, aferrándose con obstinada resistencia a sus viejas costumbres.* Tanto en el Perú como en México, en Guatemala, Ecuador o Bolivia, las tradiciones indias están todavía vivas e incluso extienden su influencia. Y lo que ha subsistido de la antigua organización no son los sistemas del estatismo centralizado ni los grandes poderes militares. La conquista abatió las superiores estructuras organizadas en Cuz-

co o Tenochtitlán y sólo ha quedado el fundamento ascentral, y los indios están hoy, con seguridad, más atrasados que en el momento de la conquista española”.

“En la forma irreversible y desmedida en que se operó, se comprende que provocara el desaliento de los naturales. La vista del hundimiento, tan brusco como imprevisto, de su concepción del mundo, sus creencias y sus costumbres, no podía por menos que suscitar entre los indios una sensación de desamparo total” (Sánchez Albornoz, 46).

“La conquista destruyó físicamente a la población nativa y aniquiló su género de vida tradicional y sus móviles superiores de vida. Y al derrumbarse la sociedad indígena, sus civilizaciones centralizadas se fragmentaron en comunidades, *las ciudades decaerían hasta convertirse en aldeas y las aldeas desaparecerían totalmente. Se abandonaron regiones enteras a la muerte y la desolación. Sólo quedó en pie entonces el núcleo social de la comunidad de sangre, primitiva en su organización en su nivel de vida, y el pasado de grandeza imperial, quedaría en el recuerdo y en la tradición. Un retroceso cultural de 1.000 años en la entonces ya nombrada “República de los Indios”, buscando de contener la marea del desorden”* (Norton, Leonard, 163, 168, 170; Baudin, 393, 396).

“El indio bajo el nuevo régimen tenía que ser campesino, y la comunidad india, una comunidad de campesinos. Privados de su élite y de los elementos constitutivos de la vida urbana, los indios fueron relegados al campo. De este modo los indios sufrieron no sólo la explotación y la decadencia biológica, sino también la pérdida de su cultura, y a causa de esta suerte desfavorable experimentaron el sentimiento de no pertenecer a un orden social que hacía mal uso de sus recursos humanos. En este mundo se vieron transformados en extranjeros separados de sus objetivos y de sus actos por un abismo de desconfianza. La nueva sociedad podía obligarlos a tra-

bajar, pero no exigirles lealtad; este abismo no se ha llenado en el transcurso del tiempo. El trauma de la Conquista ha permanecido, hasta hoy como una herida abierta en el costado de la sociedad de Mesoamérica" (Wolf, 191; Moreno Toscano, 66; Friede, 149).

PRESENCIA DEL MUNDO ANTIGUO EN EL MODERNO

En los últimos seis milenios se consolidó en determinadas regiones del "Tercer Mundo" —en los últimos tres las civilizaciones incas, mayas y aztecas— un tipo de vía superior al sistema comunitario de aldeas, con una *superestructura política e ideológica apoyada en las grandes ciudades*, en el progreso tecnológico, con elevados conceptos morales éticos y portentosas realizaciones artísticas. Dentro del gran proceso de la historia del hombre, la civilización antigua americana y tercermundista *figura en el trasfondo de la sociedad moderna*, que sólo ha revitalizado la estructura y la superestructura social.

El hecho generador de este segundo ciclo de civilización que superó la estructura de subsistencia, fue la producción de excedentes, que al reinvertirse en los ciclos anuales puso a la sociedad en un ritmo ininterrumpido de crecimiento, con una masa social de riquezas en circulación permanente. Este hecho implica una revolución social porque engendró en cadena una serie de relaciones nuevas, productivas (artesánado especializado, burocracia, reyes, ejércitos, religiones, imperios y colonias) que pasaron a ser el patrimonio permanente del desarrollo humano, y que al combinarse en formas caprichosas dieron lugar a la individualidad de los pueblos y naciones.

En esos seis milenios nació la contradicción prin-

cial entre un puñado de pueblos imperiales que monopolizaban superestructuras civilizadas y los numerosos pueblos aldeanos marginados del desarrollo y militarmente subordinados. La historia de la humanidad es desde entonces la historia de la explotación de los pueblos, antagonismo que polariza todos los tipos de civilizaciones posteriores.

El imperio es una forma milenaria, superestructural, que ha servido para absorber los excedentes de las comunidades, las tribus y los pueblos menores, por el método de la violencia extraeconómica sobre colonias subordinadas política y militarmente. La metrópoli absorbió medios de producción extranjeros (mano de obra y materias primas) y avanzó a veces como en el caso de los Incas para controlar los medios de producción de las propias zonas colonizadas. Aseguró así un alto nivel a la casta dirigente imperial, y a veces un mejor nivel a los trabajadores del imperio y en casos muchos menores logró elevar el nivel de los pueblos subdesarrollados que le rodeaban. De este esquema civilizador quedaron sólo marginados algunos pueblos lejanos o insométibles. *Estamos frente a un sistema socialista aristocrático, con reyes, nobleza dependiente y colonias* (cuya formulación no entra en el esquema de ideas impuesto por el socialismo europeo moderno).

Desde el punto de vista específico, la civilización imperial antigua del "Tercer Mundo" y de América Indígena *dispuso de una enorme masa de trabajo sobrante, que dio origen a las formas más avanzadas de la cooperación, orientadas hacia los grandes ejércitos y hacia la construcción de grandes obras* (antes que la máquina y el motor vinieran hace sólo dos siglos a reemplazar la fuerza humana). La concentración masiva de trabajo social en un solo punto productivo (cuya fórmula media estimamos en 100.000 hombres permanentes durante 10 años) fue posible porque la sociedad hidráulica empleaba la mano de obra en tareas rurales únicamente durante tres meses quedando disponible durante el resto del año. "Esta

esfera demuestra más que ningún otro sector de la industria el poder organizador de la sociedad hidráulica. Y es esta esfera la que consigue resultados nunca alcanzados por otra sociedad agraria mercantil" (Wittfogel, 68). *En la industria de la construcción pesada aparece la superioridad del "Tercer Mundo" socialista antiguo sobre las civilizaciones europeizadas que le sucedieron* (que sufren la dispersión del trabajo productivo como resultado de la apropiación privada de los medios de producción).

En lo particular, *una serie de consolidadas instituciones pasaron a constituir la base permanente de todas las civilizaciones posteriores*: la estructura urbana y sus servicios sociales: burocracia, ejércitos permanentes, organizaciones religiosas, armazón científica y artística, división del trabajo entre la ciudad y el campo, división del trabajo entre imperio y colonia; y más específicamente el Estado, el derecho, la ciencia médica, la astronomía, etc. En cambio, quedó arrumbada en el pasado el eje de las antiguas civilizaciones tercermundistas: la revolución hidráulica, reemplazada por la revolución industrial que alcanzó también a la agricultura extensiva.

EL SISTEMA DE VIDA PRIVATISTA

LAS COMPAÑÍAS MERCANTILES ORGANIZAN LA COLONIZACION

Descubrimiento, conquista y colonización, fueron tres etapas distintas del dominio europeo sobre el continente realizado mediante un sistema de compañías comerciales. La primera de ellas, la de Cristóbal Colón, dado el raquitismo del capital sevillano une a éste el aporte financiero de los banqueros extranjeros y las inversiones reales (Vicent Vives, T. II, 498). La sociedad Pizarro, Almagro y Cía., que organizó la empresa de conquista del Perú, tuvo su reflejo político grave en el reparto de las ganancias y los territorios entre sus socios (Ballesteros, 64. 95, 232). Los reyes se entremezclaban con los banqueros, armadores y mercantes en las curiosas cláusulas de estas sociedades que planeaban el dominio exterior, al mismo tiempo que construían los cimientos de Europa como metrópoli. Un caso entre otros. "Usando de esos procedimientos capitalistas característicos, el rey de Portugal concedió una serie de favores a aquellos que con sus capitales o sus servicios pudieran incrementar la colonización de las tierras descubiertas. Don Manuel, con su política de navegación, con su régimen de monopolios internacionales, con sus maniobras económicas de desplazamiento del comercio de especies de Venecia, es un auténtico capitalista" (Simonsen, 125).

En Ausburgo se produjo en el siglo XVI la mayor concentración del capital-dinero que financió las primeras sociedades. Allí vivió la dinastía del capital en que se destacaron dos familias de banqueros poderosos, los Welser y los Függer, que en competencias y acuerdos constituyeron la primera red de agentes bancarios que cubrió a Europa, con representantes ante las cortes, financiando la elección de un Emperador y dominando el proceso de colonización en ascenso. Los Welser llegaron a ser "los reyes de las especies" en tanto que los Függer se acercaron más al negocio de América (Friede, 80; Teitelboim, 11, 131).

En la colonización inglesa lo predominante fue la acción de compañías que controlaron Virginia, Plymouth y Massachussetts. Nueva Amsterdam fue financiada por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales; Delaware se debió a una compañía sueca. La Compañía de Virginia invirtió alrededor de 100.000 libras esterlinas en sus planes. "Varias colonias surgieron del deseo de sus dueños de acumular fortuna por medio de su población y explotación. Los Baltimore, los Penn y los propietarios de las Carolinas y de Nueva Jersey, no fueron señores feudales sino terratenientes y especuladores que trataron de lucrar con la explotación y venta de sus predios y las cargas exigidas a sus arrendatarios" (Haçker, 102).

En este proceso generalizado en la relación entre Europa y el "Tercer Mundo" se fue tejiendo de los siglos XVI a XIX una estructura de pura circulación, con su propia dinámica financiera de crecimiento, que se acostumbra denominar el mercado mundial, en el que se unificaron infinidad de mercados regionales, viejos y nuevos. Su apoyo inicial fueron los puertos europeos de donde surgió su poderosa savia: en la técnica marítima y financiera en el manejo de las mercancías, la moneda y los valores. El modo privatista de vida llegó a controlar todos los

mares de la tierra impactando las costas americanas y tercermundistas.

PRIVATIZACION DE LAS COSAS, LA TIERRA Y LOS HOMBRES

Las flotas y los barcos que comenzaron a descubrir la sinuosa costa del Caribe, no sólo cargaban hombres, pertrechos de guerra y alimentos. Además, desde los adelantados a los marineros traían consigo *las relaciones de propiedad dominante en la Europa renacentista* elaboradas por griegos y romanos. Las cosas tenían dueños privados y se podían adquirir con oro o monedas. En otras palabras, venía resumido en las embarcaciones, *el mercado de mercancías y el mercado de dinero desconocidos por el mundo indígena*. Cuando los blancos establecieron los primeros fuertes continuaron rigiéndose entre sí por este patrón privatista de valores. Los comestibles, las telas, las joyas saqueadas y los ranchos tenían su dueño privado. Muchos siglos costó a la clase dirigente blanca ir educando la masa trabajadora indígena y los restos de su aristocracia dirigente a este *sistema de valorización monetaria de las cosas*.

Después vino el proceso de apoderamiento de la tierra. En las zonas ocupadas por el mundo indígena fue precedido de la violencia social expropiadora. Las tierras de los "grandes hombres" y de las comunidades comenzaron a tener nombres privados, y el sistema de propiedad con títulos que otorgaban las coronas fue cubriendo esa parte de América. En las zonas menos pobladas de la costa Atlántica, en Estados Unidos, Canadá, la Argentina y el Brasil, fueron distribuidas con largueza en manos de una novísima aristocracia terrateniente. Este *proceso de la*

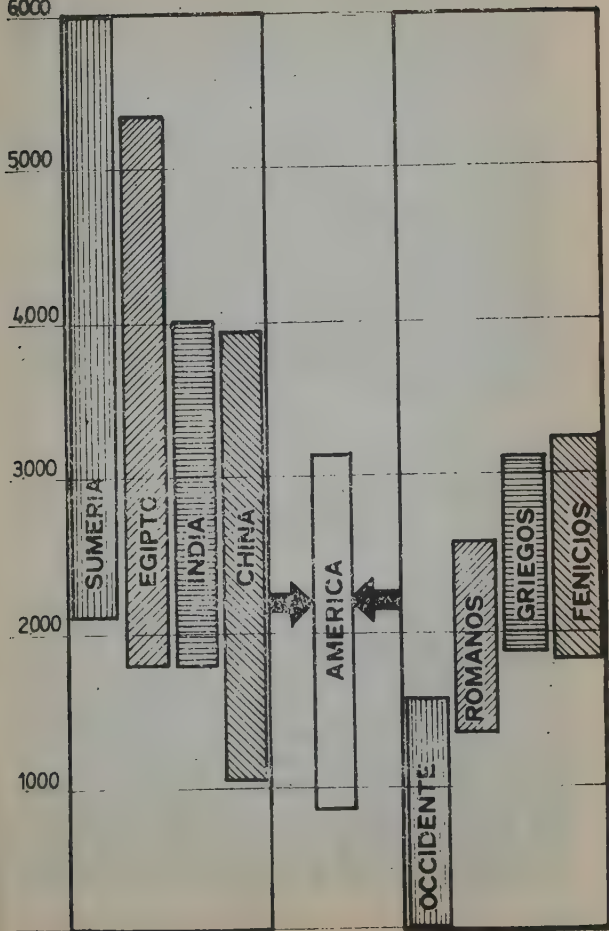
formación de la propiedad territorial en un continente semidesierto como el nuestro llegó casi a nuestros días en que existen aún algunas zonas inexploradas.

Pero en América sorpresivamente resurgió una institución greco-romana que el privatismo occidental había abandonado, la apropiación de los hombres, es decir, el trabajo obligatorio. Como en Europa la clase dirigente controlaba la totalidad de los medios de producción, sobre todo la tierra y el dinero, encontró más conveniente dar libertad al trabajador y comprarlo o no según sus conveniencias, poniendo en movimiento un mercado del trabajo libre. No pudo importarse esta institución social a América. Lo impidió la resistencia indígena y negra a la prestación de todo trabajo fuera de su solidarismo comunal; lo impidió las enormes extensiones de tierra que permitían al trabajador alejarse y producir para su propio consumo familiar. *Sólo la privatización esclavista de la mano de obra permitió poner en funcionamiento el sistema.* Los europeos reconstruyeron el sistema griego y romano de explotar a los "bárbaros" del "Tercer Mundo" antiguo que importaban como esclavos.

La esencia del proceso es sin duda la apropiación privada del plus producto social que se apoya en la propiedad privada de los medios de producción y de cambio, que se concretó en nuevas relaciones rurales y urbanas a las que hoy estamos ya acostumbrados. Y este proceso, que comenzó en el simple trueque de un espejito por algunas frutas frescas, se fue perfeccionando en una magnitud inconmensurable: cambio de mercancías por dinero, uso de letras de cambio, endosos, descuentos, bancos, bolsas de comercio, agentes comerciales y bancarios, acuerdos con los reyes para operaciones mercantiles, usura, juego de moneda, especulación sobre tierra, alquileres, loteos, hipotecas, préstamos a los gobiernos, construcción de caminos, arriendo de impuestos para culminar en la construcción de ferrocarriles y las in-

LAS DOS GRANDES CIVILIZACIONES

AÑOS
6000



versiones en servicios públicos. Un complejo proceso que en cinco siglos, solo medio milenio, desemboca en la más refinada forma del capital financiero que organiza el dominio imperial capitalista del que hoy nos estamos afortunadamente desprendiendo.

En el siglo XVIII estaba ya conformada una nueva estructura social privatista que hacia funcionar la máquina social de producción-consumo dentro del mercado (de mercancías, de dinero y de mano de obra). Los trabajadores americanos producían diariamente, cobraban salario o arriendo y compraban mercancías para su consumo familiar. Por encima una superestructura complementaria que encauzaba el desarrollo por la vía privada de una clase burguesa que controlaba los medios de producción y el plus producto social. El Estado quedó reducido a un aparato policial de defensa del sistema de los ataques internos y externos.

PUJANZA Y PODERIO DE LA ARISTOCRACIA MERCANTIL

Un nuevo orden urbano se montó en dos siglos. Las grandes ciudades indígenas se levantaron en el interior de los continentes ajenas al mar. La revolución mercantil europea creó en la metrópoli y en el "Tercer Mundo" una red de ciudades-puertos. Solo en América surgieron poderosas concentraciones urbanas que oscilaban alrededor de los 30.000 habitantes —iguales que las poblaciones inglesas de la época—: Nueva Orleáns, Nueva York, Baltimore, México-Veracruz, La Habana, Lima, Cartagena, Guayaquil, Porto Bello, Porto Alegre, Bahía, Río de Janeiro, Santos, Pernambuco, Buenos Aires, Rosario, Montevideo, Santiago. *En ellas se concentró el aparato poli-*

tico de dominación colonial y también el sistema mercantil, que bajo las formas del monopolio o el comercio libre, mantuvieron sojuzgadas las regiones los países viejos y las naciones nuevas al tráfico externo con Europa. No faltaron las ideologías, las costumbres y las leyes para justificar y condicionar la dependencia económica durante los siglos que siguieron al descubrimiento.

Las bolsas de comercio que regulaban los precios, las aduanas y los bancos que apuntalaban los aparatos de los Estados locales, las sociedades anónimas que escondían el duro reparto de la plusvalía americana en juegos de monedas y acciones, se concentraban en los puertos. Todo el sistema urbano que subordinaba la vida rural —en su antiguo comunitarismo indígena o en el moderno de la aristocracia terrateniente— estaba al servicio de la acumulación de dinero de una clase media mercantil que vivía en los mejores barrios de las ciudades. Igual en todas partes por sus ambiciones, por sus ideas y por su riqueza, diferenciándose sólo en su idioma o la tonada regional. *El comerciante importador-exportador pasó a ser el sector dominante de la sociedad*. El mejicano, el potosino, el yanqui, el brasileño o el porteño, se movían a un nivel económico similar al barcelonés, al inglés o al holandés de su época, separados por el océano pero unidos en el tráfico de manufacturas y productos agrarios.

Las mayores concentraciones de capital americano aparecieron en México y Lima en la parte noroeste y luego en Buenos Aires y Santiago de Chile en la parte sur de hispanoamérica. Este sector, que representaba sólo el 0,10 % de la población movió durante siglos una inmensa masa de capital por la vía mercantil, controlando el gran intercambio con su consiguiente enriquecimiento y la correlativa influencia política (Vicens Vives, T. IV, 423, 459).

En nuestro primer trabajo de historia argentina caracterizamos la clase mercantil porteña y sus agentes en el interior del Virreinato del Río de la Plata:

Alzaga y Romero, los monopolistas; Rivadavia, empleado de tienda; Guillermo Pío White en el contrabando; el Deán Funes en el comercio cordobés (Astesano, I, 160; II, 59). Pero después ahondamos en la vida de don Domingo Belgrano Pérez, padre de Manuel Belgrano. Es un ejemplo que se repite en toda la costa americana, con variantes personales de todo tipo. Italiano de origen, va primero a Cádiz y viene a Buenos Aires como agente de operaciones comerciales. Se enriquece rápidamente dedicándose al tráfico exterior de importación de azúcar de Cuba y de negros africanos o de géneros que venían de Europa. Al mismo tiempo compra casas que alquila y estancias que puebla con vacunos. Se va atando a la Aduana de Buenos Aires como empleado contador y ya rico en 1778 se ve enyuelto en la célebre quiebra de la misma terminando en prisión junto a su administrador, don Angel Izquierdo, del cual era socio. De los 150 expedientes de la quiebra surge con claridad la personalidad múltiple de don Domingo Belgrano; estancias en la Banda Oriental y las campañas bonaerenses; chacras y casas cerca de Buenos Aires; almacenes de ramos generales en esta ciudad y agencias comerciales desde Arequipa al Alto Perú, Paraguay o España.

LA OPULENTA BURGUESIA MINERA HISPANOAMERICANA

Conviviendo con la vieja sociedad indígena fue surgiendo *una nueva estructura productiva española, apoyada en la minería de exportación*, que combinaba admirablemente la ambición desmedida de riqueza de los conquistadores con las necesidades de la corona. Las minas de oro y plata conformaron un eje metalúrgico Potosí-México, que entre 1500 y 1700

constituyó el principal motor del desarrollo americano. Las minas de plata por su importancia adquirieron fama mundial. Potosí, la "Villa Imperial" llegó a tener 200.000 habitantes cuando Lima, la ciudad de los virreyes llegaba a 50.000 (Filadelfia la más populosa de los Estados Unidos 30.000). *Todo el esfuerzo potosino apuntaba a arrebatarse a su cerro la riqueza metalífera. Fuera de eso la zona adyacente no producía prácticamente nada* y tenía que venir de otras regiones del virreinato. De otras partes del mundo llegaban las telas finas y las joyas y los artículos de primera necesidad eran prohibitivos (Bagú, 128). "Derroche y miseria, lujo y hambre, millonarios y esclavos, iglesias y tabernas, se mezclan y codean en la ciudad de manera impresionante. Casas de juego, prostíbulos, teatros, fiestas suntuosísimas, son exponente de una fuerte sed de placeres. Las ciudades mineras fueron en su época probablemente las más ricas, caras y turbulentas del mundo" (Vicens Vives, T. III, 494).

"El ruido de estos inmensos molinos; el canto acompasado y monótono con que los trabajadores acompañaban sus pesadas faenas; el murmullo de las aguas al atravesar la red de canales para precipitarse con estrépito sobre las ruedas de los ingenios, formaban un confuso y permanente rumor que se escuchaba desde los barrios próximos, daban a la noble e imperial villa, amén del activo tráfico mantenido de la ciudad al cerro, un aspecto industrial inusitado en aquellos tiempos de pajuelas y velas de sebo" (Jaimes, 5, 20, 21).

Dos pueblos se habían dado la mano para unificar su experiencia minera, el indio y el español. *Nuevos procedimientos técnicos en el trato de los metales aparecieron por primera vez en América, anticipándose a Europa en dos siglos y medio sólo en el proceso industrial de amalgamación de la plata. Estamos frente al complejo minero más grande del mundo en su época y el más adelantado técnicamente.*

Una opulenta burguesía minera coronaba el pro-

ceso. El refinamiento y la largueza de los dueños de minas dejó una tradición en América y en las cortes europeas. "Para dar una idea de la opulencia de Lima basta referir que los mercaderes desplegaron su riqueza hacia el año 1682, con motivo de la entrada del duque de la Plata cuando vino a tomar posesión de la ciudad. Pavimentaron, en la extensión de dos barrios, las calles de la Merced y de los Mercaderes, por donde éste debía entrar en la Plaza Real donde está el Palacio, con lingotes de oro, lo que podía llegar a la suma de 80.000.000 de escudos y alrededor de 320.000.000 de libras de nuestra moneda al valor que tiene actualmente (1716)" (Frezier, 240). Otro símbolo de esta pujanza fue la casa Real de Moneda. Ha llegado a afirmarse que "no hay otra parte del mundo civilizado, ni museo histórico y numismático que no contenga cien veces el nombre de Potosí y el de su Casa Real de Moneda, una de las más conocidas del orbe y la segunda en América, después de la de México, su hermana mayor en muy poco tiempo" (Jaimes, 18). En 1752 los mineros trataron de liberarse de la explotación de los mercaderes que controlaban el rescate de las piñas de Potosí organizando una compañía por acciones y préstamos. Aprovechando un momento crítico los funcionarios reales nacionalizaron el Banco que se transformó entonces en un negocio de la Corona (Vicens Vives, T. III, 36). *Esta nueva clase hispanoamericana puso en marcha durante los siglos XVI y XVII las formas capitalistas industriales de acumulación de riqueza.*

EL DESPOSEIDO PROLETARIADO INDIGENA

En Europa los empresarios debieron adaptar la emigración campesina a las labores de cooperación

industrial. *En América los imperios indígenas dejaron masas educadas en el trabajo en común. Pero fue imposible hacer del indio un jornalero libre porque se mantuvo ajeno al sistema económico exportador que montaron los españoles. Hubo que imponer el trabajo obligatorio, gratuito o remunerado con salario, porque apenas el indio quedaba en libertad prefería volver a su vida comunitaria. Utilizando las viejas formas productivas comunistas de la mita, el cuatequil, la encomienda o el yanaconazgo, se montó el nuevo sistema de extracción privada de plusvalía.*

El proletariado indígena minero constituye el núcleo inicial de la clase asalariada de la etapa privatista de América y la mita colonial un nuevo sistema de extracción de plusvalía. En ella se combina la cooperación socialista indígena con los móviles de enriquecimiento privado. "Solo el laboreo de las minas que tan ingentes riquezas dio a España, requería de cuarenta mil indios al año. En un lapso de 250 años, los muertos en las minas se elevaron a la fantástica cifra de ocho millones de indios. El resurgimiento de Potosí fue una desgracia para los indios de la región. La tiranía con ellos era mayor que con los de otras circunscripciones, no sólo por el laboreo forzado en las minas, sino en todo sentido. La mita, sin embargo, constituyó el terror de los indios de los poblados inmediatos a Potosí. De cinco mil que entraban en las minas de Potosí, según un informe de esos tiempos, no salían cuatrocientos" (Valencia Vega, 41, 104).

Túpac Amaru presentó el 18 de diciembre de 1777, tiempo antes del levantamiento, un largo escrito al Virrey pidiendo la supresión de la mita. En él se denunciaba el sistema de opresión del obrero indígena: "Bien conocen los mineros esta razón, pero quieren los mitayos porque los tratan más que a esclavos, porque los hacen trabajar excesivamente al rigor del castigo, porque les pagan menos y porque al pretexto de los privilegios mineros y con aparen-

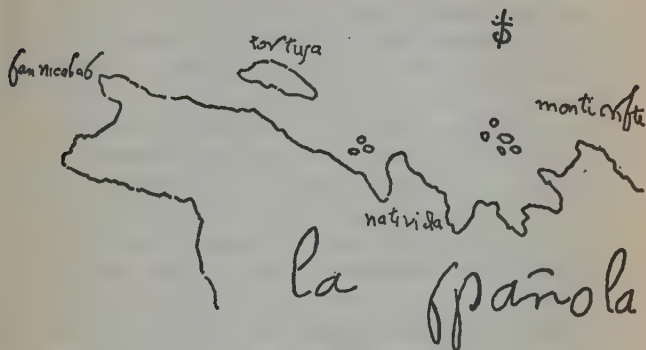
te perjuicio en la extracción de los metales conservan la mita para abusar del trabajo de los indios, aunque éstos se mueran y aunque las provincias se aniquilen" (Lewin, 328).

"Aunque las minas de plata destruyen a muchos indios, las de mercurio son incomparablemente más perjudiciales a la naturaleza humana, lo que explica el despoblamiento de las aldeas de estas provincias. Es justo señalar que el Virreinato se había inquietado por este orden de cosas, que contemplaba, en la época de Amat, abandonar la explotación de las minas de Huancavélica, verdadera tumba para el ganado indio" (Descola, 237).

Este pasaje de la comunidad indígena a la cooperación capitalista; este salto tan profundo entre dos formas culturales tan alejadas en el desarrollo de la humanidad, de la dependencia al conjunto a la dependencia de un patrón privado, para colmo invasor de otra raza, de la producción para el autoconsumo a la producción para un mercado místico desconocido, constituyó un verdadero cataclismo social. Ese nuevo orden privatizante sólo pudo imponerse con una larga dictadura militar que inauguraron Cortés y Pizarro. Además los conquistadores tuvieron suficiente habilidad de colocarse en sustitución de las autoridades indígenas para hacer trabajar las masas nativas en su provecho.

Los mitayos fueron la vanguardia explotada de la nueva clase trabajadora desposeída. En la retaguardia figuraban millares de indios trabajando en las encomiendas, ingenios y haciendas, con formas obligatorias variadas, contribuyendo a la producción de alimentos, animales para el transporte, materiales para la construcción, y aún materia prima exportable. Tal fue el cuadro del embretamiento de las comunidades imperiales en el nuevo orden capitalista a la europea.

EL UNICO MAPA DE COLON QUE SE CONSERVA



Hasta los chicos de las escuelas saben que Colón fue un visionario y un gran navegante. Pero además una mezcla bien proporcionada de marino y mercader. Consta que conoció las explotaciones industriales genovesas de la isla de Chio, y las factorías portuguesas de Ghinea que son mencionadas muchas veces en sus escritos (Vicens Vives, T. II, 501). Empujado por los dos objetivos de la búsqueda de las especies tan codiciadas en Europa, y del oro para cumplir con sus socios los reyes de España y los mercaderes, no alcanzó las unas ni el otro, muriendo en la miseria. Sin embargo, en una de sus cartas fechadas en Jamaica en 1503, pone de relieve el mercader que escondía al navegante: "¡El oro es cosa maravillosa! ¡Quién lo posee es dueño de todo lo que desea! Por medio del oro se puede aún abrir a las almas las puertas del Paraíso". Con su acción y sus ideas facilitó la penetración privatista blanca en el continente americano, iniciando la más grande empresa de saqueo colonial que haya conocido la humanidad.

CAPITALISMO DE PLANTACIONES, INGENIOS Y HACIENDAS

Las costas de México, el sur norteamericano, las islas del Caribe y el norte brasileño fueron escenario de una nueva forma de expansión del capital mercantil europeo que se lanzó con audacia a organizar la producción agraria exportable, en plantaciones de algodón, de tabaco, en haciendas e ingenios azucareros. Brasil se transformó en el principal productor de azúcar del mundo. En Pernambuco y Bahía los "donatarios y sesmeiros gastaban su dinero en construir ingenios o trapiches, carros, barcos, esclavos y tierras. El capital empleado entre 1560 y 1570 en ingenios fue de 50 millones de cruzeiros" (Basbaum, 26). Barbados, Barlovento y Jamaica, en las Antillas, fueron también conocidas como "las islas azucareras" controladas por el capital inglés. "El sistema antillano del azúcar mantenía en la pereza y en el lujo a una clase ausentista, pues era el sueño de todo inglés radicarse de nuevo en la metrópoli y convertirse en un hidalgo rural. En el Parlamento inglés representaba a los distritos rurales más de setenta dueños de plantaciones (1778) dispuestos a luchar y defenderse de cuanto amenazara el monopolio antillano del azúcar" (Hacker, 155). El ingenio español no fue menos importante. Las haciendas azucareras incluyen el alimento y transporte, cultivos dedicados al consumo, talleres para reparaciones y aún fabricación de herramientas, etc., siendo en todo caso las que más se aproxima al tipo de empresa capitalista. Puede ser considerado como el prototipo y realización máxima de empresas capitalistas en Indias, pues aún los más pequeños representaban un capital por lo menos tan grande como el que significaban las haciendas latifundistas" (Vicens Vives, T. III, 511, 522).

El algodón fue el rey del sur de Estados Unidos. La civilización algodonera partía de la plantación,

pero enredaba los canales y los ríos cruzado por centenares de embarcaciones cargadas de algodón, los depósitos portuarios, los carretones marchando hacia los puertos y las desmotadoras (Huberman, 154). La plantación fue surgiendo cuando el "jardín de la Unión", paraíso de los pequeños productores fue inundado por los plantadores que llegaban con sus cuadrillas de negros arrebatando las tierras más productivas.

Esta manufactura agro industrial del azúcar y el algodón había sido precedida por la más rudimentaria del palo brasil, del indigo o de las coreambres en las pampas del litoral argentino. Y fue continuada después con el tabaco y las grandes explotaciones de granos y las estancias exportadoras. Cubren en conjunto un lapso que va del siglo XVII al siglo XX. "El impulso colonizador reconocía un origen económico: la acumulación de riqueza. De este tipo fueron prácticamente las colonias tropicales del continente, tanto españolas como portuguesas o inglesas: todos los establecimientos europeos de las Indias Occidentales y las grandes comunidades mineras de Perú, México y Nueva Granada en el continente americano" (Haring, 41). Este tipo de colonizador no vino a entregar su fuerza de trabajo sino a controlar la valorización de su capital. Vino como empresario de un buen negocio, sabiendo que otros trabajarían para él.

Una notable burguesía de plantadores, hacendados, dueños de ingenios y de minas que se entendían entre sí en todos los idiomas europeos, enviaron desde el trópico toneladas de mercancías al consumo europeo quedando con grandes márgenes. *Esta aristocracia de la tierra, dio nacimiento en los siglos XVII y XVIII a la revolución burguesa mundial, antes que el capitalismo fabril apareciera en Europa en el siglo XIX.* Claro que nuestra burguesía agraria fue siempre dependiente del capital mercantil mundial, en tanto que la burguesía manufacturera europea no tardó en alcanzar su independencia eco-

nómica tomando el comando del mundo a través de las formas del capital financiero y el imperialismo.

LA EXPLOTACION DE LA CLASE ESCLAVA

El negocio negrero cubría una gama de comerciantes que se dedicaban al infame tráfico. Empezaba en los marineros y capitanes que compraban los negros en el Sudán o la Costa de Oro y los llevaban por millones a América, y terminaba en los comerciantes "asentistas" de las ciudades portuarias que los vendían a los ingenios, obrajes, minas y plantaciones. La más típica expresión fue la Compañía Africana fundada en Gran Bretaña en 1672 que envolvió a la Bolsa de Valores de Londres en una verdadera locura de especulación. Con las ganancias del tráfico se fundaron algunas de las grandes familias de la clase media de Bristol y Liverpool. Las ganancias eran tan abultadas que alcanzaban a un mil por ciento en un solo viaje. El negocio alcanzaba a las coronas de la época. Felipe V, rey de España, Luis XIV, el rey Sol de la Francia Bizantina recibían la cuarta parte de los beneficios obtenidos por la Compañía de Guinea; la reina María Cristina de España era principal accionista del tráfico en tiempos en que firmaba tratados de abolición (Bogú, 142). "El tráfico de esclavos que llegaba de África a Brasil representaba la cuarta parte del valor total de las importaciones por lo que el esclavo negro quería decir todo: azúcar, algodón, oro, productos que se exportan" (Prado Junior, 91, 130).

Marx en "El Capital" hace un maduro relato sobre la explotación de la clase esclava: *"Donde se sacrifica más considerablemente la vida de los negros es en el cultivo tropical, que a menudo da en un año un beneficio igual al capital total de las plantaciones."*

En las Indias Occidentales, desde hace siglos cuna de fabulosas riquezas, la agricultura ha trabado millones de la raza africana. Hoy es en Cuba, cuyas rentas ascienden a millones y, cuyos plantadores son príncipes, donde aparte de la pésima alimentación y de las penas más incesantes y extenuadoras para la clase esclava, vemos cada año destruir una gran parte de ella por la lenta tortura del trabajo excesivo y la falta de reposo y de sueño”.

“En los Estados del Sur de la Unión Americana, el trabajo de los negros conservó un moderado carácter patriarcal, mientras la producción fue principalmente para las propias necesidades inmediatas. Pero, a medida que la exportación del algodón pasó a ser el interés vital de esos Estados, *el trabajo excesivo de los negros y, en algunas partes el consumo de su vida en siete años, pasó a ser un sistema calculado y calculador*. Ya no se trataba de sacar de él una cierta masa de productos útiles. No se trataba sino de producir supervalía” (Marx, I, 1444, 1448, 1552) Para los arrozales de Georgia y los pantanos del Mississippi se organizaron los criaderos de negros de *Virginia y Kentucky que comenzaron a competir con la importación y la trata*. Ello ayudó a que en el capitalismo esclavista americano se exprimiera el ganado humano, exigiendo la mayor masa posible de trabajo en el más corto tiempo.

LOS FILIBUSTEROS DEL CARIBE

La isla del Caribe, originariamente denominada por Colón la Española, fue un refugio de presidiarios escapados, aventureros y marinos desertores que en los comienzos se denominaron bucaneros (cazadores y vendedores de carne ahumada) que abastecían a franceses, ingleses y holandeses para sus tripulacio-

nes. Recibían en cambio armas, pólvora, telas, que luego vendían de contrabando en las poblaciones españolas. No había allí ciudad ni aldea, pero *fue creciendo una sociedad blanca de nuevo tipo, con una variada alimentación apoyada en la carne a la parrilla superior a la mejor de Europa de su tiempo*. En 1620, ante un ataque de los españoles, se trasladaron a la isla vecina de la Tortuga donde superan su dispersión al fundar la "Cofradía de los Hermanos de la Costa", a la que se fueron incorporando nuevos elementos que *habían conquistado su libertad de la sociedad europea* —en el viejo continente o en las costas recién colonizadas del continente—, y se incorporaban como "hermanos" donde *adquirían una nueva conciencia de su independencia personal*. Los cazadores y ganaderos al sentirse acosados van a convertirse en soldados iniciándose la dura historia de los filibusteros del Caribe, la de una nueva república de piratas donde la lucha por la subsistencia se entrecruza con la conquista del botín.

Notable fenómeno social desprendido de la marinería internacional: ni prejuicios de nacionalidad ni de religión, por lo que las guerras europeas no perjudican la solidaridad interna de la Cofradía; no existencia de la propiedad privada. "Este principio no se refiere a la parte del botín que corresponde a cada uno, sino a la propiedad de la tierra. La isla de la Tortuga nunca fue dividida en lotes ni las tierras del ní este en secciones de caza. Los barcos pertenecen a toda la Cofradía. Cuando un capitán llega a engrosar las filas de los filibusteros con su barco, pierde todos sus derechos individuales sobre la embarcación. Cualquiera que prepare una expedición podrá utilizarla".

"A nadie se imponen trabajos forzados, ni prestaciones gratuitas y obligatorias, ni siquiera en beneficio de la comunidad. No existen impuestos ni presupuesto general. Tampoco hay código penal. Las querellas entre filibusteros se ventilan de hombre a hombre. Nadie está obligado a combatir. La partici-

pación en las expediciones es voluntaria. Se abandona la empresa cuando se desea. Esta "Constitución" es totalmente distinta de las demás. Las leyes que regulan la vida de los Estados contienen derechos y deberes. En la Tortuga no existe un solo deber para con la comunidad. La "Cofradía de los Hermanos de la Costa" es una sociedad exclusivamente masculina y no se preocupa de proteger a los débiles".

"Exagerar la importancia del individuo significa evitar el nacimiento de un grupo dirigente y, por ende, de un dictador. La rápida derrota de los bucaneros por los españoles hizo patente la necesidad de una autoridad que el valor personal no podía improvisar. Se lo elige y, para estar seguro de que no abusará de su poder, podrá ser depuesto de sus funciones por un simple voto. Se le llamará "gobernador", denominación corriente en la época, pero nunca tendrá los poderes de sátrapa de un "gobernador colonial". La elección de un jefe nos parece cosa corriente en nuestros días, pero debe tenerse en cuenta que en aquellos tiempos *el procedimiento era revolucionario* y cabía en muy pocas mentes que pudiera ponerse en práctica. *Estamos en 1620, treinta años del republicanismo de Cromwell en Inglaterra y a 160 años de distancia de la Revolución Francesa.* Nadie ponía en duda, en esa época, la autoridad dinástica de los reyes" (Gall, 92).

Y entonces la piratería pasa a ser una verdadera fuente de riquezas y el filibustero reemplaza al bucanero. Las empresas fueron consiguiendo riquezas. Alternando un ataque demoledor de la flota española que tataba de destruir este foco que desintegraba su comercio marítimo, con la toma de la ciudad de Maracaibo en Venezuela, donde alcanzan un botín de 260.000 pesos duros, o la toma de Santiago de los Caballeros en Santo Domingo, a Veracruz que contaba con una guarnición de 3.000 soldados. El sitio de Cartagena es el último acto heroico del filibusterismo, en un combate de cuatro días con el cobro

de un gigantesco rescate que se calculó en cien millones de dólares (la Luisiana, tres veces mayor que Francia, fue vendida por Napoleón a los Estados Unidos en 15.000.000 de dólares).

LA GUERRILLA NEGRA DE LOS PALMARES

"La selva acogedora de los Palmares (Brasil) sirvió de refugio a millares de negros que se escapaban de las plantaciones de caña, de los ingenios de azúcar, de los corrales de ganado, de las barracas de las ciudades del litoral, en busca de la libertad y de la seguridad, sustrayéndose a los rigores de la esclavitud y las sombrías perspectivas de la guerra contra los holandeses".

"Los que procedían del campo poníanse a plantar caña, maíz o plátanos; los que venían de las ciudades y conocían oficios mecánicos ponían taller de herrería; otros se dedicaban a la caza o a la pesca, a la cría de gallinas, a la fabricación de cestos, sombreros, fuelles, potes y vasijas".

"En esta masa colosal de negros, que al principio sólo tenían como aspiración común el deseo de libertad y, después, la voluntad de defenderla a toda costa, se fueron dibujando formas de gobierno naturalmente rudimentarias. Basándose en la actividad productiva material de los negros se constituyó una oligarquía encabezada por el rey Ganga-Zumba y, más tarde, por el "general de las armas" Zumbi, jefe de Mocambo, sobrino del rey. La resistencia de los negros, que aunque vacilante, esporádica y heterogénea, consiguió mantener vivo, durante cincuenta años de lucha el sueño de libertad de los Palmares. El quilombo de los Palmares fue un Estado negro semejante a los numerosos que existieron en Africa en el siglo XVII, Estado que tenía su fundamento en el

carácter electivo del jefe "más hábil o más sagaz", de mayor prestigio y estrella en la guerra o en el mando" (Palmeiro, 7, 11).

"El quilombo era un llamado constante, un estímulo, una bandera para los negros esclavos que vivían en los alrededores; un incentivo a la rebelión, huir a la selva, a la lucha por la libertad. Las guerras en los Palmares, las proezas de los guerrilleros negros se hicieron legendarias, parecían algo que sobrepasaba los límites de la fuerza y del ingenio humano. Los negros ajenos al quilombo consideraban inmortal al jefe Zumbí, antorcha de la resistencia contra los blancos" (Palmeiro, 13). No era sólo una batalla militar. Los negros avanzaban sobre los colonos blancos y les quemaban las plantaciones y destruían los corrales del ganado cuando se aproximaban peligrosamente al quilombo. Los blancos de las villas vecinas organizaban a su vez razzas y le incendiaban sus aldeas y plantíos. Hubo veinticinco expediciones militares para dominarlos desde 1644 a 1677, y los negros a su vez se organizaron en verdaderas fortalezas de empalizadas. *En un paralelogramo de unas 60 leguas ocupada por los Palmareños se trabó la primer guerra entre el comunismo negro y el privatismo portugués.*

"La campaña de los Palmares habría de orientarse en el sentido de destruir las cosechas de los rebeldes. A partir de Fernando Carrilho (1676), la guerra tiene como objetivo preliminar talar y desvastar las selvas, los desmontes y las plantaciones que protegían y defendían la insurrección de los negros palmareños" (Palmeiro, 43).

La guerra fue dura, la represión ejemplar, y los que salvaron sus vidas, la mayoría niños y mujeres, fueron enviados al exterior, hacia zonas no brasileñas. Había que desarraigar este comunismo negro, pero el folklore recogió las hazañas de los héroes. En la perspectiva histórica todo se desenvolvió como una rebelión utópica sin perspectiva. Los negros no sólo habían traído de Africa una tradición tribal

ajena a toda centralización y planificación a la escala del Estado.

LA SUBLEVACION ANTICAPITALISTA DE TUPAC AMARU

El medio milenio de desculturación de América y del "Tercer Mundo" por obra de los blancos, tuvo *una réplica religiosa que no pudo pasar inadvertida. Los pueblos se refugiaron en sus religiones tradicionales como el budismo, el islamismo o el taoismo o en las religiones populares*, como la vuelta de los indígenas del altiplano al culto disperso de sus huacas. En ese vasto escenario tricontinental de la opresión colonialista aparecieron alrededor de *un millar de nuevos movimientos proféticos de liberación*. En la opinión indígena "la religión de los europeos, estaba destinada a conservar las riquezas entre las manos de éstos y a ocultar un secreto que nadie puede revelar a los indígenas" (Lanternari, 30).

Citamos sólo el movimiento indígena de "el predicador de los indios del río Columbia, surgido en 1883 a raíz de una indiscriminada apropiación de tierras por parte de la autoridad, para la construcción del ferrocarril North Pacific. Contra los blancos lanzó su desafío: Quiero que mi gente permanezca aquí conmigo. Los muertos volverán a la vida, sus espíritus se reencarnarán. Tenemos que quedarnos, porque esta fue la residencia de nuestros padres, porque aquí tenemos que aguardar para reunirnos con ellos de nuevo, en el seno de nuestra Madre Tierra" (Lanternari, 174). Hasta la propia Biblia fue esgrimida, tomando como ejemplo el sacrificio de los primeros cristianos que murieron enfrentando la opresión romana europeísta. Un profeta negro logró expresar en una admirable síntesis la raíz de estos

conflictos religiosos salvacionistas: "Antes nosotros teníamos la tierra, y vosotros teníais la Biblia. Ahora tenéis la tierra y a nosotros nos ha quedado la Biblia" (Lanternari, 19, 355, 360).

Si la réplica religiosa fue numerosa y diversificada *la superior réplica política en la que los movimientos populares se plantearan el objetivo del poder tuvieron carácter excepcional. Entre ellos sobresale la rebelión indígena en el siglo XVIII en el Alto Perú que encabezara Túpac-Amaru.*" Al aproximarse el año 1780, la situación indígena en la sociedad colonial era verdaderamente insoportable. En todas partes el rigor creciente con que eran tratadas las masas indias, hizo crecer el descontento en tal forma, que la aparente resignación que demostraban rompió sus moldes y surgió la idea de la evolución. Desde los más remotos confines del antiguo Tahuantinsuyu hasta el centro mismo de las regiones quechuas y aymarás, la protesta fue adquiriendo formas concretas" (Valencia Vega, 74, 114). Documentos chapetones pintan la rebelión: "Los ejércitos rebeldes llegaron a contar hasta ochenta mil indígenas, veinte mil por lo menos bien armados, con no pocos criollos y mestizos que se unieron a su causa. Dos años largos fueron necesarios para superar la rebelión peruana, y aún después de quebrantada, no se logró domarla enteramente hasta después de otros dos años". Otro agrega: "ninguna cosa, a la verdad, es más digna de la general abominación de este nuevo mundo que el origen o causa de la sublevación del Perú. Por mucho que ésta se quiera rebajar, es preciso confesar que el reino más rico del Universo, aquel de quien dependían estas vastas provincias, no sólo se vio a dos dedos de su pérdida, sino que, aún después de reprimido el movimiento con que se precipitaba a su total ruina, ha quedado en un estado tan deplorable que apenas el espacio de un siglo será capaz de restablecerlo" (Lewin, 419).

El choque de clases devino racial, porque los blancos ocupaban totalmente el lugar de las casta diri-

gente capitalista dueña de minas y obrajes, y el noventa por ciento de la población indígena eran trabajadores que arrastraron en su levantamiento a muchos nobles y caciques indios por solidaridad racial con esa clase obrera expoliada y desorientada. El pograma fue netamente anticapitalista para su época y surge de las proclamas y cartas del caudillo: extinción de corregidores, de la mita, alcabalas, aduanas "y otras muchas introducciones perniciosas". Y sobre todo destrucción de las odiadas manufacturas". Refiere un documento fechado el 12 de noviembre, es decir, ocho días después del Grito de Tinta, que el inca mandó abrir en su presencia el obraje de Pamacanchi, ordenó se pagara a los operarios lo que el dueño les adeudaba y los bienes restantes los repartió entre los indios. Agrega el mismo documento que Túpac Amaru manifestó su propósito de arrasar todos los obrajes. En el obraje de Paropuquio, que también quemó y destruyó, entregando al caso de su gente toda la ropa labrada y los materiales que había". En 1871 lanza la promesa de libertar también a los esclavos. El hermano de Túpac Catari, otro de los jefes sublevados, llega a declarar en el proceso que "los indios se proponían primeramente quitar las pensiones y después hacerse dueños de las haciendas" (Lewin, 417; Valencia Vega, 82).

"Sesenta mil indios murieron en los combates, en la horca, en los suplicios y al filo de los sables y cuchillos de los blancos y semiblanos. No escaparon de la matanza y carnicería ni los niños, ni los ancianos, ni las mujeres" (Valencia Vega, 216). Después de haberle hecho presenciar en una plaza rodeada de tropas la ejecución de su mujer, sus hijos y sus lugartenientes "cerró la función —dice un testigo presencial—, el rebelde José Gabriel, a quien se le sacó a media plaza; allí le cortó la lengua el verdugo, y despojado de los grillos y esposas, lo pusieron en el suelo: atáronle a las manos y pies cuatro lazos, y asidos éstos a la cincha de cuatro caballos, tiraban cuatro mestizos a cuatro distintas partes: es-

pectáculo que jamás se había visto en esta ciudad. No sé si porque los caballos no fuesen fuertes, o el indio, en realidad, fuese de fierro, no pudieron absolutamente dividirlo, después de un largo rato lo tuvieron tironeando, de modo que lo tenían en el aire, en un estado que parecía una araña. Tanto que el visitador, movido de compasión, porque no padeciese más aquel infeliz despachó de la Compañía una orden, mandando le cortase el verdugo la cabeza, como se ejecutó" (Lewin, 419).

El brutal descuartizamiento cierra la etapa del socialismo indígena americano y marca al mismo tiempo un periodo del movimiento obrero. "El movimiento revolucionario acaudillado por José Gabriel Túpac Amaru es, sin duda, la rebelión social más grande en la historia de las tres Américas" cierra Lewin. "Es un deber ineludible de las generaciones socialistas destruir la cortina de humo creada por las falsificaciones históricas, derribar prejuicios e interpretar en su verdadero contenido humano y social los movimientos de masas que se produjeron en la América colonial y particularmente entre las grandes multitudes indígenas" (Valencia Vega, 216). En la rebelión de Túpac se daban al mismo tiempo la tradición centralizadora del socialismo incaico y el apoyo de las masas indígenas. Su triunfo hubiera significado un rumbo nuevo en la historia de América.

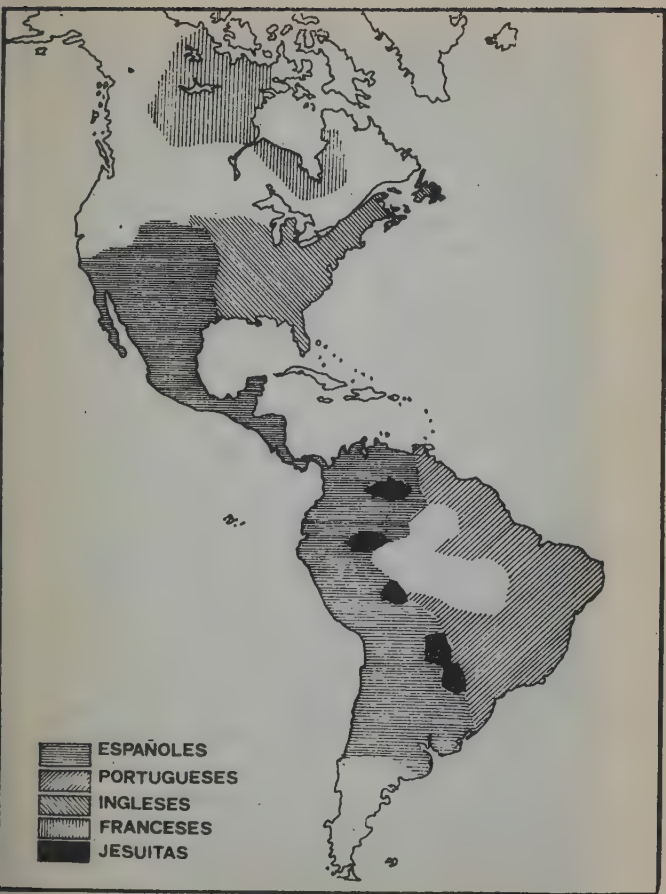
EL IMPERIO SOCIALISTA JESUITICO

En el siglo XVIII (antes del industrialismo) la orden jesuita, enfrentando abiertamente el capitalismo hispano y el capitalismo portugués, se lanzó con audacia a organizar un *verdadero imperio aceptando la propiedad comunitaria indígena de abajo y reconstruyendo la propiedad estatal de arriba, que recrea-*

ron con muchos de los modos de la vida europea, inaugurando el paso reformista del socialismo antiguo al moderno, el camino de "la revolución desde arriba".

"Los jesuitas son un caso digno de mencionarse. Reunieron tantas propiedades como cualquier otra congregación religiosa, pero su primordial cuidado no fue acumularlas, sino hacerlas producir. Al manejar su creciente y saneado patrimonio los jesuitas demostraron ser capaces de aunar el desprendimiento (si no la pobreza) individual de sus frailes con un espíritu y una técnica capitalista admirables. Las haciendas e ingenios de la Compañía fueron, en su época y en las Indias, modelos de explotación y administración desde todos los puntos de vista" (Vicens Vives, T. III, 512). Conformaron una organización autosuficiente en el interior continental desde el Uruguay, el norte argentino, el Paraguay, Moxos y Chiquitos en Bolivia y el Alto Amazona y el Orinoco en el Brasil, contando con una mano de obra que alcanzaría a los 300.000 indios.

El grueso de este nuevo socialismo misional que se organizó a la usanza del viejo socialismo incaico se desenvolvía alrededor de la "hacienda de Dios" o de la "propiedad de Dios (el Tupambaé) a la cual pertenecía el campo cultivado por turno por todos los indios y cuyos productos eran para la comunidad. Del común del Tupambaé, se proveía al indio de la carne diaria y la yerba, el tabaco para los adultos y las raciones alimenticias para los niños, los enfermos y los ancianos, y cuando los solicitaban, los vestidos, ollas, cubiertos, etc. Todo eso era común, perteneciente a la comunidad y guardado en los almacenes del Tupambaé" (Furlong, 400). La organización planificaba grandes estancias y yerbales con los cuales cubría las necesidades colectivas y pagaba el tributo al rey. La pérdida de una cosecha en una región era compensada con las de otras siempre sobre la base del trueque planificado. Unas misiones producían más azúcar, otras más cueros o tejidos; en otras los



estatuarios, los herreros o los carpinteros. De este modo unas aldeas dependían de otras (Furlong, 398). A pesar de que tenían abiertos almacenes comerciales en las ciudades españolas y portuguesas para la venta de excedente, la autosuficiencia quedó siempre como el rasgo principal de la producción misionera.

Por entonces un autor inglés llegó a afirmar que los europeos debían envidiar la suerte de los guaraníes del Paraguay: "En sus pueblos —decía— todos trabajan para cada uno y cada uno para todos. No necesitaban vender ni comprar; y, sin embargo, cada uno posee cuanto necesita para sobrellevar la vida: comida, vestido, casa, instrucción para el espíritu, medicina para el cuerpo, todo lo obtienen de los bienes comunes" (Cardozo, 128, 136).

Esta estructura socialista misional en permanente expansión en el interior americano, ajena al mercado mundial no podía ser soportada por el capitalismo de la mita y la encomienda o por el capitalismo portugués de la esclavitud negra y los bandeirantes cazadores de indios. Un día los poderes europeos expulsaron la orden y el sistema entró en descomposición por falta de superestructura jesuita, volviendo los indios a sus comunidades.

Ese camino hacia el socialismo moderno fue ahondado en el siglo XIX por una minoría revolucionaria paraguaya que aislada en su país se lanzó con audacia a utilizar la "vía del Estado" para impulsar un prodigioso crecimiento social para su época. Retomando la tradición comunitaria indígena y misional jesuitica surgió en el Paraguay de López y Francia, un sistema de monopolios comerciales del Estado en la yerba, el tabaco y la madera, productos que fueron retirados del intercambio privado y que constituían las necesidades públicas haciendo inútil los impuestos. Con esas rentas se construyó en 1861 el primer ferrocarril y al año siguiente la primera línea telegráfica y se organizó la marina mercante paraguaya con once barcos. Paralelamente, en el or-

den industrial se impulsaron la explotación y fundición de Ibicuy, de donde salían implementos agrícolas y armamentos, naciendo los primeros altos hornos de América, astilleros y arsenales. Se contrataron ingenieros, mecánicos, escritores, matemáticos, geógrafos y se enviaron nativos a estudiar al exterior, capitalizando un gran caudal de experiencia técnica, que apuntaló *la independencia económica paraguaya*. *Todo este proceso no estuvo en manos del capital inglés ni de una burguesía privada local y fue acompañada de una profunda revolución social, que se basaba en la igualdad económica del pueblo dentro de la tradición guaraní*. No se aceptaba ningún paraguayo sin hogar y sin tierra. Se fundaron numerosas colonias agrícolas y establecimientos ganaderos. Los "campos de la patria" y los "montes de la patria" de uso común, entregando gratuitamente instrumentos de trabajo, vacunos y caballadas. *La unidad de la "economía de Estado" con la participación popular en la distribución de la riqueza conformaban un camino socializante que no podía ser tolerado ni por el capital inglés, ni por los núcleos mercantiles de Buenos Aires o Río de Janeiro*. La burguesía portuaria inició una guerra de aniquilamiento que al terminar en 1869 había reducido el número de los habitantes de 1.300.000 a 350.000. Después fueron desmanteladas las industrias y el privatismo se apoderó de los transportes ferroviarios y fluviales y se repartió la tierra. La contradicción entre la América socialista y la América privatista se resolvió a favor de la última. El capitalismo era todavía más poderoso en el continente y en el mundo.

LA APERTURA DE LOS MERCADOS COLONIALES

La burguesía mercantil portuaria, triunfante en su dominio del mercado exterior encontró serios obstáculos

los para organizar un mercado interno. Dominaba los mares pero casi no podía penetrar en el corazón del continente por el primitivismo del sistema de transporte animal que unido a las grandes distancias más parecía separar que unir a los hombres: recuas de mulas, tropas de carretas caballadas. Lentitud, jornadas cortas apuntando a aguadas y pastizales. Sólo la suerte de algún río interno navegable apuraba el tráfico. Hasta que el ferrocarril vino a fines del siglo XIX a unificar grandes mercados borrando diferencias regionales.

El mercado interno aparece en el corazón continental como complemento del sistema productivo europeo y del sistema mercantil importador. Esta subodinación inicial se palpa con más claridad en las zonas despobladas de la América oriental, donde la casi totalidad de los productos consumidos en las plantaciones e ingenios eran importados. En Brasil "todo viene del extranjero; hasta los ataúdes para difuntos, refiere un contemporáneo; nos llegaron de Inglaterra forrados y listos para ser utilizados (Prado Junior, 150). Era casi como si los consumidores de la plantación fueran parte del mercado interno de la propia Europa. Tal la ley de la subordinación a lo importado en su aspecto más puro.

En las zonas pobladas del occidente indígena la fuerza privatista mercantil se enfrentó con grandes masas humanas que resolvían su consumo al margen del mercado, dentro de la planificación comunalista o imperial. La formación del mercado interno del norte argentino, de Bolivia, Perú, Ecuador o México encontró *la áspera resistencia de la autosuficiencia tradicional que patrocinó una fuerte mentalidad antimercantil*. Cuando el colonizado insiste en el poncho criollo (reivindica la rueda en la India o se aferra al traje tradicional en Japón), está oponiéndose a la mercancía extranjera, está defendiendo la industria manual nativa de la que vive.

Los blancos usaron todos los métodos para "abrir

los mercados" coloniales: los cañones para poder vender, los precios para vender más barato, la moneda hará hacer canjeable los productos locales. Y así, lentamente, fue tejiéndose desde arriba hacia abajo, desde el blanco rico, al gaucho, al indio o el negro pobre, de la costa hacia el centro, la red del mercado interno para introducir la manufactura.

Como las bodegas no podían cubrir de improvviso el consumo continental, la relación entre los dos mercados fue contradictoria. En las sociedades nuevas, en la fazenda azucarera, en el aventurero que organizaba su propia familia en el Oeste norteamericano, se elaboraba el vino, el pan, la lana y el algodón para ropa, la madera para la casa y los vehículos para el propio consumo, conspirando en contra de la formación de grandes mercados dirigidos por los puertos. A su vez las comunidades indígenas incorporadas al trabajo masivo de las minas y encomiendas lograban salvar su sistema productivo comunitario para cubrir las primeras necesidades. En la época del Virreinato junto al mercado portuario que atendía hasta el lujo de encomenderos y mineros logró subsistir un mercado inferior, indígena, independiente, apoyado en la tejeduría y la alimentación tradicional, que todavía hoy resiste con denuedo la sociedad de consumo obligado de radios portátiles y Coca Cola

LA MUERTE DE LA INDUSTRIA HISPANOAMERICANA

En el siglo XIX se polarizan tres américas distintas. El Brasil sin mercado interno atado totalmente a su crecimiento hacia afuera. Las colonias inglesas del Oeste, con una población dispersa apta para la formación de un gran mercado interno luchando por su independencia económica. Y América hispana

montada socialmente sobre el poderoso núcleo poblado indígena, ahora india y mestiza o criolla.

Todo el complejo minero y plantador mantuvo su desarrollo ligado a los ascensos y las crisis del mercado internacional dependiendo de las leyes que regían el mercado mundial privatista, comprometiendo sólo un porcentaje de la población urbana o rural que vivía pendiente de Europa. Pero en la retaguardia hispana numerosa se había organizado por la época de los virreinos todo un sistema de vida distinto. En parte como complemento del complejo exportador y en parte como producción artesana y manufacturera o rural para asegurar la subsistencia de las grandes masas de población que vivían ajenas al tráfico portuario. Las bodegas no fueron por siglos suficientes para cubrir el consumo local. De esa forma puede hablarse de un *privatismo interno hispanoamericano semiindependiente en su producción y en su mercado de consumo* que se componía en formas originales con los restos de las comunidades indígenas.

Cuando las revoluciones del nacionalismo liberal del siglo abrieron directamente todos los puertos a la poderosa industria fabril inglesa y francesa, este endeble complejo privatista, apoyado más en la pequeña producción artesana y campesina que en la manufactura, comenzó a desintegrarse porque no aguantaba los precios europeos. Y entonces las burguesías federales de los poblados y ciudades interiores desde México a Tucumán o Santiago de Chile descubrieron con sorpresa que habían invernado sin saberlo, bajo el manto del proteccionismo monopolista español, fomentados por esa capitalización nativa.

El impacto del libre cambio obligó a clarificar las ideas y a elaborar apuradamente programas políticos defensivos ante la pujante presión del capitalismo extranjero y las burguesías portuarias. En 1809 afirmaba Yañis en Buenos Aires un cuadro que valía para toda la industria localista: "sería temeridad

equilibrar la industria americana con la inglesa: estos audaces maquinistas nos han traído ya ponchos, que es un principal ramo de la industria cordobesa y santiagueña, estribos de palo dados vuelta al uso del país; sus lanas y algodones, que a más de ser superiores a nuestros pañetes, zapallangos, bayetones y lienzos de Cochabamba, los pueden dar más baratos, y por consiguiente arruinan enteramente nuestras fábricas y reducen a la indigencia a una multitud innumerable de hombres y mujeres que se mantienen de sus hilados y tejidos".

Una verdadera crisis social de descapitalización masiva americana fue la secuela del libre cambio, y la anarquía comenzó a corroer el interior continental. En iguales términos se despachó veinte años más tarde el correntino Ferré: *"Considero la libre concurrencia como una fatalidad para la Nación. Los pocos artículos industriales que produce nuestro país, no pueden soportar la competencia con la industria extranjera. Se destruyen los capitales invertidos en estos ramos y se sigue la miseria. El aumento de nuestro consumo sobre nuestros productos y la miseria, son, pues, los frutos de la libre concurrencia. No se pondrán nuestros paisanos ponchos ingleses; no llevarán bolas y lazos hechos en Inglaterra; no vestiremos la ropa hecha en la extranjería; pero en cambio empezará a ser menos desgraciada la condición de pueblos enteros de argentinos, y no nos perseguirá la idea de la espantosa miseria y sus consecuencias, a que hoy son condenados"* (Astesano, III, 49).

LA GUERRA GAUCHA MONTONERA

El comercio libre que acompañó al liberalismo en todas las revoluciones americanas trajo en toda his-

panoamérica una acelerada descòmposición social de las formas de producción tradicionales que aseguraban un nivel de vida mínimo, dando nacimiento a una reacción popular en cadena de Argentina a México. El cuadro de la primera el típico: "los caudillos y las masas por ellos encarnadas, impusieron su vigorosa fisonomía a nuestro drama nacional. La época de las masas y las lanzas abraza setenta años de nuestra historia. Durante siete décadas lo que hoy constituye la República Argentina fue el escenario de un duelo sangriento. Sus términos polares radicaban esencialmente en el conflicto de Buenos Aires con las provincias. El estallido del año 20, constituye uno de los problemas graves del siglo XIX en la Argentina" (Ramos, 39).

La rebelión montonera nace de la destrucción de los sistemas productivos tradicionales, hecho que empujaba a las masas de las campañas y poblados al hambre y la miseria, que llegó a tal grado que las obligó a entrar violentamente en la escena político militar, como único medio de defenderse colectivamente de la invasión de las mercancías inglesas y de los soldados de línea de las ciudades portuarias. De allí surgió la montonera, de gauchos, criollos, negros e indios, que se unieron alrededor de un jefe, para enfrentar el "progreso" europeo que se les venía encima, impuesto por la violencia, envuelto en las ideas de libertad y democracia.

Las masas del interior continental latinoamericano, predominantemente mestizas en el siglo XIX entraron en una verdadera rebelión colectiva federalista. Faltas de organicidad social, de perspectiva histórica, se agruparon alrededor de caudillos locales, dando a los mismos la fuerza suficiente para enfrentar, en la política y en la guerra a los porteños que buscaban de "unificar a palos", como única bandera para construir el capitalismo portuario. La reacción popular apoyó la fórmula contraria de la "federación a cuchillo", que expresó, dentro de la violencia social desencadenada, el otro camino, el

LAS CIUDADES PUERTOS AMERICANAS



tradicional de liberación económica para todos los países.

En la marcha de los acontecimientos *el federalismo popular mestizo fue tomando un contenido revolucionario primitivo: la lucha de "los de abajo" contra los ricos y los poderosos por el control de la riqueza, que por aquella época se manifestaba sobre todo en el ganado y la tierra. De la guerra india a la guerra gaucha de liberación social.* Hablando de Güemes dice el general Paz en sus "Memorias": Era adorado por los gauchos, que no veían en su ídolo, sino el representante de la ínfima clase, el protector y padre de los pobres. Nadie ignora que el caudillo Güemes, apoyándose exclusivamente en la plebe y gauchos de la campaña se había hecho enemigas las otras clases sociales superiores de la sociedad".

"Debe agregarse el espíritu de democracia que se agitaba en todas partes. Era un ejemplo seductor ver a estos gauchos de la Banda Oriental, Entre Ríos y Santa Fe, dando la ley a las otras clases de la sociedad. Lo que era también para los que se creían indicados para acaudillarlas, ver a Artigas, Ramírez y López, entronizados por el voto de esos mismos gauchos, legislando a su antojo. Acaso se me censurará —agrega el unitario Paz— que haya llamado espíritu democrático el que en gran parte causaba esa agitación, clasificándola de salvajismo; mas en tal caso deberán culpar al estado de nuestra sociedad, porque no podrá negarse que era la masa de la población la que reclama el cambio" (Astesano, III, 63).

Por la década del 80 la montonera había sido vencida totalmente y los ejércitos de línea porteños imponían al país el nuevo orden capitalista a la europea que surgía pujante en Buenos Aires. La clase trabajadora criolla, sin perspectiva, comenzaba a marchar hacia las ciudades y campañas del litoral abandonante con tristeza sus antiguos lares, pero llevando en sus músicas y sus cantos, el recuerdo im-

perecedero de esa etapa de bienestar, de prestancia y de heroísmo (Astesano, IV, 114).

AMERICA "FRONTERA MOVIL" DE EUROPA

En los siglos XVIII y XIX aparece otra corriente de colonización privatista europea de rasgos distintos. Europa había llegado por entonces a un grado de saturación social y política de graves consecuencias previsibles. Proletariados nacionales de bajo nivel de vida con grandes sectores de desocupados (el caso de Irlanda donde la hambruna se había hecho crónica); luchas religiosas y enfrentamientos políticos agudos minaban a las naciones por dentro; guerras nacionales por el dominio imperial de la metrópoli y por el reparto colonial. *Europa se había transformado, a pesar de su crecimiento capitalista, en un continente explosivo apto para la emigración masiva de sus masas trabajadoras. Australia y las zonas templadas del norte y del sur del continente americano semidesiertas aparecían como zonas de liberación social. El proletariado europeo construía por entonces dos concepciones que apuntaban a su mejoramiento económico. Una doctrinaria (anarquistas, comunistas, socialistas) que ponía su objetivo en la superación de la Europa burguesa y la otra práctica de la emigración a esas zonas de libertad personal donde no existía la opresión burguesa urbana ni la opresión feudal campesina.*

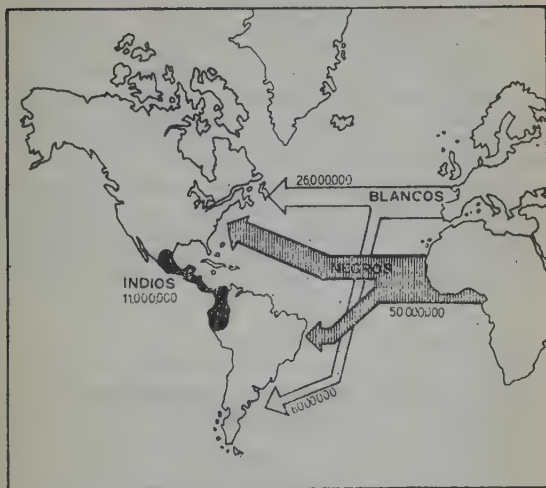
Las pampas argentinas, la Banda Oriental, el sur riograndense, las zonas de los lagos canadienses, Australia o Nueva Zelanda se transformaron en paraísos de oprimidos. Sobre todo el Oeste norteamericano donde el proceso se dio con más intensidad para probar que constituían una "frontera social móvil." de Europa. *Millones de blancos cruzaron el*

Atlántico para ocupar tierras libres, trayendo como capital sólo sus brazos, su experiencia en el trabajo artesano, sus formaciones ideológicas en los movimientos de la izquierda europea, su puritanismo religioso. Ni venían a explotar mano de obra colonial ni aceptaban ser explotados como en Europa. Ese tremendo ejército humano ocupó las tierras de América para organizar una sociedad nueva libre.

Se emigra siempre de una zona de bajo nivel de vida a otra mejor. En 1700, los doce millones de españoles emigraron en masa a las Indias en busca de seguridad. En América comieron carne dos veces por día y vivieron en un mundo en el que el dinero y las mercancías estuvieron a su alcance (Rosa, T. I, 109). La hambruna europea de 1845 a 1848 llevó a las familias a vagar por las campañas devorando ortigas, berros y hierbas silvestres. Casi la cuarta parte de la población de Irlanda pereció. Entre 1846 y 1849 más de 200.000 huyeron a América y en la década siguiente 650.000. Las cartas de América que pasaban de mano en mano anotaban: "Dile a Tomás que venga y que deje su cinturón, el que usa cuando no tiene nada que comer, en Inglaterra". "Dile a Miriam que aquí no se manda a los niños a la cama sin comer. Hay aquí muchos inconvenientes, pero no estómagos vacíos."

Las persecuciones religiosas a judíos, polacos, checos y otras minorías dieron un impulso mayor a la inmigración, estimulada por la publicidad de las compañías de navegación y ferrocarriles, que después del tráfico negrero se lanzaron al gran negocio del mercado de mano de obra blanca. Cambió el color de los hombres pero no el de los billetes y las monedas fuertes con los que se compraban y vendían (Schlesinger, 67, 288). *La población desarraigada de la antigua agricultura europea, los artesanos y obreros especializados de las ciudades, la pequeña intelectualidad también urbana, marcharon a América para constituir una sociedad nueva. Las naciones de Europa descargaron sus tensiones sociales,*

DINAMICA RACIAL



Se estima que cuando **los españoles** pisan América vivían en la zona tropical del Pacífico unos 11.000.000 de indios que constituyeron la población original del primitivo socialismo indígena. Después vino la colonización con esclavos negros. No hay datos exactos. Los africanos estiman que salieron de su continente cien millones de hombres y mujeres. Como los relatos de la época fijan un alto porcentaje de pérdida en el viaje, más los que fueron enviados a otras posesiones inglesas y portuguesas estimamos en cincuenta millones aproximadamente su pasaje a América. Luego vienen los 32 millones de blancos europeos, principalmente italianos y españoles. El conjunto constituye la fuerza de trabajo social con la que se puso en marcha el privatismo

volcando el exceso de trabajo vivo que la conflictiva sociedad privatista no podía absorber en sus grandes crisis sociales. América atlántica soportó esta nueva invasión pacífica de unos treinta millones de blancos. El monto humano suficiente para fundar una gran nación moderna (en la que se entremezclaban una decena de nacionalidades europeas) cuyos países de origen, sobresaturados, debieron permitir su salida como solución a luchas religiosas, persecuciones raciales y nacionales o crisis agrarias. Una cantidad cuatro veces mayor que el número estimado de godos y vándalos que barrieron el sur de Europa y dominaron a Roma (Schlessinger, 67). Comienza a surgir impetuosa una nueva América blanca de zona templada.

LA ESTRUCTURA PEQUEÑOBURGUESA DEL FAR WEST

Ya conocemos la armónica estructura y superestructura del mundo socialista indígena, la superestructura del capitalismo del trópico montado sobre la esclavitud del indio y el negro. Ahora vamos a describir una *tercera forma extremadamente individualista que se generalizó en el Oeste norteamericano e influyó en la idiosincrasia del pueblo yanqui de nuestros días.*

Un profesor de Harvard ha caracterizado mejor que nadie este proceso original. "En América se presentaba una oportunidad para establecer nuevos hogares, nuevas sociedades allende los mares, en un ambiente relativamente libre de las restricciones e inhibiciones sociales propias de las sociedades más antiguas de Europa. En términos históricos, en los siglos XVI y XVII, las colonias europeas en el Nue-

vo Mundo pueden ser divididas en dos grandes clases, llamadas por algunos colonias granjas y colonias de explotación respectivamente" (Haring 40).

Después de identificar las colonias de explotación con lo que nosotros hemos denominado la plantación capitalista, sostiene que *"las colonias granjas se establecieron generalmente en regiones que ofrecían las mismas facilidades que las de Europa, es decir, que estuvieran situadas en las zonas templadas. No ofrecían ventajas especiales en lo referente a los productos de exportación, agrícolas o minerales, de las cuales había gran demanda en el Viejo Mundo. Muchas de ellas, por lo tanto, fueron establecidas por colonos que, fundamentalmente, iban en procura de refugio, lejos de las injusticias sociales y políticas de que se consideraban víctimas en su país de origen. Estos colonos no salieron para producir o adquirir riquezas; los productos exportables eran un objeto secundario. Se conformaban con la satisfacción de sus modestas necesidades. Colonias de este tipo fueron en su mayoría las establecidas por los ingleses en América del Norte y, hasta cierto punto, las creadas por los españoles en Chile y Buenos Aires, y por portugueses en el Brasil meridional"*.

"La propiedad típica en la colonia granja de la zona templada era la pequeña parcela, desarrollada en el claro abierto en el bosque por el explorador más o menos aislado. En las colonias de la zona templada no había especialización en productos ni, en consecuencia, explotación de mano de obra. Los indios de los bosques y praderas, además, eran relativamente pocos y se encontraban en un estado inferior de barbarie (sic). Mucho menos adelantados en agricultura que los indios de las mesetas de México y Perú, vivían principalmente de la caza y de la pesca y carecían de hábitos industriales regulares, aunque eran bravos luchadores, orgullosos y empecinados. No era posible reducirlos a servidumbre o conseguir de ellos el trabajo regular, y así fueron exterminados o se retiraron a las montañas y los bosques interiores".

"Las colonias de la zona templada, que producían una variedad de artículos similares a los europeos, casi todos sumamente necesarios para el consumo local, fueron económicamente más independientes. Pudieron sobrevivir sin mucha ayuda exterior y como no imperaba en ellas el tipo de explotación capitalista, a menudo se les permitía esa independencia. A las colonias Inglesas, en contraste con las españolas, en general se las dejó gobernarse a sí mismas" (Haring, 44).

Era el ejemplo más notable del pequeño productor que vive al margen del mercado capitalista (o de la comunidad indígena). "Desde un principio, explotáronse en la América del Norte colonial las manufacturas domésticas, pues muchas de las granjas y algunas de las plantaciones satisfacían, en gran parte, las necesidades de pobladores y colonos. El alimento se preparaba para el propio consumo; se amasaba el pan; se batía la manteca, se salaban y ahumaban los jamones embutidos, se secaba la fruta y se preparaba la cerveza. Se cardaban, hilaban y tejían y, a veces, incluso se teñían la lana, el lino y el cáñamo, y en el sur el algodón. Se curtía el cuero y se transformaba en zapatos, sombreros, guantes y ropa de trabajo. Las maderas proporcionaban lo necesario para las mesas y muebles, carretas, útiles, barriles y duelas. Se transformaban las ceniñas en lejías, se cocía el jabón, se moldeaban las bujías y se preparaban utensilios de cocina, de madera, cuero y calabaza. Ocasionalmente vendía en la aldea sus excedentes de lienzo, lino, miel o manteca, que trocaba por sal, hierro, pintura y algunos utensilios" (Hacker, 142). *Mirado desde Europa este pequeño productor, con su compleja división del trabajo familiar, había sufrido una involución social. Había abandonado su especialidad artesana o campesina, su labor intelectual, pero no su alto hábito de consumo a la europea.*

El gaucho argentino y uruguayo o riograndense reproduce el cuadro en una escala mucho menor de

consumo. Aislado en la pampa, vivía en su rancho con su fácil alimentación de carne vacuna. Su mujer tejía y plantaba algún zapallo. Sólo se acercaba al mercado para cambiar cueros por sus vicios. Como en el caso norteamericano, se trata de *una estructura social privatista y autosuficiente pequeñoburguesa sobre la que no existía una superestructura estatal suficientemente organizada* (impuestos, funcionarios, dirección económica). No había hecho mella ni el antiguo estatismo indígena ni tampoco el centralizador poder del capital privado europeo. *Era una sociedad libre que vivía entre esos dos mundos.*

La contradicción entre la propiedad privada basada en el trabajo propio y la propiedad basada en el trabajo ajeno, que aparece enfrentada en toda América, se destaca con toda claridad en las colonias inglesas del Oeste yanqui. Como los blancos colonizadores no pudieron ser sometidos en masa a la esclavitud, se engendró una original sociedad de hombres libres, pequeñoburguesa, en la escala precapitalista, donde los colonos prefirieron trabajar y acumular para sí mismos. No bastaba entonces llegar de Europa con dinero para fundar empresas porque faltaban asalariados que sólo alcanzaban al 10 % de la población (en Europa, donde ya regían por entonces las relaciones capitalistas, la proporción era exactamente inversa). Esta sociedad nueva, libre, de tierra barata y salarios altos, después de la guerra civil de mediados del siglo pasado, fue absorbida por la vorágine capitalista, y los trabajadores fueron reemplazados por las grandes empresas rurales.

LA REVOLUCION POPULAR NORTEAMERICANA DE 1828

Después de la Guerra de Secesión, Estados Unidos entró en un desarrollo capitalista. La burguesía in-

dustrial del norte se lanzó hacia la centralización del poder y bajo el enérgico impulso de Hamilton consolidó una política de desarrollo fabril que favoreció a comerciantes, manufactureros y armadores. Sin embargo, *la vieja burguesía de plantadores sureños vencidos en la guerra se unió a los campesinos pobres contra la dictadura burguesa de Hamilton, logrando desalojar al gran capital del poder, haciendo que los deudores triunfaran sobre los acreedores.* En la marcha debieron ceder cada vez dentro de la coalición agaria a los pequeños campesinos que se habían dedicado a la colonización de las inmensas tierras vírgenes del Oeste, hasta que *la marea ascendente de la democracia rural llegó en 1828 a la presidencia a Andrew Jackson, hijo de una familia de campesinos pobres, convertido luego en plantador esclavista.*

"Durante este período intermedio, que ha sido bautizado como 'la era Jackson', los trabajadores y pequeños campesinos desempeñaron un creciente papel político y *obtuvieron la implantación del sufragio universal en lugar del sufragio censatario. La pequeña propiedad agrícola y artesana hizo retroceder la influencia de los comerciantes y banqueros.* Estados Unidos ofreció al mundo el espectáculo de una democracia donde la desigualdad de condiciones no era demasiado evidente. En 1831 Tocqueville quiso ver este espectáculo con sus propios ojos y volvió impresionado: 'Allí no se ven vastas metrópolis, ni riquezas inmensas, ni grandes miserias', escribió. El ochenta por ciento de los productores norteamericanos poseían sus propios instrumentos de producción" (Guérin, 5).

"El tono dominante de la sociedad norteamericana fue dado por los pequeños labradores independientes y por los comerciantes e industriales que pocedían de las filas de los colonos rurales. Las doctrinas igualitarias levantaron de nuevo la cabeza y triunfaron por último en los Estados del Norte y los del Este; y durante algún tiempo, al menos, el Gobierno

Central se mostró benévolo con los ataques al privilegio, como en el caso del Segundo Banco de los Estados Unidos. El movimiento abolicionista nació y recibió su mayor fuerza entre los labradores independientes, pequeños comerciantes, molineros y dueños de talleres domésticos de las regiones menos pobladas del Norte y medio Oeste."

"El igualitarismo apasionado de Jefferson y Jackson era, como es natural, el de los derechos de la pequeña propiedad y de los productores individuales y libres. Jefferson, que odiaba y temía al gran capitalismo y al proletariado de fábrica, admitió más tarde como convenientes las manufacturas, aunque solamente para satisfacer necesidades internas. Nadie ha expresado las ideas de Jefferson con mayor acierto que Carlos A. María R. Beard, quienes nos dicen: "Jefferson construyó con el tiempo un esquema bastante completo de la ciencia social: la agricultura debía ser la base económica de la sociedad; un gobierno poco costoso, que fuese tolerante y justo, podía mantener el orden fácilmente; una división equitativa de las herencias y la fácil adquisición de tierras, podía provocar una igualdad de status, la universalidad de la educación proporcionaría talentos directores; la emigración debía limitarse a cantidades asimilables y evitar la superpoblación; la esclavitud debía ser abolida y transportados los esclavos redimidos a tierras propias'."

"Ese credo aceptable en todos sus principios esenciales para los pequeños labradores, productores, industriales y artesanos que no fueran proletarios, revive en las proclamas de los partidos de trabajadores en torno a 1830 y en los movimientos reformistas ocurridos diez y veinte años después. Andrew Jackson lo popularizó de nuevo haciéndolo asequible 'a los miembros más humildes de la sociedad' a quienes iba dirigido: Jackson fue en ese sentido un verdadero jefe popular. Conocía las aspiraciones del pueblo, abrigaba sus mismos odios respecto de la riqueza basada en la especulación y el privilegio y

sus declaraciones y prejuicios marcharon de acuerdo con el ritmo de los tiempos" (Hacker, 207).

En la coyuntura de un impasse entre los capitalistas (los plantadores del Sur y los industriales del Norte), en este "período medio" entre la independencia y la guerra civil, *hizo irrupción hacia el poder la clase media rural, consiguiendo mantenerse con sus reivindicaciones intermedias hasta el triunfo de los norteros industrialistas*. Una revolución popular, promovida por la pequeña burguesía rural formada con la colonización que había conquistado la tierra con su trabajo semiindependiente, en un período mundial en que el sistema privatista se desarrollaba en un sentido ascensional en todo el mundo. El fenómeno, que se repitió en grado menor en todos los núcleos de pequeña burguesía, hija de la colonización europea, se dio ajeno a toda forma de planificación estatal de la producción y el consumo.

LA NUEVA ESTRUCTURA AGRO-INDUSTRIAL

En el medio siglo que va de 1870 a 1920 las metrópolis capitalistas organizan una nueva estructura privada de producción sobre las zonas semilibres templadas de Estados Unidos, Canadá en el Norte, la Argentina y Uruguay, y Brasil en el sur. El capitalismo agrario americano de exportación dio un gran salto adelante. *Casi diríamos que surgió una sociedad europeizada nueva conformada en esas pocas décadas. La población arrancada de la agricultura precapitalista europea vino como mano de obra de una agricultura capitalista americana*. Fueron parte de esos 30 millones de inmigrantes blancos, pero no se incorporaron ya como había sucedido en el Oeste norteamericano en el carácter de pequeños productores libres en una sociedad libre. Toda la tierra

estaba ya apropiada y sólo restaba, incorporarse al campo para el trabajo de peones rurales o de arrendatarios (que fue la fórmula moderna con que las aristocracias rurales ataban al hombre a la tierra). Este fenómeno de la inmigración es conocido porque muchos descendemos de algunos de ellos. De cualquier manera en este proceso se repite la fórmula: sólo se emigra de una zona de hambre a una zona de mejor nivel de vida. Y estos inmigrantes, españoles e italianos en su mayoría, vinieron "a hacer la América". Tales eran las posibilidades de trabajo que surgió el caso único en la historia de la "inmigración golondrina". Centenares de europeos llegaban para la cosecha y volvían todos los años a sus pueblos con algunos ahorros. Otros —los menos— se enriquecieron como chacareros y volvieron para hacer la mejor casa de su aldea natal y dedicarse al préstamo en dinero. La agricultura y la ganadería de exportación constituyeron formas de producción privatista que permitieron el ascenso de la clase obrera hacia la clase media.

Al mismo tiempo se abrió cauce a la mecanización agrícola, que no vino para desplazar al hombre de la tierra sino para cubrir la apetencia de brazos y dar más profundidad al proceso colonizador capitalista. En 1928, un millón de tractores, 45.000 combinas y 300.000 camiones sólo en Estados Unidos da una idea de la revolución técnica agrícola, que también alcanzó a las otras zonas en menor intensidad. La colonización mecánica con sus millones de "obreros virtuales" y de "caballos de fuerza" puso en poco tiempo a estas zonas despobladas en plena competencia con la agricultura europea, de la India o de China, basada en el trabajo manual multitudinario.

El cuadro técnico fue completado con ferrocarriles, elevadores y frigoríficos de exportación que industrializaron la granja americana de Europa. A su vez, el conjunto ayudó al nacimiento de una industria metalúrgica complementaria (talleres ferroviarios y de automóviles) que fue abriendo el campo hacia la

industria pesada. Más atrás fueron apareciendo las industrias para el consumo interno del nuevo mercado local en ascenso: molinos harineros, carpinterías, fábricas de fideos y de muebles, etc. La inmigración de peonadas extranjeras y la maquinaria se concentró también en las grandes ciudades, donde los capitales extranjeros tomaron los servicios públicos, el sistema bancario, el comercio exterior y las concentraciones industriales más productivas. Mientras en la Argentina y el Uruguay esta nueva estructura significó otra forma de dependencia económica, en Estados Unidos, que había ya organizado para entonces su propia industria mecánica y su propio mercado, importó su ascenso a metrópoli imperialista.

DESARROLLO HACIA EL MERCADO EXTERIOR

La revolución privatista americana tiene sus rasgos originales. Uno de ellos. Todos los pueblos del mundo resolvieron por milenios su crecimiento mirando hacia el orden interno, en el autodesarrollo, poniendo su acento en el regionalismo, en la autarquía. "La coexistencia de estas diferentes civilizaciones, que se ignoraban recíprocamente, finalizó a partir del momento en que los medios técnicos de los europeos permitieron establecer un contacto permanente con todas las partes del mundo. El europeo provocó un intercambio universal de formaciones sociales, que habían hasta entonces cohabitado sobre el globo, ignorándose en medio de una completa autonomía de desarrollo. Jamás, hasta entonces, un centro de crecimiento había ejercido su influencia sobre el globo entero y jamás ninguno había dispuesto para terminar con la autonomía de las diferentes civilizaciones de un arma tan poderosa como la economía capitalista" (Voinea, 299). *El privatismo universal*

fue un verdadero salto cualitativo sobre el regionalismo antiguo.

Con el mercado mundial, las naciones de América —y de todo el “Tercer Mundo” al mismo tiempo— sufren un viraje y se condicionan, unas más, otras menos, a un *desarrollo que se apoya en el exterior, por el cual gran parte de la producción local se elabora exclusivamente para enviarla hacia los puertos, y el consumo interno es cubierto con un buen número de mercancías extranjeras que llegan en compensación.*

Las naciones indígenas que navegaban a toda vela con el motor de su autodesarrollo recibieron el cambio brusco del vendaval europeo y viraron en seco hacia el comercio de ultramar. Algunas regiones naufragaron en el mar del subdesarrollo; otras acomodaron sus cargas, vieron desaparecer grandes sectores sociales y lograron encauzarse hacia el nuevo tipo de desarrollo, condicionado al consumo y la producción europea que dictaban entonces la ley del crecimiento.

Casi diríamos que *en el último milenio la contradicción interna principal de América y el “Tercer Mundo” se manifestó entre el tradicional desarrollo interno, autónomo, y el desarrollo hacia afuera. El crecimiento exportador-importador es en adelante el aspecto principal, el que caracteriza la esencia tricontinental y condiciona todas las otras contradicciones menores.*

Sólo en un segundo plano, en el interior de los continentes, vegetando, condicionada a las crisis y guerras internacionales, continuó subsistiendo una estructura comunitaria indígena o privatista mestiza y blanca de labores agrícolas o artesanas. A veces alcanzaron auge, cuando constituían la retaguardia complementaria de la exportación. Así sucedió con la ganadería argentina, venezolana o mejicana, que proveían de mulares al capitalismo minero de Potosí. Algo parecido sucedió con la minería brasileña. Pero en general fueron labores que pendían de la intensi-

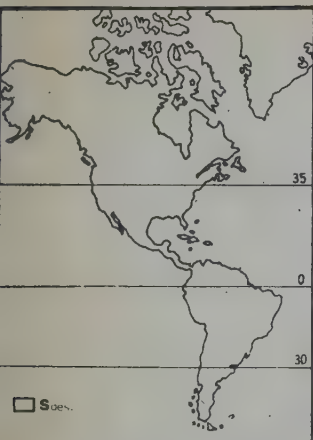
dad de la importación. Es conocido el caso de la industria textil de Chuquisaca o del Tucumán argentino, india primero, criolla después, que murió con el comercio libre de las telas inglesas. La manufactura europea competía en precio, aunque a veces no en calidad, y conquistaba los mercados. Cuando los ferrocarriles unieron las regiones distantes, todo se vino abajo. Sólo subsistió el trabajo para los puertos.

EL MONOCULTIVO

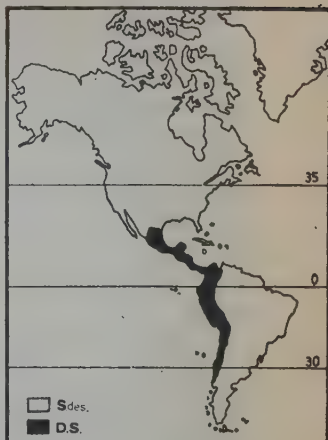
Un segundo rasgo del privatismo americano. *"La agricultura tropical tiene por único objetivo la producción de ciertos artículos de gran valor comercial y por lo mismo altamente lucrativos. No es con otra finalidad que se comienza y, de no ser esas las perspectivas, ciertamente no sería intentada o enseguida perecería. Por eso es fatal que todos los esfuerzos sean canalizados hacia aquella producción. El papel secundario en que el sistema económico del país, absorbido por el gran cultivo, deja a la agricultura de subsistencia, determinó uno de los grandes problemas que tuvo que enfrentar la población colonial. Me refiero al abastecimiento de los núcleos de población más densos, donde la insuficiencia se hizo casi general. La atención estaba puesta en el azúcar, cuya exportación dejaba un amplio margen de ganancia, y nadie dará importancia a los productos alimenticios. Un importante propietario de ingenio llegará a lanzar su formal desafío a las leyes que lo obligaban al cultivo de mandioca: '¡No planto una sola planta de mandioca —sostendrá dirigiéndose a las autoridades—, para no caer en el absurdo de renunciar al mejor cultivo por el peor que en él existe!"* (Prado Junior, 46). Esa fue la psicología de los empresarios del agro americano.

DESARROLLO DESIGUAL

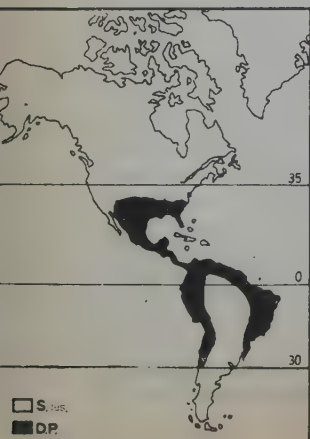
XVII MILENIOS



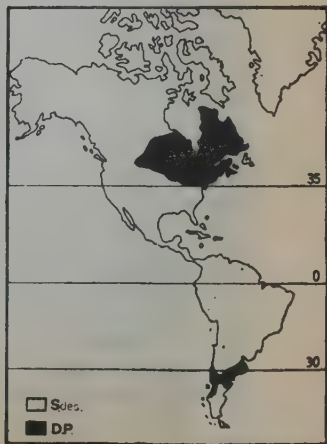
III MILENIOS



III SIGLOS



II SIGLOS



La expansión capitalista se dio también en el Brasil, polarizando progreso y miseria, "al distinguir en la economía brasileña aquellos dos sectores en que se dividen sus actividades productivas: *el del gran cultivo y el de la subsistencia*. De lo contrario, no se explicaría este cuadro de la vida colonial: de un lado, abundancia, prosperidad y gran actividad económica; del otro, la falta de satisfacción de la más elemental necesidad de la gran masa de la población: el hambre" (Prado Junior, 47). "*Ese sistema económico no podía crear un mercado interno, porque en él no se podía verificar una división social del trabajo. El trabajo era uno solo: fabricar azúcar. Y así permaneció trescientos años*" (Basbaum, 33, 34, 84).

El sistema se repitió en la producción algodonera y cerealera de los Estados Unidos. Refiriéndose a la segunda, comenta Marx que "toda la población de esos países, por ejemplo Michigan, se dedica, al principio, casi exclusivamente a la agricultura y, en particular, con sus productos en masa, que sólo puede cambiar contra mercancías industriales y productos tropicales. *Todo su producto excedente aparece, pues, en forma de cereal*. Esos Estados reciben, a través del mercado mundial, productos ya elaborados que de otro modo tendrían que fabricar ellos mismos, como por ejemplo vestidos, herramientas, etcétera. Sólo sobre esa base pudieron los Estados del Sur de la Unión convertir el algodón en su producto principal. *La división del trabajo en el mercado mundial les permitía hacerlo*, y, por consiguiente, considerados su juventud y el número relativamente escaso de su población, si parecen producir una gran cantidad de producto excedente, esto no es debido a la fertilidad del suelo, tampoco a lo fructífero de su trabajo, sino a la forma unilateral del mismo" (Marx, I, 1486).

El equilibrio interno agrícola, y la relación agrícola-artesana que aseguraban la autosubsistencia y el

bienestar en un desarrollo equilibrado entre las distintas ramas que caracterizó el planificado socialismo antiguo, desapareció en América. *Un nuevo equilibrio internacional entre la agricultura americana y la industria europea reemplazó al anterior.* Pero como la conducción económica la tenía la burguesía mercantil metropolitana, bastaba un juego de precios, una nueva región descubierta para que toda una zona dedicada al monocultivo o la minería especializada se paralizara, porque así lo decidían las compañías compradoras de Londres o de París.

LA RESERVA PROLETARIA DEL TROPICO

Al mismo tiempo que el mercado mundial capitalista impulsaba el desarrollo agroindustrial de las zonas templadas americanas, decretó la muerte de la agricultura tropical porque la prefirió en las zonas más cercanas de Africa. La descomposición de indioamérica fue seguida por la de afroamérica, y todas las formas manufactureras que los blancos habían organizado para la exportación desaparecieron, desmenuzando el conjunto social a una estructura muy primaria de tipo individualista que ha sido catalogada como "la geografía del hambre". Y este nuevo ocaso social no puede ser atribuido a la incapacidad productiva del indio, el negro o el mestizo porque fue una forma privatista organizada con ellos pero dirigida por blancos sajones y latinos. En el fondo sólo se hizo presente el desarrollo desigual que rige el modo capitalista de producción: en tanto un sector o una zona asciende vértiginosamente, otra baja hacia el hambre y la desaparición de las empresas. Es el método antihumano de planificación por el precio y la ganancia.

Este ocaso ha sido pintado a grandes rasgos: "En

América Latina se pueden señalar áreas de hambres crónicas, como las partes más altas del altiplano boliviano, el nordeste brasileño y otras zonas rurales. El retrato del caboclo nativo, sentado en actitud indolente y contemplando un pasaje magnífico de pujante vegetación tropical, pero sin ánimo para dominar esa naturaleza, es una consecuencia del hambre en la tierra americana. Lo mismo que el indio mejicano, que padece hambre en la meseta central de Anahuac, donde los aztecas y los mayas vivieron un régimen de abundancia. También en el indio peruano, que engaña el hambre con unas hojas de coca, que mastica todo el día para anestesiar el apetito, en la meseta del Perú, donde los incas producían con sus cultivos de terrazas la mayor cantidad de alimentos concentrada en esa área. Y en el mestizo del Nordeste, que se consume en un régimen de hambre, de porotos con fariña todo el año, en la tierra fértil de la caña de azúcar. En estos y otros parajes de América se encuentra siempre un nativo con aire somnoliento soportando el hambre y la miseria" (Beyhau, 115).

El contraste entre las dos Américas puso en movimiento a la población, conformando un mercado interno de trabajo. El hombre del trópico marchó hacia las zonas templadas para poder comer (como antes lo habían hecho los europeos sobre América). En la Argentina las provincias pobres del interior han vivido en el último medio siglo un inmenso éxodo social. Todos los años la cosecha de granos del litoral, la zafra tucumana, los obrajes del Chaco movilizaban unos 350.000 criollos que luego vuelven a sus pagos. Pero el desarrollo fabril de las últimas décadas los llevó a permanecer en la zona fabril del Gran Buenos Aires, despoblando el interior. En la Capital Federal hay más santiagueños que en su provincia. Pero además vinieron los chilenos, bolivianos, paraguayos, que ocuparon las labores más duras de la construcción y el servicio doméstico.

En Brasil se dio por la misma época un fenómeno

similar. "El Sur paulista, cafetero e industrial, drenó lentamente la mano de obra del Norte, dejando su labranza sin brazos. Tan grave fue la marcha de los negros y mestizos hacia el Sur en busca de trabajo remunerado, que ya en 1854 un parlamentario del Norte azucarero presentó un proyecto en el que se prohibía el tráfico interprovincial de esclavos, y las provincias perjudicadas impusieron tasas a la salida de esclavos" (Prado Junior, 198, 203).

En el Sur tórrido norteamericano se repitió este proceso. "La buena nueva de que había trabajo en el Norte fue difundida por cartas, llamamiento de los periódicos o por los agentes de las compañías ferroviarias. En 1930, casi un millón de negros ya trabajaban en el Norte. Después, los portorriqueños colonizaron un barrio de Nueva York y los mejicanos avanzaron sobre las tareas agrícolas, hasta alcanzar en 1930 a 641.462" (Kirkland, 687, 689). Después vino el avance de los blancos pobres del Sur, retratados en "Viñas de ira", que con sus viejos coches de gastados motores y sin un níquel con que comprar alimentos para sus hijos, avanzaban hacia las zonas de buenos salarios agrícolas" (De Castro, 161).

Toda esta movilidad es parte del mercado mundial de la mano de obra que ya hemos estudiado en sus reflejos sobre América. Primero los 100 millones de negros africanos; después los 30 millones de blancos, y ahora el avance también millonario de las zonas tropicales sobre las zonas templadas de América.

LOS DOS CAMINOS HACIA EL FUTURO

LAS REVOLUCIONES PRIVATISTAS DE LIBERACION NACIONAL

Del siglo XIII al XV Europa fue tierra de aristocracias dispersas encerradas en el círculo de la autosuficiencia feudal, apuntalando monarquías incipientes. En el intermundo de los feudos y en las costas apuntaron las ciudades mercantiles que serían las sepulcrales de las aristocracias de la tierra. Durante los siglos XVI al XVIII los mercaderes se hicieron fuertes detrás de los monarcas, empujándolos a la aventura de la conquista y la colonización americana. *El permanente ascenso económico de la clase mercantil les dio el virtual comando de la revolución burguesa colonizadora de nuestro continente.*

Desaparecidos los Estados indígenas, sus pueblos y naciones fueron integrados dentro de los nuevos Estados que expresaban la unidad metrópoli-colonia. Y hasta los descendientes mestizos de los colonizadores fueron en adelante portugueses, ingleses, franceses y a veces con el aditamento local diferenciador, españoles-americanos. La nueva estructura política y la riqueza colonial apuntalaron *dos grandes imperios, España y Portugal, que en esta etapa de la revolución burguesa alcanzaron el dominio mercantil de los dos continentes.*

A fines del siglo XVIII volvió a cambiar la relación de fuerzas y con ello el sentido de la revolución burguesa. Por un lado, al amparo del tráfico *había*

recido en América el capitalismo tropical exportador, y por el otro, las ciudades inglesas y francesas se habían adelantado con su revolución manufacturera y fabril. Es conocida la superioridad de la burguesía industrial europea. Pero no se tiene mucha conciencia sobre el otro aspecto en que las colonias igualaron y sobrepasaron a sus metrópolis, encabezadas por poderosas aristocracias nativas de mercaderes, plantadores y mineros. Los Virreinos de Perú y México aventajaron económicamente a España; Brasil descolló sobre Portugal y terminó por traerse la propia monarquía lusitana; los yanquis vencieron militarmente a los ingleses y los plantadores de Jamaica pesaban con su voto en la Cámara de los Lores. El comercio fue sobrepasado por la producción agrícola e industrial, y tales hechos tuvieron necesariamente su reflejo político. Europa fue recorrida por la primera guerra civil metropolitana desatada por Napoleón, que transvasó el dominio imperial a Inglaterra y Francia. A su vez, la revolución de las colonias inglesas en 1776 desataron un ciclo de revoluciones de liberación en toda América, que termina con la formación de los Estados naciones que existen hoy en día.

Quando el humo de las batallas metropolitanas y coloniales se fue apagando quedó claro que la balanza del poder se replanteaba entre Inglaterra y las colonias agrícolas, dejando en el camino de la historia dos imperios mercantiles empobrecidos. *En América el poder cayó en manos de la burguesía nativa (dispuesta en cortos períodos de anarquía entre la aristocracia mercantil, dueña de los puertos, y la aristocracia de la tierra, dueña de la mano de obra). Habían alcanzado la soberanía, el control político de un proceso capitalista que continuaba en su crecimiento hacia afuera. Había desaparecido el dominio de los reyes extranjero, pero siguió la dependencia continental ahora hacia la manufactura y las finanzas inglesas y francesas. Sólo en Estados Unidos los industriales del Norte consiguieron vencer en la guerra*

de secesión de 1861 a los plantadores sureños y se dieron a organizar la primera nación con independencia económica industrial apoyada en su propio mercado y en un fuerte proteccionismo de Estado. Rumbo que recién encararon las naciones latinoamericanas en el siglo XX.

En algunos casos estas revoluciones nacionales americanas alcanzaron el grado de revoluciones democrático-burguesas cuando importantes sectores populares hijos de la colonización (campesinos libres, peones de puerto, empleados de comercio, peones rurales, funcionarios, militares, clérigos o mercaderes) buscaron ahondar estas revoluciones privatistas en lo económico y liberales en lo político, según el modelo metropolitano europeo, incorporando con su participación activa algunas reivindicaciones sociales. El caso más avanzado de revolución popular en la línea burguesa se dio en los Estados Unidos, donde los campesinos individualistas llevaron al poder por algunas décadas a Jackson. El mismo fenómeno se repitió con menos intensidad en los núcleos pequeñoburgueses de Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, formados históricamente en la lucha individual por el bienestar.

18 LAS REVOLUCIONES DEL SOLIDARISMO NACIONAL

En el transfondo de la América de nuestros días pesan los milenios de comunitarismo y socialismo, de autodesarrollo y solidaridad social. Aún en los dos últimos de privatismo a la europea esa tendencia ancestral se expresó en explosivas manifestaciones de los cultos de resistencia, en la sublevación negra de los Palmares o en la indígena de Tupac Amarú, en la revolución anticapitalista de los negros

antillanos que sobrepasaron a los plantadores blancos, y aún en el reformismo del imperio jesuítico.

Desde el ángulo de la sociedad civil en que nos hemos colocado existen en América dos pueblos: el pequeño burgués que acompañó en algunos casos las revoluciones privatistas de la costa; el más numeroso y desvalido de la zona del hambre de indios, negros y mestizos, condenado a descender al subdesarrollo, que se aferran a su tradición comunitaria. Al ascenso individual de acumulación privada opone las viejas costumbres de solidaridad, planificación y estatismo. Hasta las más representativas naciones de América tienen metida en sus entrañas la contradicción de estos dos pueblos. La propia metrópoli norteamericana con su tercermundismo negro, herencia explosiva del Sur esclavista, con la emigración portorriqueña y mejicana; el Brasil pujante de la industrialización que arrastra igualmente el submundo del hambre nordestino; el privatismo pujante del gran Buenos Aires y la pampa húmeda, contemplado con aversión por el arco de las provincias pobres, de las que forman el mercado de la mano de obra con naciones vecinas como Bolivia, Chile y Paraguay. Zonas tercermundistas de la desintegración social que antes conocieron pasados de grandeza y bienestar colectivo. El pasado acusa.

La aguda crisis en la cúspide imperial producida por las dos "guerras civiles metropolitanas" (1914 y 1940) en las que se enfrentaron las grandes potencias por el reparto colonial, desató en los países tercermundistas un segundo ciclo de revoluciones libertadoras. Como el privatismo europeo y su anterior réplica los movimientos liberales de emancipación americana del siglo XIX se habían desenvuelto dentro del más crudo internacionalismo de ideas y de mercados, los sometimientos del siglo XX se vieron impulsados a levantar la bandera del nacionalismo. Inclusive los modernos procesos liberadores pequeñoburgueses americanos combinan el libera-

lismo interno con el nacionalismo que enfrenta a las potencias imperiales.

En cambio, en todo el "Tercer Mundo" y en su ala americana los desposeídos y sus élites paternalistas fundieron por primera vez su socialismo tradicional con el nacionalismo moderno —réplica al internacionalismo privatista—, buscando estructurar el bienestar, la seguridad y la justicia social para las grandes masas. El socialismo nacional que signó la revolución peronista y las otras que le siguieron en América tiene inserto en sus entrañas las tendencias más profundas del mundo indígena y el mundo negro. Es el renacimiento combinado de la grandeza imperial y el socialismo antiguo. El socialismo nacional no es un reflejo más o menos caprichoso de elaboraciones intelectuales de humanistas europeos, sino la vuelta al pasado, la exteriorización actualizada de una legendaria entrega de solidaridad humana. La tradición manda.

LOS CAMINOS HACIA EL SOLIDARISMO

Nuestro continente en su conjunto, incluso Estados Unidos, marcha inexorablemente hacia formas socialistas modernas que serán, en el gran panorama, la unidad de los rasgos tradicionales de solidaridad, planificación e igualitarismo del socialismo antiguo, con la ciencia y la técnica moderna que han cambiado totalmente los hábitos de vida de las grandes masas.

El socialismo es hoy una de las vías de desarrollo que sólo puede generalizarse sobre la liquidación de todas las instituciones que apuntalan la otra vía privatista. Importando una forma de Estado social, de monopolio de Estado, que toma en sus manos la revolución científica de nuestros días, como propie-

tario colectivo de los más importantes medios de producción, que subordina a la población en su conjunto al cumplimiento de normas rígidas pero igualitarias en la producción y el reparto.

Pero debe contar, al mismo tiempo, con el poder popular, es decir, con un Estado político nuevo controlado por las élites más o menos numerosas o calificadas que tienen o se atribuyen la representatividad real de la inmensa mayoría del pueblo. Un estado político revolucionario que reemplace las formas estatales de oligarquías subordinadas a los monopolios extranjeros y al poder político y militar de Estados Unidos. Que acabe con los privilegios, con las diferencias nacionales, que impulse la democratización de la economía y la política.

Las vías hacia el socialismo son distintas según los países y regiones americanas. En los más avanzados de latinoamérica el capitalismo extranjero ha desarrollado una predominante centralización productiva y distribuidora en forma de monopolios privados y estatales (Argentina, Brasil). En esos casos el poder político de la oligarquía local y el imperialismo debe ser substituido por Estados de nuevo tipo, por Estados revolucionarios tanto en lo político como en lo social, que nacionalicen los monopolios y avancen hacia la supresión de los privilegios, el registro y control realizado planificadamente por los sectores populares. La revolución justicialista fue un ejemplo importante de esta marcha hacia el socialismo al poner en manos del Estado, por la vía de la expropiación nacionalizadora, gran parte de la intermediación externa, la distribución interna, el control bancario del sistema productivo acompañado de un substancial avance en el nivel de vida de todos los sectores del país. En cambio, en otros más atrasados, con una economía casi puramente agro-exportadora, con baja producción y reducido consumo individual, como Cuba y Bolivia, el socialismo se plantea perentoriamente como la urgencia de un fuerte poder popular, que debe empezar el lento camino de orga-

nizar el sistema productivo monopolista de Estado.

Norteamérica tiene un camino opuesto al de los países pobres. Es la nación de más alta técnica y organización planificada, con un capitalismo de Estado y un gran sector de monopolios poderosos que le fijan su rumbo interno y externo. El socialismo sólo llegará allí cuando surja un poder popular revolucionario, que con rápidas medidas jurídicas expropiadoras podrá transformar la cúspide del capitalismo mundial en uno de los más avanzados países socialistas.

Definimos así al socialismo antiguo o moderno, como monopolio de Estado en beneficio de las grandes masas. A él se llega hoy por la vía del estatismo, reemplazando los viejos esquemas de los grandes hombres y la aristocracia en el poder por sistemas burocráticos surgidos del pueblo, que ponen todo el sistema monopolista de Estado al servicio de sus grandes necesidades materiales y espirituales. El nuevo revisionismo que venimos preconizando apunta a clarificar en el pasado esos dos rasgos fundamentales del estatismo y el poder popular, su desarrollo desigual y sus combinaciones originales en los distintos países.

Apéndice

HISTORIA SOCIAL DE LA ARGENTINA

HACIA UN NUEVO REVISIONISMO

Este corto ensayo tiene como ambicioso objetivo alcanzar una síntesis de los cuatro siglos y medio de la historia de nuestro país. Múltiples e imaginables dificultades cierran el camino, en la medida que tratemos de que el análisis llegue a lo fundamental, a lo importante, a lo que define los grandes acontecimientos. Se hace necesario podar sin piedad el árbol de la historia patria, cortando las ramas institucionales y dejando en un segundo plano, apenas insinuado, los acontecimientos de la superestructura política y militar. Y del árbol sólo queda así el añoso tronco que constituye nuestra verdadera historia.

Porque tenemos un desarrollo muy particular, una individualidad marcada como Nación debe entrarse al análisis del quehacer social, sin ideas preconcebidas de quienes estudian comparando con otros países. Esta es la condición primera para pintar el tronco añoso argentino en sus verdaderos tonos. Es necesario hacerlo también sin esquemas previos, sin afiliarse anticipadamente a la tesis federal y menos a la unitaria, sin prejuicios antiespañoles o anti-ingleses, anticatólicos o antiliberales, y aun antipeonistas o antisocialistas, en un amplio revisionismo, como exige ya la etapa actual de los pueblos en ascenso político. No hay que dejarse llevar tampoco por la sobreestimación de los países imperialistas,

que cercaron nuestro desarrollo y crearon un pesimismo inoperante en hombres de la izquierda y del nacionalismo; ni por la subestimación de las fuerzas reales del país, que lleva a exagerar nuestra incapacidad como pueblo, para empujar con audacia las grandes transformaciones sociales.

Como puede verse, muchos son los requisitos previos que hay que cumplir. El exigente lector podrá completar todo aquello que falte en nuestra síntesis, y nos damos por muy satisfechos si el cuadro histórico que presentamos sirve, como una fuerte bebida, para reactivar viejas ideas, renovar otras y podar prejuicios.

Hemos tratado de encontrar la suficiente claridad de exposición, para demostrar cómo salimos del primitivo socialismo indígena, bárbaro en el Sur, altamente civilizado en el Norte peruano; cómo pasamos de la mediocridad y el raquitismo y hasta la miseria que signó a los primeros colonizadores, hace cuatro siglos, al nivel de vida a la europea que hoy gozados en el Gran Buenos Aires; cómo se desprendieron del mundo colonial las clases sociales que hoy conforman la sociedad argentina. Cómo nació la burguesía mercantil y financiera que apuntala desde el barrio bancario a la Casa Rosada; cómo surge la rica burguesía ganadera que muestra hoy su insolencia y poderío en la Sociedad Rural; y el empresariado industrial de Avellaneda, Berisso y Barracas, afirmando desde otro ángulo a la Casa de Gobierno; cómo se formó ese hormiguero individualista de la clase media que apunta por Corrientes y Avenida de Mayo; de dónde vino el poderoso proletariado que se disciplina en la C.G.T. de Azopardo.

Adelantando algunas ideas, diríamos que el mecanismo de la sociedad argentina queda reducido, en última instancia, al juego variable de la ecuación "ahorro-consumo", según qué parte ha predominado en cada período: 1) o la capitalización, la formación de un mecanismo de reproducción (nuevas máquinas y combustibles); 2) o el consumo directo del hombre

(alimentos, casa, vestido, menaje). Esta contradicción, que está en la esencia de toda sociedad organizada, es la misma en que se mueve un padre de familia: o ahorra para luego comprar su casa, o gasta en el consumo para dar bienestar al grupo. La experiencia nuestra dice que la familia de origen europeo pone el acento en el ahorro (bienestar futuro) y la familia criolla en el consumo (bienestar actual).

En este trabajo veremos cómo la burguesía mercantil portuaria fue la clase rectora de la acumulación nacional, empujando desde el poder la fórmula 60-40, es decir acumulación acelerada, aun a costa del hambre y la desocupación. Por el otro lado nos encontramos con los tipos de gobiernos populares en que siempre apareció un "padre de los pobres" (Quiroga, Rosas, Yrigoyen, Perón), que recogiendo la herencia del socialismo indígena, partieron del principio contrario de asegurar trabajo y bienestar (40-60).

Este mecanismo social sencillo se complica algo, si tenemos en consideración que la mitad Sur del país estuvo casi desierta, y que fue necesario organizar en ella, en un proceso de largos años, de siglos, toda una acumulación originaria para hacer marchar a una sociedad civilizada nueva, trayendo de fuera el capital y el trabajo iniciales. Claro que en el Norte las avanzadas civilizaciones indígenas aseguraron esa acumulación inicial de capital por la vía de las expropiaciones, y de mano de obra, la vía de la esclavitud. Por eso veremos que la sociedad argentina ha sido una sociedad móvil, que nace en el norte, y se expande luego hacia el Sur, en una migración histórica que ocupa varios siglos.

Y el mecanismo se complica todavía más, sin perder la pureza de la ecuación "acumulación-consumo", con la otra variante negativa, que aparece en todos los continentes coloniales de América, Asia y África). Parte de la riqueza que no fue al consumo tampoco se destinó a la acumulación nacional (que significa bienestar futuro), porque se distrajo durante siglos hacia el exterior, como juego de los mecanismos

financieros, de los privilegios legales, en favor de los monopolios imperialistas extranjeros. Entonces, nuestra clase dirigente cipaya se vio obligada a ajustar la fórmula de opresión interna para mantener la acumulación nacional y proveer a la del extranjero (70-30), aún a costa de descapitalizar medio país en Mayo y Caseros, o como sucedió después de 1955. La opresión interna toma así una nueva calidad al dar nacimiento a la "cuestión nacional", al movimiento nacional, al nacionalismo, al que se desplazan naturalmente los gobiernos que se fijan como objetivo defender el consumo popular. Por eso nuestros movimientos populares, que acaudillaron Rosas, Yrigoyen y Perón, que lucharon por el bienestar argentino, han tenido siempre un contenido antiextranjero.

El juego de enfrentamiento de las clases, sus luchas y sus pactos, conforman el gran proceso histórico nacional, el tronco de una revolución social burguesa, que presenta bien marcadas tres etapas de crecimiento, que se interpenetran entre sí: a) la primera etapa, que va desde el descubrimiento en 1515 a la guerra del Paraguay en 1869, en que la colonia capitalista española logra, apoyada sobre la fuerza del trabajo de indios y criollos, organizar un sistema productivo que apunta hacia el mercado interno; b) la segunda etapa, que va desde el Virreinato del Río de la Plata en la mitad del siglo XVIII hasta nuestros días, en que la colonización anglosajona organizó un sistema mercantil y agropecuario en las pampas desiertas del litoral, sobre la base del trabajo criollo y extranjero, apuntando en cambio hacia el mercado exterior; c) la tercera etapa, que va desde 1880 a nuestros días, que reconstruye industrialmente al país, en las ciudades litorales, buscando las formas nuevas anti-capitalistas de la "democracia social".

Nos hemos movido entre la tendencia europeizante, que comenzó con el libre cambio de Mayo y Caseros y terminó en el acuerdo con el Imperialismo y la tendencia opuesta, que comenzó con el proteccionis-

mo español, siguió con el de los caudillos federales y termina con la economía estatal del nacional justicialismo.

1ª Etapa

EL CAPITALISMO HISPANOAMERICANO (1515-1750)

El solidarismo indígena .

Cuando Solís cae herido de muerte entre los altos pajonales del río Uruguay por el año 1515, los españoles descubrieron que estas latitudes australes del nuevo continente estaban pobladas de indios. ¿Cuál era el grado social de esta civilización indígena? Todas las tribus que habitaban el territorio que luego fue el Virreinato del Río de la Plata, vivían distintas modalidades de un mismo comunismo primitivo, en el que el trabajador indígena no conocía la esclavitud social porque su fuerza de trabajo personal no se compraba ni se vendía. Tampoco se conocía el mercado, ni la compraventa de productos y, por consiguiente, no había acumulación individual de riquezas. Aun en medio de las tremendas exigencias de una naturaleza dura y difícil de dominar, de la superstición y del primitivismo de los caciques, el indio era económicamente libre.

El sistema de producción y reparto de los bienes se apoyaban en la propiedad común del suelo, de los instrumentos de trabajo y de los ganados. Pero se

presentaban tres sistemas socialistas de distinto grado de evolución: el de las tribus denominadas por los incas, radicado en los valles y grandes mesetas andinas, cuyo control se extendía hasta la zona de Cuyo y el Tucumán; el de los guaraníes, en las regiones de bosques del Paraguay, Chaco, Corrientes y parte del Brasil, y el de las tribus dispersas de la pampa y la Patagonia.

En el Noroeste, enraizado en la cordillera, la estructura incaica, con una población muy densa y una organización social compleja y altamente evolucionada, constituía con evidencia la civilización rectora del mundo indígena. El imperio de los incas, apoyado en la institución comunista tradicional de Ayllu, que producía para el propio consumo y no para el intercambio (como sucede hoy con regímenes colectivos del koljuz ruso o la cooperativa israelita). Como el ganado era de tipo menor, que no proporcionaba animales de tiro o carga ni alimentos en gran escala, la agricultura fue la fuente principal sobre la que se levantó este tipo superior de comunismo primitivo.

Sobre esa base productiva se levantaba una economía estadual centralizada, que planificaba la producción y el reparto de los bienes y de la mano de obra según las necesidades regionales. "Ninguna sociedad en el continente americano, hasta nuestros días, ha alcanzado tal grado de dominio sobre todo el proceso de la producción ni ha llegado a planificar en tal magnitud" (Bagu, 18).

En el Paraguay, en el Noroeste argentino y las más amplias regiones brasileñas, sobre la cuenca del Paraná, estaban diseminados los guaraníes, con un marcado sentido de la asociación y de la disciplina en el trabajo, dueños de extensos sembrados. La tierra dividida entre la propiedad familiar, donde se producía para la propia necesidad, y la propiedad común, donde se cultivaban ciertos frutos y se criaba el ganado.

En un tercer plano social, en la llanura de la pampa y la Patagonia habitaban las tribus menos evolucionadas.

nadas, que no habían podido ser dominadas todavía por las civilizaciones indígenas anteriores. Aborígenes que se encontraban en el estadio de la barbarie, "nómades como gitanos", al decir de Ulrico Schmidel, cazadores y pescadores, alejados de toda producción organizada.

Muchas son las pruebas históricas que podríamos aportar de la superioridad del socialismo indígena sobre el nuevo modo de vida que traían los conquistadores españoles, para garantizar la libertad e igualdad de los trabajadores indios en su respeto como hombres. Sólo apuntamos el recuerdo de los versos del "Martín Fierro", que se deciden por el régimen libre de trabajo de la toltería al abandonar la sujeción del trabajo obligatorio de los códigos rurales del litoral: "Allá no hay que trabajar, / Vive uno como un señor".

La colonización capitalista española

Con la llegada de los conquistadores se inicia en América una guerra social de proyecciones, que cubre fácilmente los dos primeros siglos, en que un puñado de aguerridos aventureros españoles imponen a sangre y fuego un nuevo orden social. Y fue tal la magnitud de este impacto social sobre el socialismo indígena, que casi podemos afirmar que somos una sociedad nueva, en el sentido de que la inmensa mayoría de nuestro acervo económico vino de afuera. Y vino de la Europa capitalista y no del Asia o del Africa precapitalista. Y ese hecho decisivo impuso su sello imperecedero a nuestro árbol histórico. Somos hijos de la Europa capitalista, que por obra de un inmenso éxodo social nos envió su cultura. La primera oleada de la conquista española introdujo al país los medios de producción ganadera (el caballo, el vacuno, los cerdos, las ovejas y los asnos); los medios de producción agrícola (el trigo, la cebada,

la avena, la caña de azúcar y la vid), que se agregaron a la reducida producción indígena, basada en el maíz y el algodón, y una variada combinación de implementos mecánicos y experiencias técnicas acumuladas durante siglos por el mundo europeo. Ya veremos cómo en una segunda oleada, después de Caseros, empresarios ingleses y franceses nos trajeron los ferrocarriles, el telégrafo, la electricidad, los motores a vapor y eléctricos al estilo de los más avanzados, y empujaron la colonización complementaria de mano de obra española e italiana.

Por obra de esos poderosos injertos sociales, somos pues hijos de Europa y crecimos como país bajo la conducción portuaria, en el sentido de que nuestra formación social partió de las ciudades litorales, dominando la sociedad indígena y poblando el desierto. Casi diríamos que por arriba, desde el ángulo empresario, somos una sociedad importada, ya que por abajo los pueblos indígenas proveyeron de abundante mano de obra.

España inaugura con la conquista de América la era del capitalismo europeo ascendente en el siglo XVI, realizando la más colosal empresa capitalista del Renacimiento. El capital comercial actuó como motor de las aventuras ultramarinas y estas regiones fueron descubiertas y conquistadas como un episodio más de un vasto período de expansión comercial de Europa. El espíritu de empresa fundado en el lucro capitalista acompañó la conquista. América ingresó con sorprendente celeridad dentro del ciclo del capitalismo comercial ya inaugurado en Europa, contribuyendo a dar a ese ciclo un vigor colosal, haciendo posible la iniciación del período del capitalismo industrial siglos más tarde. Además, mientras en Francia e Inglaterra se anunciaba, recién en aquellos primeros lustros del siglo XVI, el alborear de una economía capitalista y el total quebrantamiento del feudalismo, en los Países Bajos —que eran entonces una parte del vasto imperio español—, el

capital comercial dominaba por completo la escena económica y política y las manufacturas flamencas habían iniciado el largo período de su florecimiento" (Hernández Arregui, 40, 42, 47; Bagú, 41, 44, 143, 144).

La España de Carlos I, que condujo a la conquista, fue política y militarmente mucho más poderosa que la Inglaterra de Isabel, y nosotros fuimos parte del imperio más grande del mundo antes de la revolución fabril inglesa. Pero a fines del siglo XVIII el panorama mundial había cambiado. La paulatina decadencia de España que nos había dado nuestro primer envión capitalista, fue acompañada por el progreso de América, que a fines de ese siglo fue superior ya a la de España, porque la burguesía española se consolidó en nuestro continente y no en la madre patria (Hernández Arregui, 45, 47, 57; Bagú, 73).

La acumulación originaria de trabajadores

La colonización española trajo la variedad de los empresarios capitalistas, mercantiles, especuladores, productores agropecuarios o manufactureros, pero no logró importar la mano de obra que busco afanosamente en América. En 1564 cumplía ya medio siglo en que unos dos millares de españoles, que traían la revolución capitalista en sus alforjas, enfrentaban al litoral semidesierto. La corriente colonizadora, penetrando por el estuario del Plata, levantando fuertes en las costas del Paraná, corrida por la miseria, se vio obligada a concentrarse en Asunción. Los diezmos fortines costeros probaban la imposibilidad de organizar una nueva sociedad (en la convivencia con el comunismo bárbaro de las tribus litorales, que se negaban a hacer su tributo de fuerza al trabajo social obligatorio). En 1541, Irala concentra todos los españoles en la zona guaraní, en Asunción, que fue así la primera ciudad estable. En su clima benigno y en su tierra fértil vivían indios organizados para

la producción. "Esos indios eran labradores y pastores, dueños de extensos sembrados que despertaban la codicia de sus vecinos y los obligaba a una permanente defensa. La alianza con los temibles blancos que poseían caballos y arcabuces significaba para ellos un buen negocio" (Palacios, 10, 37).

Al mismo tiempo, conquistadores que venían del Perú, buscando la mano de obra —porque tierra había mucha y por todos lados—, comenzaron a organizar al Noroeste argentino, fundando Tucumán, avanzando con ventaja sobre los cauces de la vieja organización incaica, contando con tribus indígenas sumamente industriales y agricultoras que aportaban desde el inicio una masa trabajadora calificada por su habilidad manual, asegurando la productividad del nuevo orden español.

En 1564, hace exactamente cuatro siglos, se constituye la unidad política de la Gobernación de Tucumán, sobre el eje de estas dos poblaciones pilotos, que comprendía a todas las otras, que se fundaron luego con el mismo objetivo de asegurar el control de mano de obra indígena, y que en definitiva constituye nuestro punto de partida institucional.

El nuevo sistema productivo se puso en marcha sobre la base de la violenta acumulación inicial de la mano de obra indígena, sobre la base de la esclavitud de los indios por el camino encubierto de la encomienda. Unos dos mil españoles lograron así organizar la producción para el mercado sobre el trabajo de unos 50.000 indios. Un puñado de empresarios blancos, que se mantenía en pie de guerra para imponer acatamiento a las normas de la nueva civilización, construida sobre la explotación del hombre indígena.

Al mismo tiempo, la orden religiosa de los jesuitas organizadores otra forma de producción para el mercado, respetando la comunidad agraria indígena original. Las misiones vendían en sus agencias de las ciudades coloniales yerba, madera, telas y productos manufacturados. "Los jesuitas adaptaron la organi-

zación tribal a formas capitalistas evolucionadas de explotación y ganancia, mediante la incorporación de técnicas avanzadas de cultivo. La empresa se asentaba en el trabajo no pagado al indio. Al sistema individualista y brutal de las encomiendas, los jesuitas opusieron la organización planificada. El espíritu capitalista de las misiones es expuesto por Francisco Javier, cuando establece que el misionero debe conocer la técnica y la ciencia de la época en su aplicación a los hechos. Esto se logró uniendo las antiguas instituciones indígenas y su economía natural, con la apropiación capitalista absoluta del trabajo colectivo servil. Una estricta división del trabajo, de las prácticas profesionales por oficios, con vistas a cálculos anticipados de producción y ganancia sobre períodos largos de tiempo, es decir, anuales; sistemas de cálculos contables, estudios sobre los precios del mercado, rasgos típicos de la empresa capitalista gigante, fueron ejecutados por la orden, cuyo último fin era la productividad en masa. Producción en masa y sobriedad en el consumo explican el sistema y su elevada rentabilidad y bajos costos. Ya Azara había observado que los jesuitas prohibían la coparticipación del indio en las transacciones comerciales que pudiesen despertar en él el espíritu de ganancia y la conciencia de la explotación de que era objeto. Se los expoliaba técnicamente como proletarios modernos dentro de la organización tribal (Hernández Arregui, 42). Original combinación del comunismo primitivo en la producción, con un sistema comercial capitalista totalmente centralizado.

La "guerra india" de liberación social

Así, por el camino de las encomiendas y las misiones, nació en el Norte argentino el capitalismo que producía en masa para el mercado. ¿Cuál era ese mercado consumidor durante estos primeros siglos?

La zona más avanzada socialmente del capitalismo minero de la ciudad de Potosí, la "Villa Imperial", que se levantaba junto al gigantesco filón descubierto ya en 1545, en donde se amasaron inmensas fortunas sobre la esclavitud y el exterminio sistemático de miles y miles de indios que bajaban a las galerías para no volver a ver el sol. En 1575 Potosí tenía 120.000 habitantes entre españoles e indios (Buenos Aires por entonces sólo alcanzaba a los doscientos). Como la gran ciudad americana sólo producía oro, en su retaguardia productiva, en nuestro suelo, desde Tucumán a Asunción, desde Mendoza a las misiones, se fue organizando el sistema agropecuario y manufacturero productor de alimentos, animales de transporte y mercancías comunes, porque las de lujo llegaban de todos los rumbos internacionales.

Impulsado por este acelerado consumo de la metrópoli minera, surgió todo el capitalismo esclavista, mercantil y manufacturero de Asunción, Tucumán, Santiago del Estero, Corrientes, Mendoza, San Juan o San Luis, montado sobre la base del trabajo indígena. Los indios producían para el gran mercado y sus dueños tenían puesta la vista en los altos precios potosinos. Era la primera etapa de la producción capitalista, como aparece en cualquier lugar del mundo. La cooperación obligada de muchos para la producción en masa hacia un consumidor desconocido, bajo el mando de un empresario capitalista. Y el sistema aparece en las grandes haciendas, en las minas, en los ingenios y en las chacras, manteniendo la forma tan particular de la manufactura-esclavista.

El resultado histórico de la colonización fue la polarización de las clases desde un punto de vista racial. El viejo comunismo indígena fue disuelto, quedando sólo como un sueño de pasado bienestar en la imaginación del indio, dando nacimiento al proletariado esclavo (al que vino a agregarse luego una masa importante de esclavos negros), y los blancos

ocuparon el plano superior de la clase dirigente capitalista.

Los excesos de los encomenderos y funcionarios reales en la explotación de los indios, la muerte de miles de trabajadores en las labores mineras, no tardaron en desatar una gran guerra social, que se inicia con el levantamiento de Tupac-Amarú en 1571 y es seguida por numerosos levantamientos indígenas que terminaron por lo común en nuevas y odiosas masacres. Hubo momentos en esta "guerra india" de liberación social, la primera forma de lucha de nuestra clase trabajadora, que Asunción y Tucumán quedaron como dos islas, dentro del levantamiento general de los que se resistían a la explotación inicua de los encomenderos.

La opresión económica no pudo pasar desapercibida para el joven Mariano Moreno, que fue a concretar sus estudios de abogado en Chuquisaca. En 1802 presenta su tesis, "Disertación sobre el servicio personal de los indios", en donde aboga por los derechos y libertades de la clase trabajadora indígena explotada, criticando con dureza el lucro que obtenían los encomenderos. Se trata de un gran documento defensor del proletariado, en que el joven Moreno se ubica ya en la dura lucha de clases de su época, enfrentando al capitalismo esclavista con los mismos argumentos con que luego plantearía, en el gobierno revolucionario de Buenos Aires, la liquidación del sistema de mita y yanaconas.

El comunismo indígena había desaparecido vencido más que por la superioridad militar española del caballo y el arcabuz, por la disolución mortal de la división de clases, por la explotación de un hombre por otro, por la división del trabajo, el comercio y la competencia, que significaban el sistema de producción capitalista que los conquistadores españoles importaron de Europa.

Nace el proletariado criollo

Cuando el sistema de las encomiendas se desintegra, y cuando se expulsa del país a los jesuitas, desaparece la primera forma del capitalismo manufacturero americano, para dar lugar a otra forma distinta. Ya por 1564 había surgido en Asunción el grupo de descendientes de colonizadores, los "manebos de la tierra", los primeros criollos, hijos de madres indias y padres españoles. En ese mismo año nace en la ciudad Hernando Arias de Saavedra, el primer gobernante criollo, y en la segunda fundación de Buenos Aires, en 1580, Juan de Garay trae consigo desde el norte unas setenta personas, de las cuales sólo diez eran españoles peninsulares. Había un hecho nuevo, de tipo racial, que influiría sobre el planteo clasista de la nueva sociedad. El indio comenzó a ser reemplazado por el criollo y ya en la mitad del siglo XVIII la composición social de nuestro país era distinta.

El sistema de producción de entonces dio un viraje al surgir una nueva forma de la clase trabajadora criolla, que era considerada como hispanoamericana, con los mismos derechos que los peninsulares. El capitalismo norteamericano entró así en un nuevo plano que mostraba la convivencia de empresarios capitalistas (criollos también en su mayoría), con una mano de obra mestiza, para mantener la elaboración de los productos tradicionales que consumía el mercado americano.

Las estancias, las chacras, las haciendas y los ingenios se organizaron ahora sobre el trabajo asalariado. Pero esto también se dio en una forma muy americana. El tipo medio de trabajador criollo fue muchas veces al mismo tiempo un pequeño productor, propietario de sus reducidos medios de producción. Su casa, su quinta, eran a la vez su almacén y su taller. Campesinos que cuidaban ovejas, mulas, potros o vacunos, que arañaban la tierra para cortas cosechas, tejedores que hilaban o tejían, artesanos

que fabricaban el pan o cincelaban la plata. Así se elaboraba todo: la casa, los alimentos, la vestimenta y hasta muchos implementos de la producción y el transporte. Combinándose en las formas más variadas, el capitalismo gran empresario, con decenas de obreros asalariados, con el pequeño artesano semi-independiente. Era la "industria criolla" norteña que reemplazó al capitalismo indígena en todo el arco interior manufacturero, que fue desarrollándose, con altos y bajos, hasta Caseros, hasta la guerra de exterminio industrial del Paraguay.

La técnica indígena había dejado una rica herencia de habilidad en las labores del tejido y el hilado, y la nueva clase trabajadora criolla supo profundizarla. Así surge en el norte una poderosa especialización textil, que constituye la médula del capitalismo manufacturero criollo. Cuando ya en 1575 se anunciaba en España que en el Tucumán se vestían con la "ropa de la tierra", se caracterizaba el rasgo principal de esta sociedad en desarrollo. "No hay casa ni rancho en todo su distrito —decía entonces un catamarqueño— que no tenga uno o dos telares con su torno de hilar y otro para demotar algodón". La vara de lienzo fue la moneda de esta primera etapa de la sociedad argentina.

La "ropa de la tierra", como se decía entonces, cubrió durante más de dos siglos las necesidades del mercado nacional, y hasta llegó a organizar una sólida tradición textil criolla, que Sarmiento recoge en *Recuerdos de Provincia*, en el capítulo "Historia de mi madre", cuando reconoce que estaba en sus manos "la lanzadera de algarrobo lustrosa y renegrida por los años, que había heredado de mi madre, quien la tenía de su abuela, abrazando esta humilde reliquia —afirma— un período de cerca de dos siglos, en que nobles manos la han agitado sin descanso. Las industrias manuales poseídas por mi madre son tantas y tan variadas —dice—, que su enumeración fatigaría la memoria con nombres que hoy ya no tienen significado. Hacía de seda sus-

pensores, pañuelos de mano de lana de vicuña para mandar de obsequio a España a algunos curiosos, y corbatas y ponchos de aquella misma lana suavísima. A estas fabricaciones de telas se añadían añajados para albas, randas, miriñaques, mallas y una multitud de labores de hilo que se empleaban en el ornato de las mujeres y en los ritos sagrados”.

La burguesía mercantil americana

Durante este largo proceso de formación del sistema social se había venido profundizando la división del trabajo por regiones y la economía monetaria había dado fluidez al desarrollo. El vino y las pasas de Cuyo, el tabaco y las maderas correntinas, los tejidos de Tucumán, Santiago y Chuquisaca, la platería de Potosí que ocupaban las tropas de carretas, se cruzaban con las arrias de mulas y vacunos del litoral y las embarcaciones que descendían por los afluentes del Plata. Al mismo tiempo, el pequeño productor, artesano o campesino, se especializaba en sus labores: viñateros cuyanos, tejedores norteros, molineros y chacareros del litoral, produciendo ahora para un mercado desconocido.

Y sobre esta dispersa división de trabajo, sobre estos excedentes que marchaban al mercado americano, fue formándose una nueva clase dirigente criolla capitalista, que al mismo tiempo que regulaba el sistema social y se enriquecía a ojos vista, se había transformado en los empresarios productores de un nuevo tipo de manufactura que ya había aparecido también en Francia e Inglaterra, la manufactura dispersa, basada en el trabajo a domicilio. El empresario entregaba la materia prima y pagaba luego el producto elaborado por el trabajador criollo, ofreciendo préstamos al artesano, hipotecando el terreno del agricultor, prestando en usura para levantar una cosecha. El hermano del deán Funes fue en la Cór-

doaba virreinal un ejemplar típico de esta burguesía que vive con un pie puesto en el comercio y otro en la producción.

En esta etapa de nuestra niñez capitalista, la burguesía mercantil de las ciudades del interior controlaban el vino, el azúcar, la yerba, los ponchos, la producción de carretas y embarcaciones, la de vacunos y mulares y hasta las pocas manufacturas de Flandes o de Manchester que llegaban en buques españoles. Concentrada en los barrios céntricos de las ciudades del interior, eran los "vecinos" que regulaban la marcha del sistema y dominaban el mercado interno. Todas las mercaderías que encerraban el trabajo criollo pasaban por sus manos, para dejarles un margen de ganancia dentro del esquema de comprar por dos para vender por ocho que regía por entonces. Sus puntos de apoyo fueron la tienda y el almacén o la barraca, o la pulpería de campaña y sus tentáculos sobre un mercado disperso, la lenta tropa de carretas o el cabotaje sobre el Paraná. Comprando y vendiendo habían tejido la madeja que hacía funcionar el capitalismo interior americano y que permitía a un mendocino tomar mate con yerba paraguaya, con azúcar tucumano, y a éstos beber el rico vino cuyano. Era una clase social que cultivaba la tradición colonial española y organizaba al país bajo su mando económico, controlando el poder político local desde los cabildos (Astesano, II, 49).

El "Plan de Operaciones" de Moreno

Moreno no se dejó ganar por el medio mental libre-empresista que el puerto de Buenos Aires imponía a su cabeza pensante. Durante su estada en Chuquisaca había comprendido el proteccionismo del desarrollo capitalista americano. En su "Plan de Operaciones" para el gobierno revolucionario de

Mayo, elige la vía no capitalista de la industrialización. "Se pondrá la máquina del Estado en un orden de Industrias, lo que facilitará la subsistencia de miles de individuos. La consecuencia de tal política será producir en pocos años un continente laborioso, instruido y virtuoso sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesita para la conservación de sus habitantes". Calculaba luego en 300 millones de pesos el capital estatal "que podrían ser empleados poniéndolos en el centro mismo del Estado para desarrollar fábricas, artes, ingenios y establecimientos".

La constitución del capital inicial del Estado para financiar las empresas, partía de la nacionalización de la riqueza minera: "Se prohíbe absolutamente que ningún particular trabaje minas de plata u oro, quedando al arbitrio del beneficiario y sacar sus tesoros por cuenta de la Nación. Queda reservado este ramo para el adelantamiento de los fondos públicos y bienes de la sociedad". La segunda fuente estaba en la nacionalización del seguro, "los medios que deben adoptarse en el establecimiento de la Casa de Seguros Nacionales, que debe crearse para las negociaciones a países extranjeros de que podrán resultar grandes ingresos a los fondos públicos".

El proteccionismo a la industria privada nacional está fundado en que "producirá un continente laborioso, sin necesidad de buscar exteriormente nada de lo que necesita la conservación de sus habitantes, no hablando de aquellas manufacturas que siendo como un vicio corrompido, son de un lujo excesivo e inútil, que deben evitarse, principalmente porque son extranjeras y se venden a más oro de lo que pesan".

Fijaba bien claro el control sobre las inversiones y el comercio extranjero: "No incurramos en el error de aquellos pueblos inocentes que se dejaron envolver con cadenas, en medio del embelesamiento que les habían producido los chiches y abalorios, que

no suceda lo de la antigua España, que se abrió al cartaginés incautamente, pues esos traidores se fingieron amigos para ser señores, y entraron vendiendo para salir mandando. El extranjero no viene a nuestro país a trabajar en nuestro bien, sino a sacar cuantas ventajas puede proporcionarse. Recibámoslos enhorabuena . . . , pero miremos sus consejos con la mayor prudencia”.

Rige el conjunto de las ideas del Plan una avanzada concepción anticapitalista: “Es máxima aprobada que las fortunas agigantadas en pocos individuos, a proporción de lo grande de un Estado, no sólo son perniciosas, sino que sirven de ruina a la sociedad civil, cuando no solamente con su poder absorben el jugo de todos los ramos de un Estado, sino cuando también en nada remedian las grandes necesidades de los ínfimos miembros de la sociedad”.

Todo este conjunto de ideas destinadas a impulsar aceleradamente el crecimiento económico al elegir la vía del Estado y al promover el ascenso de las masas populares al poder político, constituyen un evidente planteo socialista. Porque capitalismo de Estado más poder popular es socialismo, aun cuando esta unidad de ingredientes políticos y económicos se dé en un documento semisecreto que no alcanzó a aplicarse. El “Plan de Operaciones” quedará así como un primer jalón de un “socialismo utópico” precursor, en el camino argentino, hacia la “hora de los pueblos” (Galasso, 51).

La “economía de Estado” sanmartiniana

Cuando el general San Martín se lanzó a la organización de la empresa libertadora americana, tuvo que enfrentar la debilidad y la anarquía de un país dominado por los principios de la libre empresa mercantil. La fuerza militar que buscaba sólo podía surgir de la concentración de fuerzas técnicas y econó-

micas, de una acumulación del trabajo social que los empresarios capitalistas cuyanos no estaban en condiciones de ofrecer y que sólo podía ser entonces producto de una dictadura revolucionaria, de conducción económica totalmente centralizada... Así surgió el gobierno fuerte de Cuyo bajo el mando del general San Martín y el gobierno fuerte de Pueyrredón, que desde Buenos Aires apuntalaba la empresa en tres direcciones distintas.

La constitución, primero, de un capital financiero estatal que permitiera organizar tan grande empresa. La fuente de los recursos impositivos no fue suficiente y se recurrió entonces a las expropiaciones forzadas de enemigos, a los empréstitos obligatorios de los comerciantes extranjeros, a las requisas de animales de las estancias, a la liberación de los esclavos sin indemnización.

La constitución, después, de un Estado comerciante, que alcanzó una gran magnitud por la vía de la Maestranza y de los gobiernos provinciales, que entraron en grandes operaciones comerciales de compra de pertrechos, buques, armamentos, alimentos, vestuarios, animales de transporte, aparejos para cruzar los Andes, etc. Operaciones centralizadas en el gobierno de Cuyo.

La constitución, por último, de un Estado industrial, que fabricó todo aquello que no podía comprar a la importación o que la actividad privada no podía encarar por falta de iniciativa o capitales. Así surgió la fundición de artillería (cañones y obuses) de fray Luis Beltrán, las fábricas de pólvora, fusiles, sables, municiones, textiles, calzados, carruales, arneses y aparejos, en los que trabajaban miles de obreros. Y las manufacturas de sastres y costureras para los vestuarios. San Martín confió en su pueblo y obtuvo el apoyo y la movillización del ingenio criollo. Su ejército fue puesto en pie de guerra con el empuje decidido de tejedores, mecánicos, metalúrgicos, mineros, fundidores, carpinteros, herreros, talabar-

teros, costureras, tintoreros, troperos, arrieros, artesanos y forjadores.

San Martín impuso desde el gobierno la producción manufacturera en gran escala que había visto en Europa, sobre un medio dominado todavía por la pequeña producción y el mercantilismo. El capital, el comercio y la industria en la escala del Estado, constituyeron entonces el conjunto social de conducción económica centralizada que hoy conocemos como capitalismo de Estado. Terminada la campaña, todo este inmenso esfuerzo económico colectivo se diluyó de nuevo en el mar de la libre contratación, de la anarquía productiva, de la mediocridad artesana y mercantil.

Por razones militares, San Martín había tomado la antigua tradición incaica de la planificación social. El capitalismo americano comenzaba a engendrar los elementos de su propia negación (Astesano, V).

La muerte de la industria federal

El capitalismo interior argentino comienza su desintegración social cuando se inicia la segunda etapa del capitalismo portuario que luego estudiaremos. Adelantamos por ahora que cuando los ingleses se decidieron, después de las invasiones, no sólo a comprarnos nuestros cueros, sino también a conquistar el "mercado interno", especializándose con su industria mecanizada hasta en la producción de ponchos y espuelas, el complejo capitalista federal comienza a descomponerse porque no aguanta la competencia de los precios europeos. Y entonces la burguesía federal descubrió con sorpresa que había inventado sin saberlo, bajo el manto del proteccionismo monopolista español, que había fomentado la capitalización nativa.

El impacto del libre cambio les obligó a clarificar sus ideas y a elaborar apuradamente un programa

político defensivo, ante la pujante presión del capitalismo extranjero. Cuando en 1809 Cisneros abre el debate sobre libre comercio, los monopolistas españoles de Buenos Aires, que tenían organizados sus intereses sobre el control del mercado interno, se ven obligados a concretar las ideas comunes. Decía entonces Yañis en su alegato, contestando a la "Representación" de Mariano Moreno, que "sería temeridad equilibrar la industria americana con la inglesa; estos audaces maquinistas nos han traído ya ponchos, que es un principal ramo de la industria cordobesa y santiagueña, estribos de palo dados vuelta al uso del país, sus lanas y algodones, que a más de ser superiores a nuestros pañetes, zapallanqos, bayetones y lienzos de Cochabamba, los puedan dar más baratos, y por consiguiente arruinan enteramente nuestras fábricas y reducen a la indigencia a una multitud innumerable de hombres y mujeres que se mantienen de sus hilados y tejidos".

En el mismo tono decía en otro escrito similar Agüero, que "las artes, la industria y aun la agricultura misma en estos dominios llegarían al último grado de desprecio y abandono, muchas de nuestras provincias se arruinarían necesariamente, resultando acaso aquí la desunión y rivalidad entre ellas. ¿Qué será de la provincia de Cochabamba si se abarrotan estas ciudades de toda clase de efectos ingleses? ¿Qué será de Córdoba, Santiago del Estero y Salta?"

Una verdadera crisis social de descapitalización masiva del interior argentino fue la secuela del libre cambio, y todo el país entró en la anarquía política como consecuencia natural. El comentario que el correntino Ferré lanzó desde su provincia, buscando de apuntalar un programa de unidad nacional sobre la base de un proteccionismo mínimo, fue un síntoma de la época. "Considero la libre concurrencia como una fatalidad para la Nación. Los pocos artículos industriales que produce nuestro país no pueden soportar la competencia con la industria extranjera. Sobreviene la languidez y perecen o son insignifi-

cantes. Entonces se aumenta el saldo que hay contra nosotros en la balanza del comercio exterior. Se destruyen los capitales invertidos en estos ramos y se sigue la miseria. El aumento de nuestro consumo sobre nuestros productos y la miseria son, pues, los frutos de la libre concurrencia."

"No se pondrán nuestros paisanos ponchos ingleses; no llevarán bolas y lazos hechos en Inglaterra; no vestiremos la ropa hecha en la extranjería y demás renglones que podemos proporcionar; pero en cambio empezará a ser menos desgraciada la condición de pueblos enteros de argentinos, y no nos perseguirá la idea de la espantosa miseria y sus consecuencias, a que hoy son condenados."

Después del interregno proteccionista de Juan Manuel de Rosas, que con su ley de Aduana de 1835 defendió a los productos regionales, llega Caseros, en que los intereses librecambistas portuarios imponen su punto de vista al país, y la "revolución a la europea" fue el nuevo signo, y el ciclo dominante del complejo capitalista tradicional formado en el interior argentino desaparece de la escena, sobre todo cuando las vías ferroviarias llegan después de 1870 a las capitales del interior (Rosa, II, 15).

El proceso de independencia económica del interior argentino industrialista se cierra en forma definitiva cuando el capitalismo inglés impulsa a la oligarquía mercantil portuaria mitrista y a la burguesía mercantil uruguaya y brasileña a una guerra de aniquilamiento del Paraguay, donde fueron desmanteladas sus industrias, sus altos hornos y astilleros, en tanto que sus ferrocarriles y empresas fluviales cayeron en manos del capital inglés.

La "guerra gaucha" montonera

La aguda lucha entre el desarrollo capitalista apoyado en las economías regionales y el capitalismo

apoyado en el tráfico portuario (que caracteriza la segunda etapa que estudiaremos a continuación, trajo una acelerada descomposición social en todo el interior argentino, y las formas tradicionales de vida, que aseguraban un nivel mínimo, comenzaron a descomponerse, dando nacimiento a la reacción popular que en su conjunto confirmó la corriente política federal.

“Los caudillos y las masas por ellos encarnadas impusieron su vigorosa fisonomía a nuestro drama nacional. La época de las masas y las lanzas abraza setenta años de nuestra historia. Durante siete décadas lo que hoy constituye la República Argentina fue el escenario de un duelo sangriento. Sus términos polares radicaban esencialmente en el conflicto de Buenos Aires con las provincias. El estallido del año 20 constituye uno de los problemas claves del siglo XIX en la Argentina” (Ramos, II, 30).

La rebelión montonera nace de la destrucción del sistema productivo tradicional, hecho que empujaba a las masas de las campañas y poblados al hambre y a la miseria, que llegó a tal grado que las obligó a entrar violentamente en la escena políticomilitar, como único medio de defenderse colectivamente de la invasión de las mercancías inglesas y de los soldados de línea porteños que la acompañaban. De allí surgió la montonera, de gauchos, criollos, negros e indios, que se unieron alrededor de un jefe, para enfrentar el “progreso” que se les venía encima, impuesto por la violencia de los porteños, envuelto en las ideas de libertad y democracia.

Las masas del interior entraron en una verdadera rebelión colectiva, en una verdadera revolución popular federalista. Faltas de organicidad, se agruparon alrededor de los caudillos locales, dando a los mismos la fuerza suficiente para enfrentar, en la política y en la guerra, a los unitarios que debieron en su extremismo lanzarse a la “unidad a palos”, como única bandera para construir el capitalismo vinculado al puerto de Buenos Aires. La reacción popular apoyó

la fórmula contraria de la "federación a cuchillo", que expresó, dentro de la violencia social encadenada, el otro camino, el tradicional, de liberación económica para ricos y pobres de todo el país.

Por la década del 80 la montonera había sido vencida totalmente y los ejércitos de línea porteños imponían al país el nuevo orden capitalista que surgía pujante en Buenos Aires. La clase trabajadora criolla, sin perspectiva, comenzaba a marchar hacia las ciudades y las campañas del litoral, abandonando con tristeza sus antiguos lares, pero llevando en sus músicas y sus cantos el recuerdo imperecedero de esa etapa de bienestar, de prestancia y de heroísmo.

La democracia social paraguaya

El Paraguay, en medio del aislamiento impuesto por la oligarquía portuaria bonaerense, fue, de todas las regiones del interior argentino que resistieron al capitalismo europeo, la que más ahondó en el camino industrial independiente, llegando a ser en 1860 la nación más progresista de América del Sur.

La revolución paraguaya se inicia en 1811 con la destrucción de la casta colonial latifundista. Pero la falta de una burguesía industrial y mercantil empujó naturalmente a Francia y a los López a utilizar durante ese medio siglo la "vía del Estado para impulsar un prodigioso crecimiento social. El aislamiento mercantil del exterior amenazó al Paraguay con retrotraer lentamente a sus habitantes a la economía primitiva de los guaraníes. Sólo la audacia revolucionaria de sus "dictadores populares" permitió saltar la etapa de la industrialización y el mercantilismo privado, por la vía no capitalista del Estado, tomando la tradición planificadora del comunismo guaraní y la de los misioneros jesuitas.

Así surgió el notable sistema de los monopolios comerciales del Estado paraguayo, de la yerba, el

tabaco y la madera, productos que fueron retirados por ley de la economía privada, y que constituyeron las fuentes de rectas que cubrían las necesidades de toda la administración pública, haciendo inútiles los impuestos. Con esas importantes rentas se construyó en 1861 el primer ferrocarril y al año siguiente la primera línea telegráfica y se organizó la marina mercante paraguaya con once barcos. Paralelamente, en el orden industrial, se impulsaron la explotación y fundición de Ibicuy, de donde salían implementos agrícolas y armamentos, naciendo los primeros altos hornos de América, astilleros y arsenales. Se contrataron en cantidad ingenieros, mecánicos, escritores, matemáticos, geógrafos, y se enviaron nativos a estudiar al exterior, capitalizando así un gran caudal de experiencia técnica, que apuntaló la independencia económica paraguaya.

Todo este proceso de acumulación y reproducción social de riquezas pudo haber sido puesto totalmente al servicio del enriquecimiento acelerado de una burguesía local o del capitalismo inglés (como sucedía en Buenos Aires), con prescindencia del nivel de vida de las masas populares. Sin embargo, fue acompañada de una profunda revolución social, que se basó en la igualdad económica del pueblo dentro de la tradición guaraní. No se aceptaba, por entonces, la existencia de un solo paraguayo sin hogar y sin tierra. Se fundaron numerosas colonias agrícolas y establecimientos ganaderos. Los "campos de la patria" y los "montes de la patria", de uso común entre los labradores, entregando gratuitamente instrumentos de trabajo, vacunos y caballares, tratando de fomentar el desarrollo agropecuario. El capitalismo estaba engendrando su propia negación.

La unidad de estos dos procesos de la "economía de Estado" con la participación popular en la distribución de la riqueza, conformaron un camino antiliberal, anticapitalista, socializante, que no podía ser tolerado por las potencias coloniales de entonces. El capitalismo inglés empujó entonces a la burguesía

portuaria mitrista a una guerra de aniquilamiento. Y a pesar de la heroica resistencia paraguaya y de la oposición de los caudillos federales de nuestro país, termina la guerra en 1869, con el saldo trágico de un país cuyos habitantes fueron reducidos de 1.300.000 a 350.000. Ejemplo único de exterminio colectivo de un pueblo que dio su adhesión masiva de una nueva forma social de vida.

Después fueron desmanteladas las industrias y los altos hornos y los astilleros, desapareciendo la fuente estatal de riqueza. Por la vía de la libre empresa, el transporte ferroviario y fluvial cayó en manos de capital inglés. Apropiada de nuevo la tierra por grandes latifundistas extranjeros, impusieron a perpetuidad el pago de una indemnización de guerra en la forma del arrendamiento. Desde esa época pudo cantar uno de nuestros grandes poetas: "Ya no existe el Paraguay donde nací como tú". Mitre lo había borrado del mapa, con gran alborozo de los contadores de cupones de Londres (Rivera).

IIª Etapa

EL CAPITALISMO PORTUARIO (1750-1964)

La ciudad del contrabando

Buenos Aires había nacido bajo el signo de la decadencia y la miseria, porque en su zona no había mano de obra capaz de arrancar la riqueza al suelo de la pampa. Durante los primeros siglos, los pocos centenares de habitantes que se sucedieron en varias generaciones vegetaban en la pobreza, envidiando el vertiginoso crecimiento del capitalismo minero de Potosí, apoyado en la fuente inagotable del cerro

y en la abundante mano de obra indígena disponible. La falta de una fuerza social de trabajo cercaba como un zapato chino la posibilidad de organizar en el litoral una nueva sociedad que produjera en masa para el mercado.

Un pequeño poblado, que vivía pendiente del arribo de algún buque español que repartiera un poco de bienestar, con la mirada ansiosa puesta en el contrabando, porque el sistema monopolista español que controlaban los intereses peninsulares, restringía la posibilidad del libre comercio. A fines del siglo XVIII Humboldt ya calculaba que la cuarta parte del comercio exterior de América era contrabando, y en ese porcentaje Buenos Aires, ciudad austral, casi sin control marítimo, había conquistado una cuota importante. El tercio de esta población porteña originaria eran portugueses, y frente a la ciudad estaba emplazada la Colonia del Sacramento, controlada también por Portugal. Y como detrás de cada contrabandista portugués estuvo siempre un comerciante británico, ya que Inglaterra manejó por siglos económicamente a Portugal, puede comprenderse cómo Buenos Aires comenzó a ser la población mercantil, agente en la América hispana de la manufactura inglesa.

En la esencia del porteño estuvo siempre, por imperio de los hechos, un contrabandista, y así fue formándose una población medio española, medio portuguesa y medio criolla, que combinada inteligentemente, según las circunstancias internacionales y según los gobiernos, el tráfico legal de mercancías y el comercio de negros o harinas, con trueque ilegal del contrabando, para asegurarse en todos los casos buenas ganancias. El contrabando pasó a ser la fuente de enriquecimiento principal del Río de la Plata, propia de acumulación capitalista. Cuando Agustín García sentencia en su *Ciudad indiana*: "Buenos Aires fue comerciante desde sus orígenes", debió decir: "Buenos Aires fue contrabandista desde sus orígenes".

Cuando ya en el siglo XVIII se constituye el Virreinato del Río de la Plata, se estaba reconociendo en la esfera política un cambio profundo que se había producido en la sociedad sudamericana. Hasta entonces habíamos sido una parte del imperio mundial más poderoso, España, que ahora entraba en decadencia, para dar paso al ascenso vertiginoso de Inglaterra, como potencia mundial capitalista. Por otro lado, la riqueza potosina comenzó también a decaer y la "Villa Imperial" continuaba viviendo de sus viejas glorias, frente a una Buenos Aires que acumulaba ahora grandes fortunas mercantiles. Y entonces el arco capitalista manufacturero interior de Mendoza a Corrientes comenzó a virar hacia el nuevo mercado exportador en ascenso. Buenos Aires sustituye a Potosí. Todo el oeste de Cuyo envió sus frutos y vinos al litoral. De las misiones, de la selva chaqueña, descienden las manufacturas guaraníes. El capitalismo porteño en ascenso venció en crecimiento al capitalismo minero de Potosí en el control del sistema de producción interior.

La aristocracia mercantil

El puerto, la aduana, los buques de ultramar, las mercancías importadas, las barracas de cueros y los saladeros del sur, entre los que se movían como hormigas las peonadas criollas y españolas, configuraban las formas sociales capitalistas de esta nueva etapa porteña y litoralense de la revolución burguesa argentina. Era toda una restructuración de las clases sociales y de los movimientos políticos, de los hombres y de distribución de la riqueza, apareciendo pujante y agresivos otros sectores sociales que pugnaban violentamente por alcanzar el dominio del poder político.

A la cabeza, conduciendo el desarrollo nacional, aparece ahora una nueva clase social, a la que Juan

Manuel de Rosas acostumbraba llamar despectivamente "la aristocracia mercantil", conquistadora de mercado exterior, por la vía del gran abrazo librecambistas con la Europa industrial y colonizadora de las pampas. En ella figuran el conde de Liniers o el padre de Manuel Belgrano importando granos y negros a fines del siglo XVIII; el "Club de residentes británicos" orientando el proceso económico revolucionario de Mayo; el porteño don Ambrosio Lezica, controlando la Aduana porteña y financiando con jugosas ganancias las campañas libertadoras; don Manuel de Sarratea, comprando y vendiendo por el doble los buques para nuestra primera armada nacional; los Anchorena, con su red de pulperías de campañas centralizadas en su gran casa comercial de la ciudad capital; el barón Mahuá, financiando más tarde la batalla de Caseros y controlando la zona superior de los negocios bancarios; don Guillermo Wheelraight, construyendo vías ferroviarias, y don Aarón Castellanos, con sus empresas de colonización; don Otto Bemberg, organizando, a fines del siglo pasado, las primeras instituciones del monopolio del comercio cerealero (Astesano, II, 49).

Toda una nueva forma de organización capitalista, de acumulación de riquezas, de expansión económica mercantil y financiera que, si bien se apoya en los negocios de importación y exportación, se expandió luego a los negocios mineros de Rivadavia, a las empresas de colonización, a los trazados ferroviarios, de construcción de puertos, de especulación sobre tierras, de fundación de bancos y control de la moneda, de organización de sociedades anónimas.

Un nuevo tipo de mercaderías ocupó las tropas de carretas, que salían a conquistar el interior con la buena nueva de la religión europea del industrialismo: la ferretería y las lozas inglesas, los tejidos de Manchester y de Lyon, los vinos del Rhin. Después de Caseros, la aristocracia mercantil tomó un nuevo impulso, empujando de nuevo al país hacia el desarrollo atado a Inglaterra, subiéndose a los ferroca-

rriles, con los cuales conquistó definitivamente el "mercado de consumo interno" y le dio unidad al país bajo su comando. De allí en adelante la aristocracia mercantil portuaria tomó las riendas de la economía del país bajo su exclusivo control, imponiendo las formas de vida a la europea, con la silla de montar inglesa y la levita a lo Sarmiento, decretando la muerte de las industrias artesanas nativas, que competían con las producciones importadas. Los puertos fueron las ciudadelas del capital mercantil unitario. Las aduanas le permitieron a su vez organizar la burocracia para controlar administrativamente al país y las tropas regulares para imponer sus puntos de vista. Desde el fuerte español primero y de la Casa Rosada después, que fue edificada precisamente sobre los cimientos.

El gran secreto del monstruoso enriquecimiento de esta clase dirigente tradicional argentina radica en que al contar con el monopolio del comercio de exportación dispuso a su antojo de una parte importante de un sistema complementario de acumulación de riqueza, que surgió de las leyes del mercado mundial capitalista, en el que nos fundimos desde el comienzo. El precio de los productos agropecuarios, animales o cereales, se determinó siempre por el mayor costo agropecuario europeo, hecho que otorgó a los países de praderas naturales como el nuestro la posibilidad de una ganancia social suplementaria, extraña al país, no producida por nosotros, que surge de la diferencia de precios en la esfera puramente mercantil (que los economistas acostumbran llamar la renta diferencial). Así por ejemplo, cuando un vacuno cuidado a establo en Francia costaba 400 pesos, a pleno campo su precio de costo en la pampa era sólo de 200 pesos, y sin embargo ambos se vendían en el mercado mundial al mismo precio de 500 (con la ganancia de 100). Es decir, que nuestro aparato comercializador contaba con una ganancia extra de 200 pesos. Lo mismo pasó con la tonelada de trigo, de lino, de maíz o con la lana sucia.

Esta fue así una poderosa fuente externa de acumulación que surge de la feliz combinación de la naturaleza, de nuestro reducido consumo y de los precios internacionales. Con este "producto extra", que arrojaron más de cien generaciones de vacunos y más de cuatrocientas cosechas, hemos financiado con holgura la construcción de nuestras grandes ciudades, nuestra red caminera y ferroviaria, el sistema de producción ganadero-agrícola, la planta exportadora de frigoríficos y elevadores, dimos vida a nuestra rica oligarquía portuaria y ganadera y hasta afianzamos nuestra poderosa clase media, que se da el lujo de construir en Mar del Plata la ciudad veraniega más grande del mundo.

La conquista de la pampa

El sino fatal que marcó el raquitismo de la nueva sociedad portuaria, era la falta de población que mostraba la soledad del desierto que llegaba hasta los extramuros. Los nuevos pobladores habían aprendido en una dura práctica de muchos años, algo que no habían conocido en Europa: que para subsistir primero, y para producir luego para el mercado, se necesitaba una importante cantidad de fuerza de trabajo social disponible, es decir, población. Los pequeños fuertes españoles del litoral, vegetando en la miseria y el hambre colectivo, constituían la demostración de esta verdad social (Astesano, III, 19).

Nuestra pampa fue durante siglos una de las zonas deshabitadas de la tierra, una de las zonas desiertas como el Sahara, como Canadá, como Australia o Estados Unidos, en donde todo sistema social debía organizarse sobre la base de la colonización, que con miles de hombres nuevos, venidos de otras latitudes, tenían que dominar los recursos naturales que ese desierto ofrecía y ponerlos en producción colectiva. Pocos como en el Sahara, muchos como

en el Canadá o nuestro litoral. En este caso, el desarrollo de la nueva sociedad se realiza naturalmente en extensión, ocupando siempre nuevas zonas, nuevas tierras, diseminando hombres y recursos.

Para comprender este tipo social de desarrollo burgués, lo tenemos que contraponer con el europeo que conocían los conquistadores. Allí se dio el crecimiento en profundidad, en que la nueva sociedad burguesa nacía, construyendo sobre las clases e instituciones de una poderosa sociedad feudal anterior en descomposición, sobre una numerosa población que constituyó su clase trabajadora y al mismo tiempo su mercado de consumo, y con una acumulación originaria de riquezas que constituyó su capital inicial. Y todo esto no existía en el litoral argentino, que estuvo así encerrado en la imposibilidad práctica de organizar el capitalismo por muchos años.

Pero un hecho casual, nuevo, le abrió una perspectiva de enriquecimiento sin los hombres y casi sin los capitales. La abundancia de ganados cimarrones descendientes de los abandonados por la primitiva población porteña, y la aceptación del cuero en el mercado europeo, dio un nuevo rumbo a la ciudad portuaria. El vacuno realizó por su cuenta la conquista que los colonizadores no pudieron efectuar y luego, con el rudimentario sistema capitalista de las vaquerías, comenzamos a llenar los huecos de la ciudad y las bodegas mercantes con millones de "cueros al pelo". Así se inició la conquista de la pampa, que constituyó, junto al contrabando, la otra fuente de riqueza para los porteños y litoraleses.

La pampa era sí un desierto, pero extraordinariamente privilegiado por su fertilidad natural. Y entramos a producir durante siglos, con poco esfuerzo humano, cinco veces más bienes alimenticios de los que pudiéramos consumir con nuestra reducida población. Favorecidos por la naturaleza, contamos así con una inmensa masa de riqueza agropecuaria sobran te que nos hizo ricos desde los primeros pasos. Nuestro niño colonial bonaerense fue un hijo de rico,

y ya adulto, la oligarquía portuaria y ganadera hacía competencia con los nobles rusos en cerrar los cabarets de París. Y esto fue así, porque después de cubrir con amplitud nuestras necesidades, alimentamos durante cuatro siglos a Europa y apuntalamos con nuestros productos rurales sus industrias.

Nace la burguesía ganadera

La libre exportación de cueros y carnes saladas fue el impulso que dio nacimiento a mediados del siglo XVIII a nuestra burguesía ganadera, al conectar el litoral con millones de consumidores de Europa, de La Habana y de las marinas mercantes del mundo. Los productos ganaderos fueron durante siglos la moneda internacional con que pagamos la ferretería y la cerámica, el carbón y el petróleo inglés (como antes lo habíamos pagado con la plata de Potosí). Más tarde agregamos las nuevas monedas de la lana y los granos. Cueros argentinos por mercancías inglesas fue el motivo para que la burguesía del puerto se diera vuelta para mirar al país, lanzando su acumulación de dinero sobre las pampas, para organizar un nuevo sistema de producción capitalista ganadero, montado sobre las estancias, como verdaderas granjas de pastoreo a pleno campo.

La Argentina irrumpe así en el mercado mundial, por la época de la Revolución de Mayo, con una original economía ganadera de tipo capitalista. En 1830 José María Rosas y Patrón, en nombre de la provincia de Buenos Aires, concreta este programa de expansión de la nueva clase social en ascenso: "La industria casi exclusiva de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos es la ganadería; y aún en Corrientes es como la base de las demás. Esta es la que más conviene, porque para ella los brazos son un gran capital, empleándose aún los menos útiles. Por otra parte, nuestros campos en la mayor

parte están despoblados, siendo baratos por lo mismo; y como la demanda que hacen los extranjeros de cueros y demás que producen los ganados es siempre creciente, resulta que cuantos hombres y capitales se empleen hacen una ganancia exorbitante. Obsérvese cómo los individuos de todas las profesiones abandonan su antiguo modo de vivir y se dedican a éste, que les produce más sin otra protección que la del cielo".

El bajo costo y la alta ganancia alumbró desde sus albores a nuestro sistema ganadero, en donde se trabajaba a dos peones por legua cuadrada, contando con el centenar de "peones naturales" que magnánimamente ofrecían la cópula del cielo y la tierra. El capital dinero, acumulado en el tráfico, se lanzó sobre la pampa, para transformar tierra sin valor en capital. Cientos de empresarios, grandes y chicos, que se enriquecían en pocos años, avanzaron sobre la llanura, plantando los núcleos civilizadores de las estancias, que dieron nacimiento después a las pulperías, los fuertes y las cortas poblaciones; la tierra para estancias comenzó a comprarse y venderse en la ciudad, dando nacimiento a una nueva forma de especulación.

Juan Manuel de Rosas, el primero y el más grande de todos estos empresarios estancieros, supo escribir como administrador especializado de muchas de ellas: "Ningún capital quise recibir de mis padres, ni tener marca mía propia, ni ganados, ni tierras, ni capital mío propio, durante el tiempo que estuvieron a mi cargo las estancias de mis padres. Las varias ocasiones que quisieron obligarme a recibir tierras y ganados en justa compensación a mis servicios, contestaba explicándoles me permitieran el placer de servir a mis padres, y la satisfacción honrosa de poder decir siempre: lo que tengo lo debo puramente al trabajo de mi industria y al crédito de mi honradez".

Hacendados capitalistas

La estancia fue desde entonces la piedra angular de nuestro sistema capitalista de producción para el mercado exterior. En 1839, en la pampa civilizada bonaerense, 1.500 hacendados ocupaban una superficie de 5.500 leguas cuadradas, pobladas por 5.500.000 vacunos, 4.000 ovejas y 100.000 yeguarizos. Calculábase que había 2.000 casas, con montes, corrales, arretas, por un total de 183 millones de pesos, de los cuales sólo 22 correspondían a la tierra. La estancia comenzó a sobrepasar en acumulación al puerto

¿Quién era más poderoso por entonces, económica y políticamente, para dirigir el proceso capitalista de conquista del mercado exterior? ¿La aristocracia mercantil tradicional o la nueva burguesía ganadera? Ya en 1826 con motivo de la discusión de la ley de enfiteusis, don Julián Segundo Agüero supo decir: "No hay que buscar más pruebas. Hoy, ¿quiénes son los grandes capitalistas de esta ciudad? Los hacendados, y sólo los hacendados". La aristocracia mercantil, en su afán de lucro, había parido los poderosos hijos sociales que venían a disputarle el control de la riqueza y el poder. Y estuvo pues en la lógica de las cosas que los ganaderos exportadores ocuparan durante todo el gobierno de Rosas las fuentes del poder, la Aduana y el Fuerte, desplazando a un segundo plano a la burguesía importadora y todos sus ideólogos. El gobierno de Juan Manuel de Rosas invirtió las cosas en Buenos Aires e implantó la dictadura económica de los exportadores sobre los importadores, hasta 1853.

La acelerada apropiación de la tierra libre, la guerra de exterminio al indio bárbaro que se negaba al trabajo disciplinado, la incorporación del gaucho libre de las pampas como asalariado de las estancias, constituyen las bases iniciales de la organización del sistema de producción agropecuario, y en el que toda nueva inversión no iba al mejoramiento técnico, sino a la incorporación de nuevas leguas de campo.

porque estábamos viviendo por entonces, ante el crecimiento capitalista en extensión.

En la segunda mitad del siglo pasado las cosas cambian, porque con la agricultura comienza el crecimiento capitalista agropecuario en profundidad. La colonización gringa, el alambrado de los campos, los ferrocarriles, los caminos, los implementos mecánicos y los motores agrícolas. La burguesía ganadera vira en parte hacia la producción agrícola complementaria y se transforma en burguesía terrateniente, explotando el trabajo ajeno gringo, en las formas variadas del arrendamiento medio pequeño burgués. El país se modificó de nombre y dejó de ser la "granja de Inglaterra", para ser el "granero del mundo".

En forma complementaria, con el aporte combinado de capitales mercantiles y ganaderos, fue surgiendo al mismo tiempo en las márgenes del Riachuelo, y extendiéndose por las poblaciones litorales, nuestras manufacturas capitalistas de exportación, que elaboraban los subproductos ganaderos: lomillerías y tejidos de tientos, jabonerías como la de Vieytes o la del conde Liniers, barracas como la de Alzaga o saladeros como los de Cambaceres o Juan Manuel de Rosas. Bases todas de una nueva e incipiente burguesía manufacturera todavía no diferenciada.

El proletariado del Litoral

Una nueva forma del proletariado argentino constituyó la base de las ciudades mercantiles portuarias de litoral. El asalariado del comercio de importación y exportación para el mundo europeo. Ya cuando Azara programaba el crecimiento capitalista del litoral, en la época del Virreinato, anticipaba con genial visión el nacimiento de esta nueva etapa de la clase trabajadora argentina: "Pero no se me oculta —decía—, que diez millones de cueros anuales pueden dar como treinta de cabezas de ganado, que

éstas se pueden cuidar con treinta mil jornaleros, beneficiar los cueros, carnes y sebos con quince mil y extraer con veinte y cinco mil marineros". Hablando de los saladeros ya en funcionamiento agregaba: "En éstos se ejercitan ya más de mil hombres en treinta saladeros, benefician ciento veinte mil novillos y muchos puercos, y se pueden multiplicar estos obrajes, hasta proveer toda la marina del mundo, y a los negros y pobres de La Habana y otras partes".

Y así fue en efecto. Nuestro proletariado urbano litoralense surgió vinculado al tráfico exterior y en su inmensa mayoría se formó por la inmigración criolla de miles de peones que venían del interior argentino, y sólo en un bajo porcentaje de vascos, italianos o irlandeses. Los altos salarios de Buenos Aires, su mejor nivel de vida, deslumbraban a los carreteros tucumanos o salteños, a los marineros correntinos es decir, a los "cabecitas negras" de otro siglo, que llegaban con las carretas o las embarcaciones para el consumo local. Ya hemos demostrado en nuestro trabajo anterior, "El Martín Fierro y la Justicia Social", que la población trabajadora del litoral gozó, hasta Caseros, del nivel de vida más alto del mundo, incluso de la Europa capitalista (Astesano, IV, 28).

Los obreros portuarios, los empleados de comercio, los peones de los miles de carretas que las litografías reproducen junto a los fogones de la Plaza, los lancheros y carreteros para la descarga de los buques, los peones de los saladeros, constituyen el mundo obrero de los orilleros porteños, en donde se oían las tonadas, los dichos y los cantos de todas las provincias interiores. Después, el núcleo más organizado de las barracas de los grandes monopolistas, que se encontraban en la zona del Riachuelo, españoles en su mayoría, algunos de los cuales habían alcanzado ya el grado de "maestro apilador" encargado de levantar con arte, a la intemperie, inmunes a las lluvias, las pilas de "cueros a pelo", que llegaban de a miles de las pampas, para marchar a ocu-

par las bodegas de los buques y terminar usadas como botas por los ejércitos europeos de Napoleón (Astesano, I, 82).

Las invasiones inglesas que dieron nacimiento por primera vez en el país a las milicias populares, formadas casi espontáneamente alrededor del sentimiento de la defensa, una de las formas iniciales del sentimiento nacional argentino, nos permite, casualmente, contar con la documentación oficial para hacer un primer censo sobre el origen de nuestra clase trabajadora, que por entonces ingresó en masa a los cuarteles. El "Cuerpo de Patricios" en "su mayor parte jornaleros, artesanos y menesterales pobres"; el de Arribeños, formado con los hombres de las provincias, "peones y jornaleros los más de ellos"; el de Indios, Pardos y Morenos, que constituían el sector más bajo de la clase trabajadora; el "Cuerpo de Quinteros"; formado por los pequeños propietarios de los arrabales. Los españoles peninsulares se organizaron en cinco tercios, con el nombre de sus provincias de origen, en su mayoría "peones de barracas y comercios" (Astesano, III, 68).

Por otro lado, al mismo tiempo que surgía pujante nuestra burguesía ganadera, en el otro polo del sistema social campesino se comenzó a formar la clase obrera rural criolla, que vendía por un salario su extraordinaria habilidad para el manejo de vacunos y caballares. Miles de gauchos se incorporaron como peones, en los tiempos de Rosas, a las estancias que continuamente se formaban. Miles de criollos del interior en descomposición social, marcharon sobre el litoral, para ocupar un lugar como asalariados de este capitalismo ganadero en ascenso. Hemos recorrido la lista de los soldados de los primeros cuerpos de "Granaderos a Caballo" que se realizó en Buenos Aires, cuya tropa fue reclutada por supuesto entre las peonadas de las estancias, y es notable ver cómo la mayoría de ellos se anotan como puntanos, santiagueños, correntinos o salteños, que habían venido atraídos por los altos salarios de la pam-

pa rica. El propio sargento Cabral, que salvó la vida al general San Martín, era un capataz de estancia correntino (Astesano, VI).

Durante esta etapa de ascenso y organización social de la clase trabajadora rural bonaerense, fueron numerosos los irlandeses y vascos recién llegados, que tomaron la pala y realizaron labores de construcción y zanjeo en las estancias bonaerenses. Los altos salarios reinantes les permitieron en poco tiempo independizarse con alguna majada de ovejas y pasar a la categoría de estanciero. Más de una familia de barrio norte tiene este origen proletario.

Anotamos aquí el curioso enfrentamiento entre los miles de "peones naturales" y los peones reales. Durante siglos los rodeos de vacunos fueron cuidados por los "peones naturales", y nuestros gauchos de las estancias fueron sólo capataces de esta grandiosa labor de la naturaleza. Más tarde, cuando los empresarios capitalistas se decidieron a constituir la propiedad, avanzando en la organización de las estancias productoras de ganados para para los saladeros, crecieron numerosas peonadas rurales. Durante el período de la colonización agrícola posterior a Caseros, las peonadas criollas, que habían sido desalojadas hacia los pueblos por el alambrado, se transformaron en el complemento indispensable de las cosechas, al mismo tiempo que el país pasaba a ser "el dorado" del proletariado bajo de Italia y España, dando nacimiento al más curioso fenómeno mundial, de una clase trabajadora europea "golondrina", inmigrante por algunos meses, que cruzaba el océano solamente para realizar una cosecha y volver a sus lares con unos pesos. En este hecho, puede medirse la afirmación anterior, de que nuestra clase obrera rural mantuvo, durante este lapso, un nivel de vida superior al europeo.

Revoluciones de gauchos y orilleros

Ya hemos estudiado en nuestro trabajo sobre "Ro-

sas", el tipo de revoluciones populares que se originaron en esta etapa del capitalismo contrabandista, anglosajón y unitario. El pueblo participó políticamente en varias oportunidades en el quehacer político, combinando sus fuerzas con los sectores de la burguesía dirigente.

La primera eclosión popular porteña, ciudadana, surge con las invasiones inglesas. El "pueblo bajo" entra en la escena política, para impulsar, junto con otros sectores, el movimiento nacional de liberación. Mil quinientos ingleses tomaron militarmente una ciudad que para su defensa contaba con menos de mil. Pero cuando el sentimiento de la reconquista se hizo carne en los sectores populares, las cosas cambiaron fundamentalmente, y Buenos Aires se transformó en un "pueblo en armas". La milicia ciudadana, formada por los cuerpos de Patricios, Arribeños, Patriotas de la Unión, Indios, Pardos y Morenos, Húsares de Pueyrredón, Cuerpo de Quinteros, el de Esclavos y los tercios españoles, alcanzaron a 5.000 criollos y 3.000 españoles. Constituyó una verdadera organización democrática, pues los jefes fueron designados por el sufragio de los propios soldados. Eran la expresión militar y popular de la población de Buenos Aires.

Vencidos los ingleses pudo verse con claridad que una nueva fuerza había entrado en la escena política: la milicia ciudadana comandada por la burguesía local. Y entonces los españoles tuvieron que resolver el problema de haber armado al pueblo. Un nuevo poder local enfrentaba al poder español. Y al poco tiempo se reflejó en el campo político. En el acta del Cabildo se lee: "Que para satisfacer los deseos de la tropa y el pueblo declarados en favor del señor don Santiago Liniers" se lo admitía como la autoridad más encumbrada del Virreinato, pasando por encima de los derechos de la corona. Después viene el enfrentamiento entre españoles y criollos que se resuelve en 1809 cuando los cuerpos patricios rodean a las tropas españolas y la desarman, para

imponer en 1810, garantida por las tropas acuarteladas, la Primera Junta de Moreno y Saavedra.

En 1826 culmina con el golpe militar de Lavalle el proceso de ascenso del unitarismo aristocrático. El partido federal recostado en el pueblo se refugió en las campañas, y una ola de duras persecuciones contra el gaucho se desató con violencia inusitada. El terror unitario paralizaba la acción de los de abajo, hasta que vencido Lavalle surge la figura de Juan Manuel de Rosas, que llegó al poder "encumbrado principalmente por los gauchos de la campaña y la plebe de la ciudad, cuyos anhelos íntimos y aspiraciones inconscientes él encarna. Por eso lo quieren hasta con ternura, y, así, lo llaman cariñosamente "el Viejo", aunque apenas haya cumplido treinta y seis años. Juan Manuel representa, en contra de las tendencias aristocráticas de sus enemigos, la Democracia. Esa es la verdad, nos guste o no. Juan Manuel de Rosas, en aquellos días, representa la democracia de los gauchos y de las pampas y la democracia de la plebe de Buenos Aires".

El dominio de la oligarquía portuaria después de Caseros y la influencia relajante de la inmigración, postergó por varias décadas las acciones políticas de masas. Recién en 1916, los ya hijos y nietos de inmigrantes y criollos, llegan a través de la irrupción electoral a imponer otro caudillo popular, Hipólito Yrigoyen, que como Rosas apoyó su gobierno en las capas bajas del pueblo, levantando el odio de la burguesía portuaria que lo cercó con todo el aparato político que tradicionalmente controla. El capitalismo había engendrado la fuerza social que lo superaría.

IIIª Etapa

DEL CAPITALISMO AL SOLIDARISMO NACIONAL

Los diques al industrialismo

A fines del siglo pasado era ya patente que todo

el país se había adaptado, por la convivencia económica o la violencia política, a un desarrollo complementario de Europa, como sistema productivo y mercantil de materias primas exportables y como mercado de consumo diversificado de la importación extranjera. La etapa angloargentina de desarrollo —agroimportadora como nos hemos acostumbrado a decir—, se había estabilizado en ese tipo de equilibrio entre producción y consumo, extranjero y nacional, conteniendo factores de estabilidad que parecían augurar una Argentina agropecuaria por un siglo más.

Además, el carácter portuario, mercantil, del país, tenía causas sociales profundas. El litoral argentino, que ahora constituía el tronco del desarrollo burgués, aguantaba la presión combinada de la Europa capitalista y de la pampa desierta, pero prodigiosamente fértil, desenvolviéndose así entre dos grandes diques de contención. Fuimos, por un lado, impedidos de pasar antes, hacia la mecanización industrial, porque los andadores de la industria fabril europea nos llevaron durante muchos años. No pudimos así cumplir el paso natural del trabajo manual de la manufactura a la mecanización capitalista, como ya lo hacía Estados Unidos. Los "obreros mecánicos" de Europa, que venían escondidos en las mercancías de bajos precios que llegaban a nuestros puertos suplieron con holgura el esfuerzo nacional, desalentando durante muchos años, por improductiva, toda idea industrialista.

Por el otro lado, el dique de contención de la pampa exuberante con sus millones de "peones naturales", cuidando los grandes rebaños e impulsando nuestras prodigiosas cosechas, cerró también, por largo tiempo, el camino a la colonización en masa de las praderas litorales, para organizar un sistema de producción agropecuario diversificado y complementario de la industria urbana. ¿Para qué necesitábamos una gran población rural, si cuatro o cinco peones y un capataz criollo podían cuidar ayudados por los "peones naturales", rebaños de 10.000 cabe-

zas que nos daban enormes ganancias internacionales?

Y así, nos encontramos, que por la acción combinada de los "peones mecánicos" europeos, y los "peones naturales" de la pampa, nos vimos compelidos a construir la segunda etapa de nuestro capitalismo portuario, montado casi exclusivamente sobre el intercambio de riquezas que no habíamos elaborado. La población, los empresarios, los capitales, la técnica, se refugiaron sobre todo en el único camino posible de la subsistencia y el enriquecimiento, en el desarrollo mercantil financiero, en la pura intermediación entre lo que venía de Europa y lo que producía la pampa con displicencia. Por eso las ciudades mercantiles, y principalmente portuarias, fueron la base de nuestra segunda etapa capitalista. Ni patrones industriales, ni obreros fabriles, ni obreros rurales, porque el abrazo de nuestra pampa ganadera con la Europa industrializada, dejó a los argentinos solo el anchísimo campo de acumulación de ganancias, de los puertos, los ferrocarriles, los automotores y la construcción de caminos, para comerciar lo nuestro y lo importado, en esta "civilización del intercambio", en donde el mayor título de nobilidad de nuestros abuelos, era pasearse por la calle, haciendo girar en el dedo la cadena con la llave de la puerta de algún negocio. Y así se estabilizó la Argentina mercantil que tiene anotada en su escudo la frase con que Belgrano lapidaba a los españoles monopolistas: "Comprar por dos para vender por ocho".

En estos rumbos vivimos aproximadamente hasta 1880, admirando el industrialismo europeo y jactándonos de la fertilidad de la pampa, agilizados por demás en los juegos de la compraventa y la especulación, sobre todo lo que se ponía al alcance de la vista, sin perspectivas visibles de que pudiéramos igualar a Europa, no sólo en las ideas sino en la mecanización propia (de la ciudad y del campo), que es en definitiva lo que da fuerza a la política y a la cultura de un país. Era tal el cosmopolitismo ideo-

lógico que esta situación social había producido, que hasta Juan B. Justo, fundador del Partido Socialista, llegó a escribir en 1896: "Todavía hay estancieros a quienes se les llena la boca cuando hablan de la industria nacional. El hacendado y el productor de cereales que creen todo lo que se dice de la industria nacional, padecen de una ilusión en incurren en una tontería. La ilusión está en creer que el progreso del país depende de la implantación de industrias artificiales. La tontería es no darse cuenta de que esta protección se hace en detrimento de su propia industria, de la ganadería y de la agricultura, bases del bienestar y del adelanto económico del país". No era más que la traducción de las palabras de Sarmiento: "La grandeza del Estado, está en la pampa pastora, en las producciones tropicales del norte y en el gran sistema de los ríos navegables cuya aorta es el Plata. Por otra parte, los españoles no somos ni industriales ni navegantes, y la Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos en cambio de nuestras materias primas".

La burguesía antinacional

La guerra con el Paraguay, en que la burguesía portuaria, comandada por entonces por Bartolomé Mitre, terminó conquistando el mercado paraguayo, destruyendo el último reducto del viejo industrialismo criollo, significó al mismo tiempo una modalidad nueva para el país y para esta clase dirigente. Hasta allí, el capital comercial nativo importador se movía, con relación al capital inglés y francés, dentro de la relativa igualdad de las ganancias del capitalismo de libre competencia dominante en el mercado mundial. Hasta allí, en medio de la borrachera cosmopolita, que como una bruma cubría la importación de capitales y de hombres, para organizar la nueva sociedad capitalista del litoral, había sido todavía una clase social económicamente independiente, que im-

pulsó el progreso del país desde el ángulo de sus intereses importadores, controlando el consumo interno y el sistema exportador.

Con las inversiones financieras para la guerra, aparecen en Buenos Aires las primeras formas del capital imperialista, que como un cáncer comenzaban a expandirse por el mundo. Por la vía de los Bancos, de las altas finanzas, del sistema de las sociedades anónimas, los monopolios internacionales comenzaron a controlar nuestro sistema de intercambio exterior, a penetrar en el proceso industrial del país, y a controlar el sistema de servicios públicos de las nuevas ciudades en crecimiento, para asegurarse, en todos los casos, ganancias extraordinarias.

En las primeras décadas de nuestro siglo, la burguesía mercantil portuaria estaba ya copada por dentro por el imperialismo y pasó a ser abiertamente una clase dominante cipaya. Se concentró en el barrio de los bancos y oficinas de grandes empresas extranjeras que por las dos diagonales controlan la Casa Rosada, los ministerios económicos y hasta los ministerios militares, en un poderoso núcleo en que los nombres tradicionales se mezclan; en los directorios combinados de las empresas, con los financistas de otros países. Por esa madeja social el Fondo Monetario, el Club de París o la banca de Londres, según las circunstancias políticas, gobiernan el sistema económico nacional.

La burguesía mercantil murió como clase nacional, para dar nacimiento a esta burguesía financiera cipaya que continúa gobernando, y cuyos políticos militan en todos los partidos tradicionales desde el conservadurismo al socialismo, y cuyos ideólogos afirman todavía hoy la cultura liberal que domina en la universidad y en la prensa, en la burocracia civil y militar.

Renace la "Industria Argentina"

Sin embargo, desde fines del siglo pasado durante

tres crisis internacionales y dos guerras mundiales, quedamos prácticamente aislados de nuestros proveedores exteriores. No había importación, y el mercado interno de consumo ya diversificado por el gusto europeo exigía una solución perentoria. Y entonces nuestra clase dirigente y la pequeña burguesía extranjera y nativa radicada en los puertos, se lanzaron juntas sobre esta nueva zona de ganancias de la industria propia. En las crisis, vimos con asombro improvisarse industriales entre quienes habían defendido con ardor el libre cambio, surgiendo así con dificultad el nuevo lema nacionalista de la "industria argentina". Una variada forma de proteccionismo aduanero, practicado por todos los gobiernos desde 1880, vino apuntalando estos brotes industrialistas de los períodos de crisis.

La "revolución a la europea", había construido los cimientos para reiniciar el desarrollo nacional en un plano superior: un poderoso sistema de producción agropecuario e industrial capitalista de materias primas, y un mercado de consumo nacional, reducido por el número de consumidores, pero diversificado y elevado por las importaciones al nivel de las necesidades europeas, y totalmente centralizado en Buenos Aires por las vías ferroviarias.

En el litoral, la producción de materias primas alimenticias en estancias y chacras en manos del capitalismo nacional, y su industrialización para el mercado externo e interno en frigoríficos y elevadores, controlados por el capital monopolista extranjero. En el interior el viejo capitalismo argentino que había absorbido las técnicas modernas de industrialización europea, se había hecho fuerte en el consumo nacional alimenticio. Las bodegas y viñedos de Mendoza, los cañaverales y los trapiches azucareros, los molinos harineros del litoral, los molinos yerbateros y los yerbales de Misiones, las fábricas de queso y manteca, crecieron y se aferraron con fuerza al mercado nacional.

Esta industria de la alimentación que logró mante-

ner firme el control del mercado interno, aguantando el libre comercio exterior, ha sido el puntal básico de la nueva etapa industrialista que se inicia por el 80. Era la vieja argentina industrialista federal que renacía para dar las bases de una tercera etapa de la vida argentina. Así como el impulso exterior del mercado europeo fue capaz de dar nacimiento a nuestra segunda etapa capitalista, nuestro mercado nacional, diversificado y educado por las mercancías europeas, unificado en producciones regionales especializadas por los ferrocarriles, crecido por el aporte inmigratorio y de otras generaciones criollas, se transformó en una gran fuerza impulsora nacionalista que incidió sobre la marcha del sistema. El mercado propio fue la herencia que las etapas anteriores nos legaron para comenzar a construir de nuevo una economía nacional. El medio millón de consumidores de 1810 se transformó en varios millones. Entonces también las industrias alimenticias exportadoras del litoral, los frigoríficos y los elevadores, comenzaron a nacionalizarse, aflojando su tradicional política librecambista.

El resto de las importaciones comenzó a retroceder en los períodos de crisis internacionales, y en los avances proteccionistas de la burguesía porteña. Y la industria nacional comenzó a ensayar la producción de lo que venía de afuera en una verdadera lucha de liberación. Y la guerra económica defensiva que perdimos desde el interior, comenzamos a ganarla de nuevo desde las ciudades litorales.

Lo difícil era dar el salto de volver a producir en el país lo que venía de afuera, lo que importábamos. Y este salto comienza a prepararse ahora en el escenario de las ciudades mercantiles importadoras-exportadoras del litoral, por una nueva clase social, la pequeña burguesía industrial que paradójicamente fue copada por la ola inmigratoria europea, que trajo consigo toda la experiencia y la capacidad técnica de la Europa de fin de siglo.

La industrialización estaba ya en la lógica del des-

arrollo. Lo difícil era encararla en las ramas de abierta competencia con Europa, en la metalúrgica, en la textil, en la química, en donde a veces no teníamos ni la materia prima ni las máquinas adecuadas (Astesano, II).

La importación masiva de máquinas y motores europeos y yanquis para el transporte, la industria agrícola y la gran industria fabril alimenticia, fue dando nacimiento a un sector importante de artesanos inmigrantes que ocupaban la reparación. Los talleres mecánicos como industria complementaria de la mecanización europea importada. Los talleres de reparaciones de automotores, ferrocarriles y tractores comenzaron a figurar en nuestras estadísticas.

En la industria textil sucedió algo semejante. Comenzamos con la confección de ropa con géneros ingleses, con el gremio numeroso de las costureras y sastres, para seguir con la gran industria de la confección, totalmente mecanizada y ahora centralizada en Buenos Aires. Luego vino la tejeduría de nuestras lanas del sur y de nuestro algodón norteamericano, reemplazando con holgura la tela inglesa y francesa.

Los sucesivos aislamientos internacionales obligaban a la inventiva local y después de grandes esfuerzos colectivos, habíamos logrado también paradójicamente importar la industria liviana europea, para acoplarla al mercado nacional de consumo.

El camino de la "generación del 80"

Este ascenso de liberación económica industrial, con el que podíamos enfrentar en costos a la importación extranjera, tuvo un profundo reflejo en la clase dirigente política que se conoce como la generación del 80. A ella se debe una variada forma de proteccionismo aduanero, empujando con grandes dificultades el lema de la "Industria Argentina" apun-

talando los sucesivos brotes industrialistas de los períodos de crisis. "La nerviosidad de la tarifa en este período, su visible favoritismo, revelaban la constante presencia en las antecámaras del Congreso, en la Dirección de Rentas, en el Ministerio de Hacienda, gestionando los cambios de rubros indispensables. Frente a ellos alzóse la poderosa influencia del comercio importador de Buenos Aires interesado en disminuir una protección que hería directamente su

Si la voluntad de los hombres puede torcer el curso de la historia, ¿cabe a la generación política burguesa de 1880, el haber elaborado los fundamentos del nacionalismo industrialista que inició la tercera etapa del desarrollo del país. Un hijo de inmigrantes, don Carlos Pellegrini, decía por entonces como diputado: "Yo pregunto, ¿qué produce hoy la provincia de Buenos Aires, la primer provincia argentina? Triste es decirlo, sólo produce pasto y toda su riqueza está pendiente de las nubes. El año que ellas niegan riego a nuestros campos, toda nuestra riqueza habrá desaparecido. Es necesario que en la República se trabaje y se produzca algo más que pasto". Un estanciero de la provincia de Buenos Aires, Rafael Hernández, decía por la misma época al fundarse el Club Industrial: "Ningún gobierno había creído jamás que se pudiera elaborar nada aquí; ninguna institución se había fundado para favorecer el desarrollo de la industria; ninguna palabra se había dejado escuchar oficialmente ni en la prensa hasta ese día. Era la influencia de las ideas contrarias a la industria incipiente en el país, que hasta las pasas de Mendoza habían sido sustituidas por las pasas de Málaga. ¡Cuántos afanes pasamos! ¡Cuántas dudas! ¡Cuántas desesperaciones! ¡Cuántas resistencias seculares tuvimos que vencer! No había ninguna producción industrial; la cerveza se introducía en barricas de Inglaterra; las harinas se recibían de Chile y de los Estados Unidos, y la gente de campo jamás comía papa y en las ciudades sólo había el vino Car-lón". (Astesano, IV, 122).

Hasta el propio presidente Avellaneda, un hombre del interior, abrazó la nueva religión nacionalista de industrialismo, que estaba naciendo en la clase dirigente porteña. De él dice Hernández: "Yo vi al enero de 1877; levantar las mangas de su frac y hacer el primer pliego de papel que se ha producido en la República Argentina. ¡Conservo todavía la visión de ese hecho que me impresionaba como un paso grandioso para el progreso del país!"

La generación industrialista del 80 se encerró después en las organizaciones empresarias. Colombo y luego Miranda, son dos etapas posteriores de esta corriente, que no alcanza suficiente fuerza para expresarse en forma política independiente, limitándose a actuar dentro de los partidos políticos tradicionales. En las últimas décadas, las ideas de ese industrialismo civil a lo Pellégrini (que aspiraba al desarrollo industrial liviano), prenden en una corriente de pensamiento nacionalista del ejército. El general Mosconi y el general Baldrich en la explotación del petróleo, primero, y el general Savio, después, en el impulso a la siderurgia, expresan la fuerte corriente militar que se movía ahora a empujar la industria pesada, por razones puramente técnicas (un ejército sin industrias es un león sin dientes), apuntando hacia el poder político, en el juego de las logias militares. En 1943 asciende al gobierno, junto con otros sectores, esta corriente militar industrializante, de la cual habría de desprenderse, años más tarde, el entonces coronel Perón, que sabría empalmar esa exigencia de formación fabril que estaba en la médula del desarrollo argentino, con un nuevo ascenso político de las masas (Artesano, VII).

El Solidarismo Nacional

El 17 de octubre de 1945 se produce una inesperada y aguda eclosión de la fuerza popular, que cu-

bió con su presencia política toda una década de la historia del país. En lo profundo de sus sentimientos expresaba la oculta tradición de la "guerra india", de la "guerra gaucha" de liberación con que hace un siglo las luchas montoneras expresaban los deseos de un mundo mejor, uniéndose alrededor de caudillos como Facundo Quiroga o el paraguayo Francia; la tradición más reciente del gobierno orillero de Juan Manuel de Rosas, o el de criollos agringados de Hipólito Yrigoyen, que expresaban, en distintas épocas sociales, las tendencias anticapitalistas de liberación humana de los trabajadores argentinos. El capitalismo había engendrado ya su propia negación.

Ahora se encauzaban de nuevo, en una feliz coyuntura histórica, alrededor de un dinámico coronel, que proyectaba cambiar el rumbo, sobre la base de un programa avanzado de liberación del país y del pueblo, elaborado sobre la crítica de una "década infame".

Claro que este nuevo ascenso de las masas hacia el poder, se produjo en la época de la descomposición del imperialismo, de ascenso de los movimientos de liberación colonial, de triunfo del socialismo que la fuerza política y militar del capitalismo, que incidió tanto en nuestra formación, no podía ya apuntalar la resistencia de nuestra burguesía cipaya, ni podía frenar por mucho tiempo, la marcha hacia la soberanía económica y la justicia social.

Los acontecimientos concretos de esta etapa popular, no son parte ya de la historia, porque todavía los estamos viviendo. Sólo cabe aquí anotar que el movimiento de masas peronistas logró fijarse tres grandes objetivos a cumplir durante esa importante década en que ascendió a la conducción del país. El primero de ellos, la lucha por la soberanía económica, en línea directa de nuestra primera etapa capitalista americana, en lucha permanente contra la expoliación extranjera, agudizaba en las últimas décadas por la penetración imperialista, que había copado todos los controles de la conducción económica

del país (moneda, bancos, cambios internacionales, comercio exterior, marina mercante, puertos, ferrocarriles, seguros, etc.). Era necesario, ahora, avanzar con audacia para desatar la soga que acogotaba el sistema de acumulación nacional de riquezas, cerrando la enorme grieta, por la que escapaba hacia el mundo, en fin, en la "hora de los pueblos", en el extranjero, gran parte del bienestar argentino. Por el camino de las nacionalizaciones liberadoras, el nuevo gobierno del general Perón, se colocó en la vieja línea proteccionista de Yañis, de Quiroga, Francia o Rosas, y organizó, a través de grandes dificultades, de vacilaciones, aciertos y errores, el "monopolio capitalista de Estado" que Moreno propiciaba en su "Plan", poniendo en manos argentinas todo el gran sistema de comercialización exterior y de conducción económica interna. El artículo 40 de la Constitución nacionalista de 1949, estabilizó jurídicamente este rumbo del crecimiento nacional por la "vía del Estado", que controlaba el comercio exterior y las fuentes de energía. El país retomaba la línea de una Nación soberana, conducida por la voluntad de los argentinos.

El avance revolucionario anticapitalista del peronismo, se puso también de manifiesto en la expropiación masiva de la burguesía financiera cipaya, al nacionalizar los cambios, el comercio exterior, como casi un siglo antes lo había hecho Juan Manuel de Rosas con la burguesía del puerto (a la que confiscó violentamente el control de las rentas de la aduana y las ganancias del comercio exportador). Con esto logró desatar el general Perón una poderosa reacción internacional capitalista, y se vio naturalmente desplazado hacia el apoyo económico del mundo colonial y del mundo socialista, con los cuales se firmaron varias decenas de pactos bilaterales de comercio.

Supo, al mismo tiempo, recoger el programa de liberación industrial, que después de constituir la médula de nuestro crecimiento capitalista americano y del socialismo paraguayo, en el siglo pasado, o del

capitalismo de estado sanmartiniano, había sido tomado por los núcleos minoritarios de la burguesía porteña y del ejército argentino. Como el Estado tenía ya en sus manos la conducción económica fue posible proyectar con decisión, a través del impulso bancario estatal, un audaz e incontrolado proceso de crecimiento fabril que fundió, en la práctica, las tendencias del viejo industrialismo proteccionista criollo, con la inmensa masa técnica importada por el capitalismo portuario bonaerense, para alcanzar ahora, el nivel fabril de los grandes países europeos.

El nuevo tipo de desarrollo dio nacimiento a su vez a otra etapa de "urbanización" de la clase trabajadora, que significaba, al mismo tiempo, una mejora evidente en el nivel de vida. Otra oleada criolla del interior marchó sobre las ciudades litorales. Mucho más. Otra vez la industrialización se hizo americana. Bolivianos, paraguayos, chilenos y uruguayos, cruzaron la frontera, atraídos por el bienestar del nuevo mundo justicialista, para incorporar al país una inmensa masa de fuerza de trabajo criolla. Bajo el lema de la Justicia Social, se escondió así, un nuevo ascenso de las masas populares a la dirección política de un proceso apoyado en el monopolio y la planificación de la riqueza en la escala del Estado, cerrando por una década de "democracia social", la conducción liberal burquesa y capitalista, que se apoyaba en la explotación irracional del hombre por el hombre, y en la más absoluta anarquía económica libreempresista.

He aquí la raigambre histórica de lucha social y de conducción económica del justicialismo.

BIBLIOGRAFIA CITADA

ALVAREZ Juan, Buenos Aires (edición del autor. Rosario).

ASTESANO Eduardo:

I. Contenido Social de la Revolución de Mayo, Problemas, Buenos Aires, 1941.

II. Historia de la independencia económica. El Ateneo, Buenos Aires, 1949.

III. Rosas y el nacionalismo popular, Peña Lillo, Buenos Aires 1960.

IV. Martín Fierro y la justicia social, Relevo, Buenos Aires, 1965.

V. San Martín y el origen del capitalismo argentino, Coyoacan, Buenos Aires, 1961.

VI. Historia Social de América.

VII. "Juan Bautista de América (El Rey Inca de Manuel Belgrano" Castañeda

VIII. "Historia ecológica y social de la Humanidad", Castañeda (2 tomos)

IX. "Hacia un nuevo orden histórico internacional".

BAGU Sergio, Economía de la sociedad colonial, El Ateneo, Buenos Aires, 1949.

BALAZS Etienne, Civilización china y burocracia, Sur, Buenos Aires 1966.

BALLESTEROS Manuel, Descubrimiento y conquista del Perú, Salvat, Barcelona, 1963.

BARTRA Roger, El modo de producción asiático, Era, México, 1969.

BASBAUM Leoncio, Historia social da República, Sao José, Rio de Janeiro, 1957.

BAUDIN Louis, El imperio Socialista de los Incas, Zig Zag, Santiago de Chile, 1943.

BEYHAUT Gustavo, Raíces contemporáneas de América Latina, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1964.

BEER Max, Historia general del socialismo y de las luchas sociales, "Nuestro Tiempo", Montevideo, 1965.

CARDOZO Efraim, El Paraguay colonial, Nizza, Buenos Aires, Asunción, 1959.

CLAVER DAMIBA, Ministro del Alto Volta, Informe en Conferencia de la Salud, Teatro San Martín, Buenos Aires, 1968.

- DESCOLA Jean**, *La vida cotidiana en el Perú en los tiempos de los españoles. 1710-1820*, Hachette, Buenos Aires, 1964.
- DE CASTRO**, Josué, *Geografía del hambre*, Cid, Madrid, 1966.
- ENGELS Federico**, *Anti-Düring*, Cenit, Madrid, 1932.
- FERNANDEZ PARDO Carlos A.**:
- I. *Socialismo Nacional*. Relevo, Buenos Aires, 1972.
 - II. *Frantz Fanon*, Galerna, Buenos Aires, 1971.
- FRIEDE Juan**, *Los Welser en la conquista de Venezuela*, Edme, Caracas-Madrid, 1961.
- FURLONG Guillermo S.J.**, *Misiones y sus pueblos guaraníes*, Buenos Aires, 1962.
- GALL J. y F.**, *El filibusterismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.
- GALASSO Norberto**, *Mariano Moreno y la Revolución Nacional*
- GIBSON Charles**, *Los aztecas bajo el dominio español, Siglo XXI* México, 1967.
- GODELIER Maurice**, *El modo de producción asiático*, Eudocor, Córdoba, Argentina, 1966.
- GORDON CHILDE V.**:
- I. *Qué sucedió en la historia. La pléyade*, Buenos Aires, 1941
 - II. *Los orígenes de la sociedad europea*, Ciencia Nueva, Madrid, 1958.
- HACKER Louis M.**, *Proceso y triunfo del capitalismo norteamericano*, Sudamérica, Buenos Aires, 1942.
- HARING Clarence H.**, *El Imperio Hispánico en América*, Solar/Hachette, Buenos Aires, 1952.
- HERNANDEZ ARREGUI J.J.**, *¿Qué es el ser nacional?* Hachea, Buenos Aires, 1969.
- HUBERMAN Leo**, *Nosotros el pueblo, Una historia socialista de los Estados Unidos*. Palestra, Buenos Aires, 1964.
- JAIMES Lulio Lucas (Brocha Gorda)**, *La Villa Imperial de Potosí*, Editorial Universitaria, Buenos Aires, 1964.
- KELSEN Hans**, *Teoría comunista del derecho y del estado*, Emecé, Buenos Aires, 1957.
- LANTERNARI Vittorio**, *Movimientos religiosos de libertad y salvación de los pueblos oprimidos*. Seix-Barral, Barcelona, 1965.
- LEVIN Gunter**, *La China precapitalista y su historia contemporánea*, en "El modo de producción asiático", de Roger Batra, Era, México, 1969.
- LEWIN Boleslao**, *La rebelión de Túpac-Amarú y los orígenes de la emancipación americana*, Hachette, Buenos Aires, 1957.
- MARIATEGUI José Carlos**, *Siete ensayos sobre la realidad peruana*, Amauta, Lima, 1965.
- MARX Carlos**:
- I. *El Capital*, Biblioteca Nueva, Buenos Aires, 1933.
 - II. *Formaciones económicas precapitalistas*, Platina, Buenos Aires, 1966.
- METRAUX Alfred**, *Les Incas*, Du Seuil, París, 1961.

- MELOTTI Umberto, Marx e il Terzo Mondo, Centro Studi Terzo Mondo, Milano, 1971.
- MORO Tomás, Utopía.
- MORENO TOSCANO Alejandra, Geografía económica de México. (siglo XVII) El Colegio, México, 1968.
- NEEDHAM LEONARD Jonathan, América precolombina, Time-Life, Nueva York, 1968.
- PALACIO Ernesto, Historia Argentina, Peña Lillo, Buenos Aires, 1966.
- PRADO JUNIOR Caio, Historia económica del Brasil, Futuro, Buenos Aires, 1960.
- RAMOS Jorge Abelardo:
- I. Historia de la Nación Latinoamericana, Peña Lillo, Buenos Aires, 1968.
 - II. Revolución y contrarrevolución en la Argentina, Ed. La Pepa, Buenos Aires, 1959.
- RIVERA Enrique, José Hernández y la guerra del Paraguay.
- ROSA José María:
- I. Historia Argentina, 8 tomos, Oriente, Buenos Aires, 1964.
 - II. Defensa y pérdida de la independencia económica.
- SANCHEZ ALBORNOZ Nicolás, MORENO José Luis, La población de América Latina, Paidós, Buenos Aires, 1968.
- SCHLESINGER Arthur M., Rumbos de la historia norteamericana, Sudamericana, México, 1961.
- TEITELBOIM Frank, América Latina: revolución y evolución, Cid, Madrid, 1965.
- TOYNBEE Arnold J., Estudio de la Historia, Emecé, Buenos Aires, 1960 (Ver Compendio).
- VALCARCEL Daniel, La rebelión de Túpac-Amarú, Fondo de Cultura Económica, México, 1947.
- VARGA Eugenio, El modo de producción asiático, en "El modo de producción asiático", de Roger Bartra, Era, México, 1969.
- VICENS VIVES J., Historia social y económica de España y América, 5 tomos, Teide, Barcelona, 1957.
- VOINEA Serban, Aspectes sociaux de la décolonisation, "En partant du Capital", Altváter y otros, Antrhopos, París, 1968.
- VALENCIA VEGA Alipio, Julián Tupaj Katari, Caudillo de la liberación India. Cronos, Buenos Aires, 1950.
- WOLF Eric, Pueblos y culturas de mesoamérica, Era, México, 1959.
- WITTFOGEL Karl A., Despotismo oriental, Guadarrama, Madrid 1966.

SUMARIO

Hacia un nuevo revisionismo americano . . . 7

EL SISTEMA DE VIDA SOCIAL

(Del hombre primitivo a Tupac Amarú)

Un continente original	11
La infancia migratoria	12
La domesticación de las plantas	16
El control del agua	19
La apropiación comunalista de la tierra .	20
El sistema artesanal de aldeas	22
La estructura base de la sociedad moderna	24
La revolución hidráulica crea la superestructura	26
Nacen las grandes ciudades	28
El desarrollo por la vía del Estado	30
La nacionalización de la tierra	33
La industria pesada de la construcción .	35
Grandes hombres y aristocracias dependientes	38
Bienestar y seguridad social	40
El modo de producción socialista	41
La conquista blanca del continente	44
Los europeos descubren el socialismo americano	45
La desintegración del mundo indígena .	47
El aniquilamiento de la organización social	49
El trágico regreso a la comunidad	52
Presencia del mundo antiguo en el moderno	54

EL SISTEMA DE VIDA PRIVATISTA

Las compañías mercantiles organizan la colonización	57
Privatización de las cosas, la tierra y los hombres	59
Pujanza y poderío de la aristocracia mercantil	62
La explotación de la clase esclava	72
Los filibusteros del Caribe	73
La guerrilla negra de los Palmares	76
La sublevación anticapitalista de Tupac Amaru	78
El imperio solidarista jesuítico	81
La apertura de los mercados coloniales	85
La muerte de la industria hispanoamericana	87
La guerra gaucha montonera	89
América, "frontera móvil" de Europa	93
La estructura pequeño burguesa del Far West	96
La revolución popular norteamericana de 1828	99
La nueva estructura agro-industrial	102
Desarrollo hacia el mercado exterior	104
El monocultivo	106
La reserva proletaria del trópico	109

LOS DOS CAMINOS HACIA EL FUTURO

Las revoluciones privatistas de liberación nacional	113
Las revoluciones del solidarismo nacional	115
Los caminos hacia el solidarismo	117

HISTORIA SOCIAL DE LA ARGENTINA

Hacia un nuevo revisionismo	121
-----------------------------------	-----

I Etapa

El capitalismo hispanoamericano (1515-1750)

El solidarismo indígena	125
La colonización capitalista española . .	127
La acumulación originaria de trabajadores.	129
La "guerra india" de liberación social .	131
Nace el proletariado criollo	134
La burguesía mercantil americana	136
El "Plan de Operaciones" de Moreno	137
La "economía de Estado" sanmartiniana	139
La muerte de la industria federal	141
La "guerra gaucha" montonera	143
La democracia social paraguaya	145

II Etapa

El capitalismo portuario (1750-1964)

La ciudad del contrabando	147
La aristocracia mercantil	149
La conquista de la pampa	152
Nace la burguesía ganadera	154
Hacendados capitalistas	156
El prolerariado del Litoral	157
Revoluciones de gauchos y orilleros . .	160

III Etapa

Del Capitalismo al Solidarismo Nacional

Los diques al industrialismo	162
La burguesía antinacional	165
Renace la "Industria Argentina"	166
El camino de la "generación del 80" . .	169
El solidarismo nacional	171

<i>Bibliografía citada.</i>	175
---------------------------------------	-----

Esta edición se terminó de imprimir en el mes de Agosto de 1982, en GRAFICA LOGOS, calle Elfa 755 de la Capital Federal.

ACTA

DE INDEPENDENCIA

DECLARADA POR EL CONGRESO DE LAS PROVINCIAS-UNIDAS

EN SUD - AMERICA.

VERSION PARAFRASICA EN IDIOMA

AYMARÁ.

EN la benemérita y muy digna ciudad de san Miguel del Tucumán a nuevo día del mes de julio de mil ochocientos diez y seis: terminada la sesión ordinaria, el Congreso de las Provincias - Unidas continuó sus anteriores discusiones sobre el grande, augusto y sagrado objeto de la independencia de los pueblos que lo forman. Era universal, constante y decidido el clamor del territorio entero por su emancipacion solenne del poder despótico de los reyes de España; los representantes sin embargo consagraron a tan arduo asunto toda la profundidad de sus talentos, la rectitud de sus intenciones e interés que demanda la sancion de la suerte suya, pueblos representados y posteridad. A su término fueron preguntados: Si querian que las Provincias de la Union fuese una nacion libre e independiente de los reyes de España y su metropoli? Aclamaron primeramente llenos del santo ardor de la justicia, y uno a uno reiteraron sucesivamente su unanime y espontaneo decidido voto por la independencia del país, fijando en su virtud la declaracion siguiente.

Asquí merecítina, ancha-asquí S. Miguel Tucumana hacha Marcana, llatusca ururu julio sata paxcin waraneca quemacallecco patara tunca sortannarua. Mahaxachata Provincianarua hacha Hanautlanacua Tontapa, nia xipuru arujasiniñacpa tucuyasiri, wasita Arusina Utaru tantasiña, uea sinñi hacha llupachata naira aroxhata cunhamitixa aca maremaer España Reamcata ttacacetiñi, ue-hatwa cealltapghí: Taqqo aca oraqqenacua ñgirinacawa wararima culisca chuimampi, munñipampi aueca choxrichirinñena ompirpata axllaetasiñaseca waquisi sapghí; ucaliscoa Marcancua Lantiaarpaxha sinti luya musphanipi unañchacua, llalliri oromancampi asquí luppiña, taqqetotquero uñatataña cuñiawa hiwa-anacaru i qqubepanpirinacaru wasquis-sitoxhacua unañchapghí. Nia tucuyanñaseca taqqechieparua hieccetasi. ¿ Munapxtati aca Mahaxachata Provincianacua maya naciñi, ceta, canecañapxha, i hupaquiquipa camachasiña culu España Reamcata i Españeta hitecata, qqulhipita uñxasiñapxha? Aca aroxaroja taqqechiepará uñtacecata collana xuniriarumpi phoceta cutinsipghí. Munaptna xuan: vetatsi mainit mainitawa munñapxha lñni paucusiña aca ttacacetiñacua, ue-hamipa sapghí. i uecharu-ti, taqqechieparaquiva canquipachataquico ecabmaruslayatja ac-hama qquleccantapghí.

"Acta de Independencia declarada por el Congreso de Las Provincias Unidas en Sudamérica", en castellano y versión parafrástica en aymará, impresa en Buenos Aires, en la imprenta de Gandarillas y socios. Ejemplar raro adquirido al coleccionista Julio Migoya García, en el año 1914, que a su vez lo obtuvo de la coleccion de Andrés Bamas, en 1901. Donada al Museo de Luján por Enrique Udaondo en 1924. Atención de Enrique Udaondo que mucho agradezco.